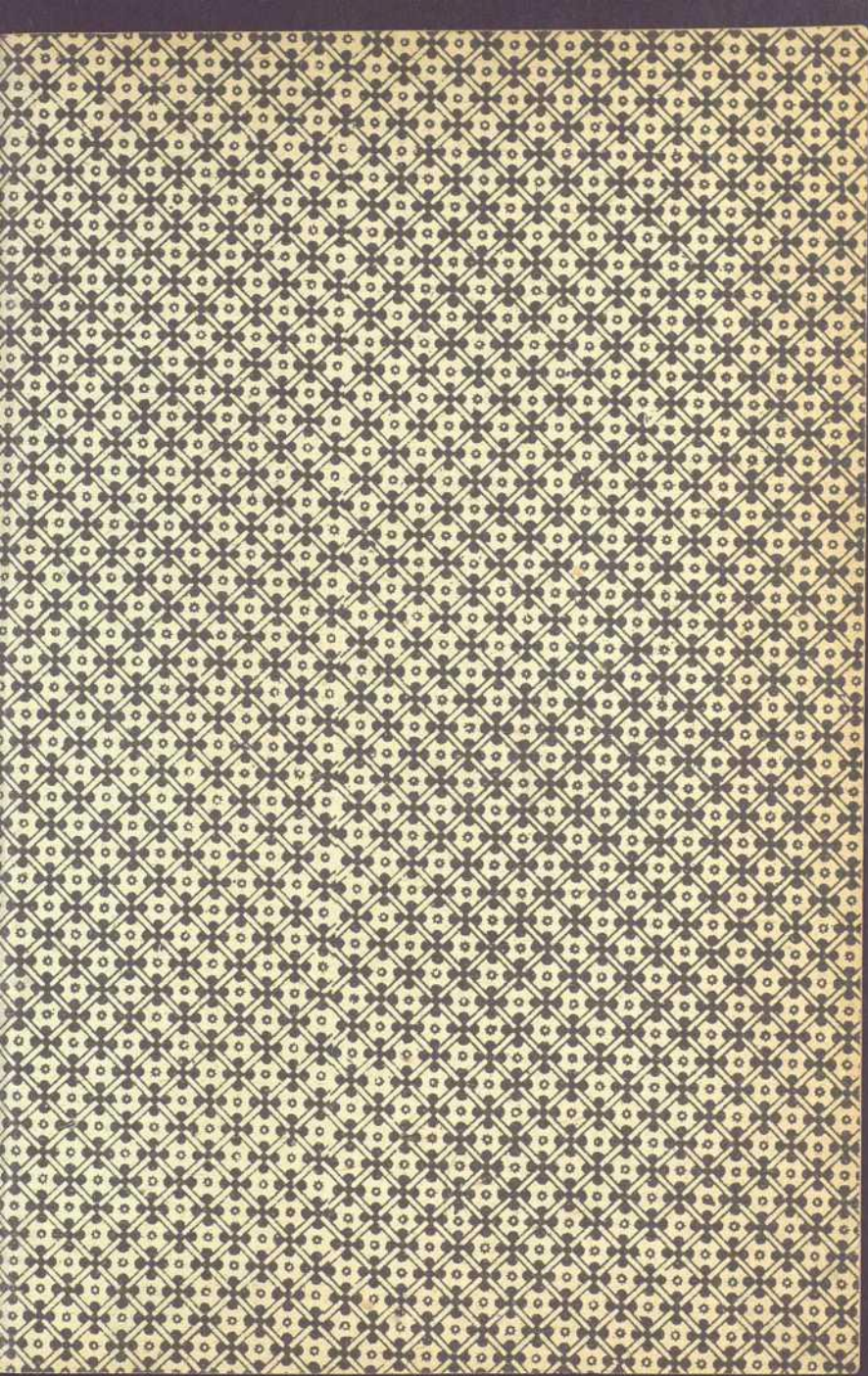
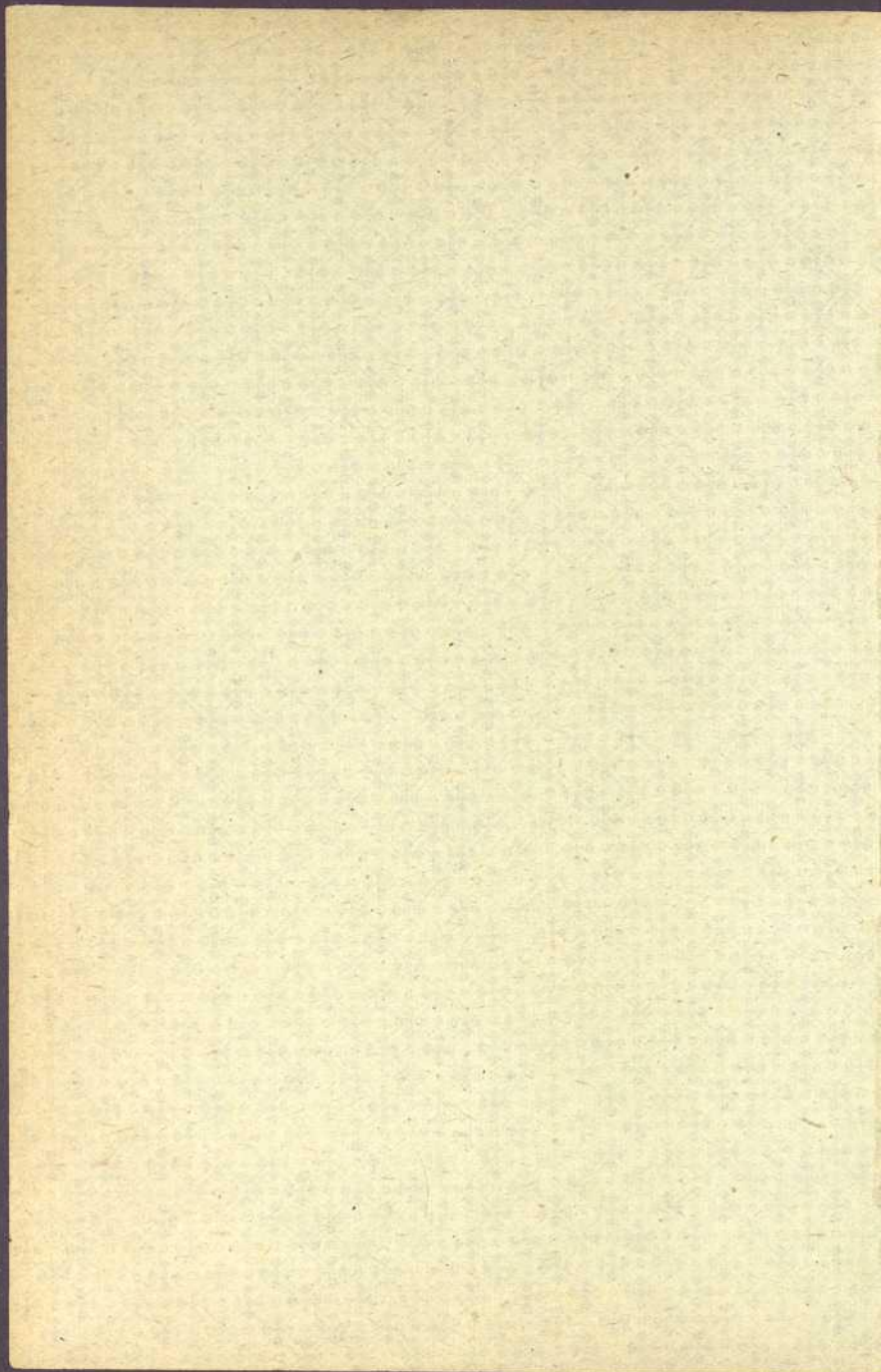


DE LECTURA

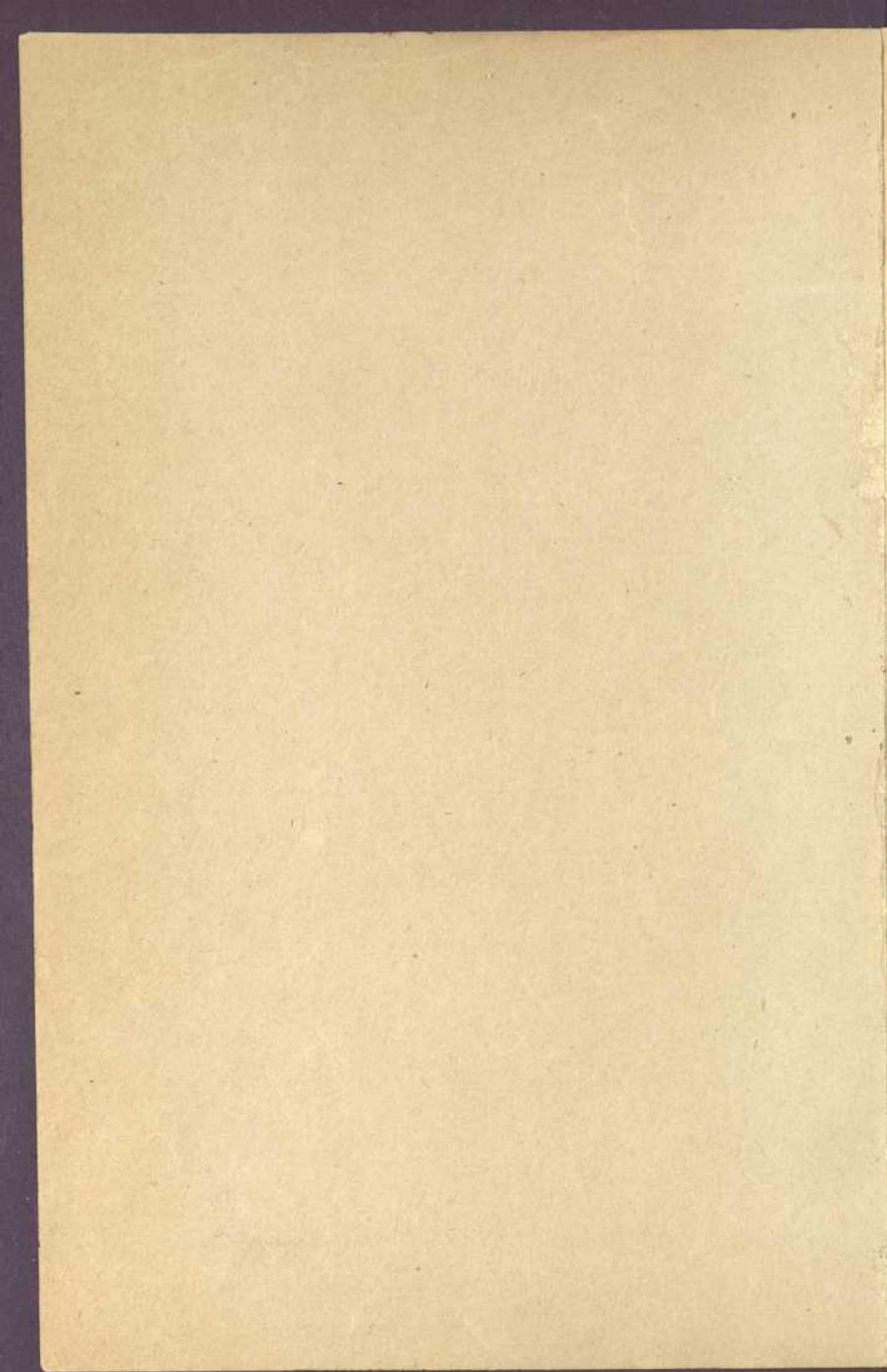
Por Ternel





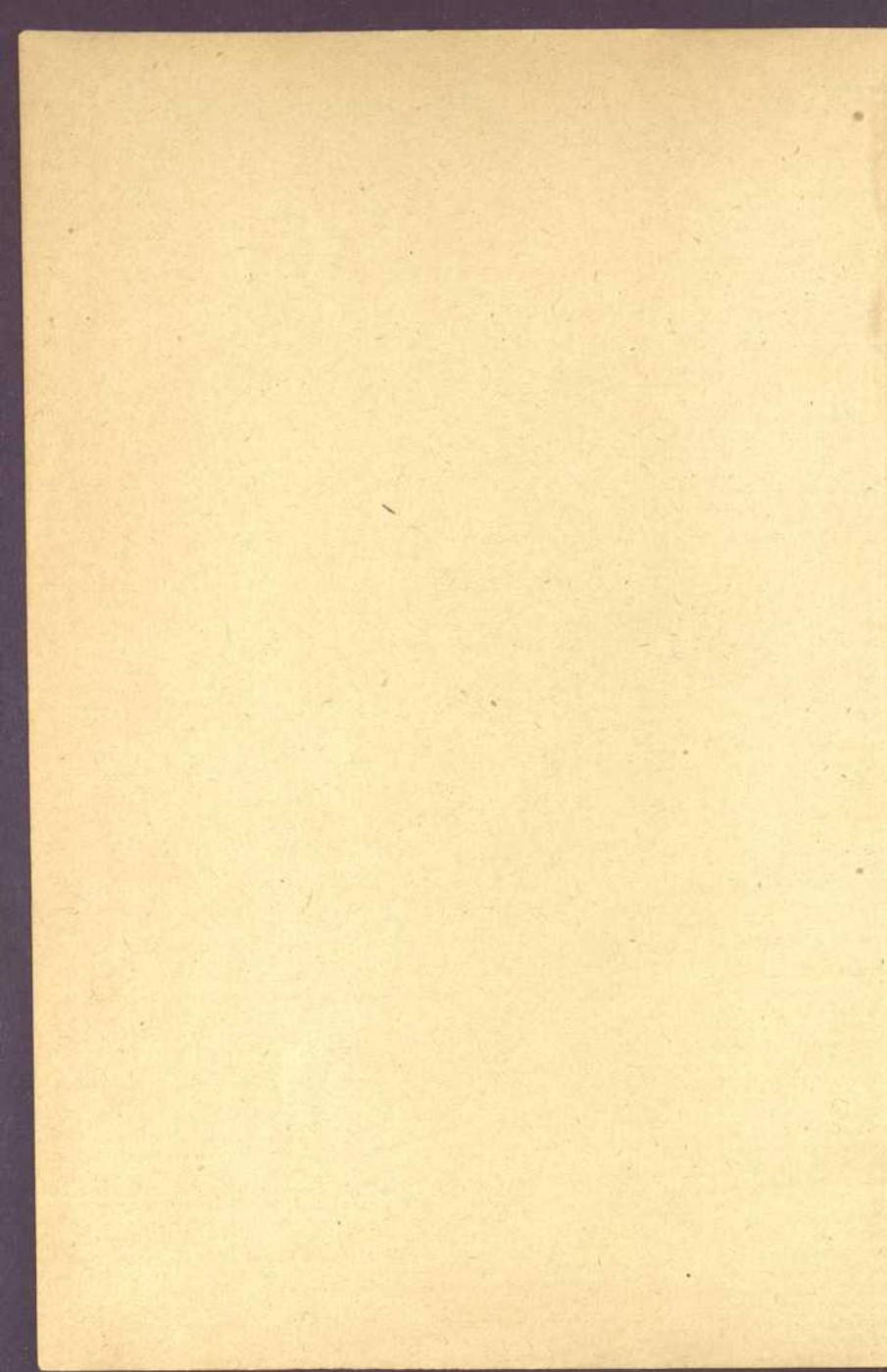
FA.3991





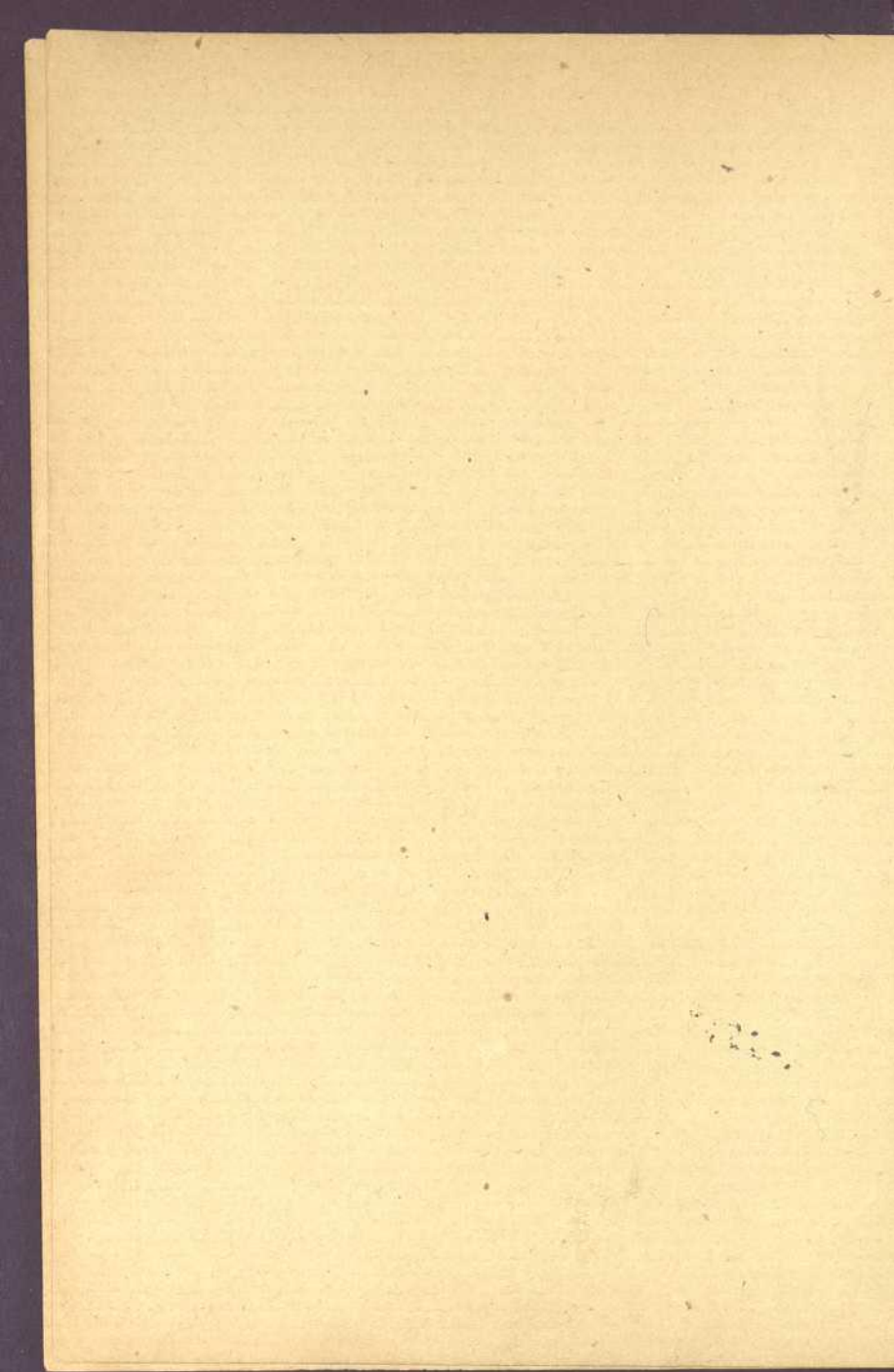
9.5538





EDGAR ALLAN POE





FA 3.377.1

COLECCIÓN DE AUTORES CÉLEBRES EXTRANJEROS

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS

Edgar Allan Poe

METZINGERSTEIN - EL MISTERIO DE
MARÍA ROGET - EL DEMONIO DE LA
PERVERSIDAD - EL GATO NEGRO
GUILLERMO WILSON - EL HOMBRE DE
LAS MUCHEDUMBRES - EL CORAZÓN
— — REVELADOR - BERENICE — —

TRADUCCIÓN DE LA DE
CARLOS BAUDELAIRE

POR

E. RAMÍREZ ANGEL



R-5538
MR-12.501

LIBRERÍA "FERNANDO FÉ"

PUERTA DEL SOL, 15

MADRID

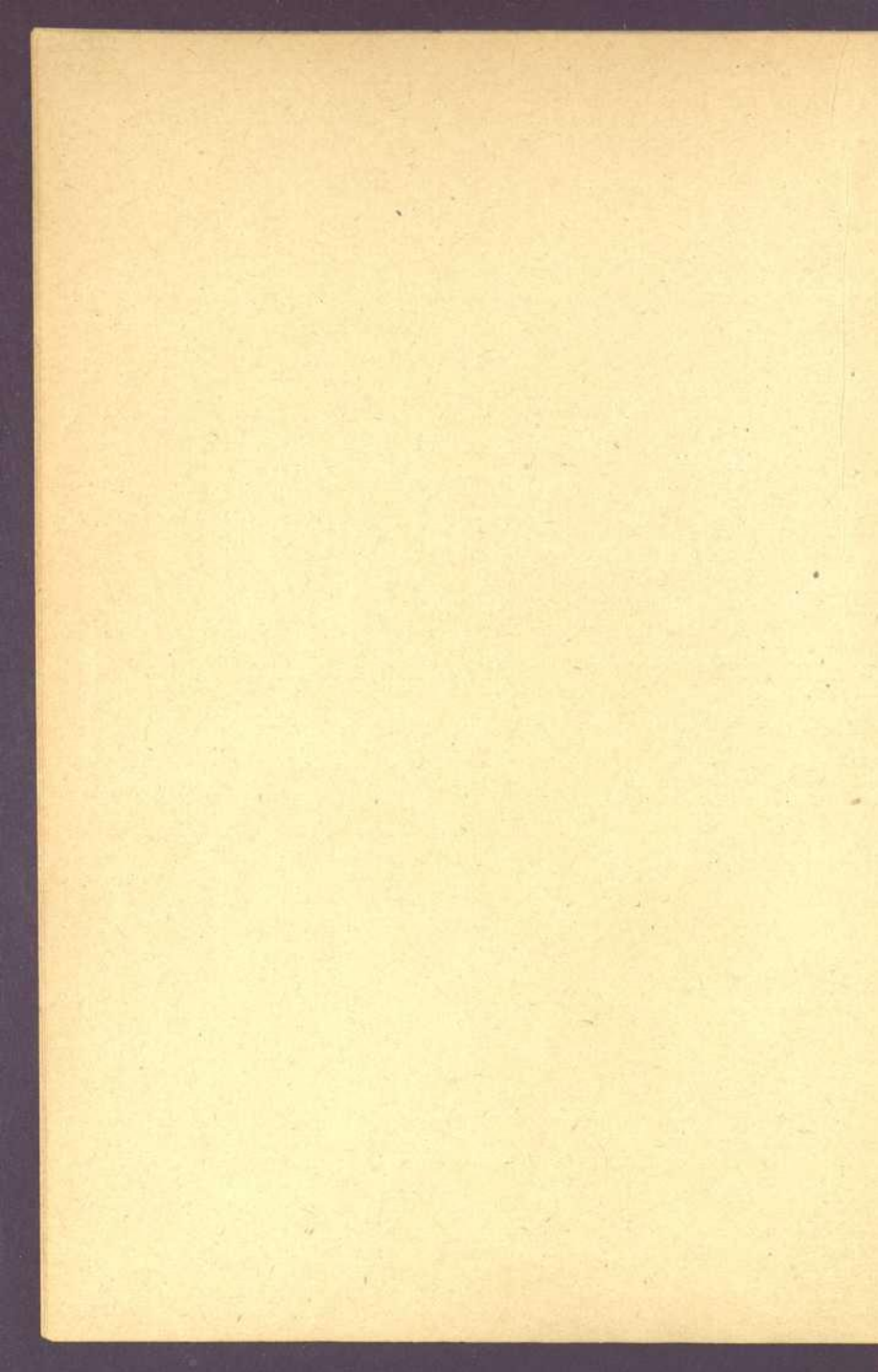
~~~~~  
*Esta obra es propiedad de  
sus editores.*

*Queda hecho el depósito que  
marca la ley.*  
~~~~~


ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Metzengerstein.....	1
El misterio de María Roget.....	17
El demonio de la Perversidad.....	109
El gato negro.....	121
Guillermo Wilson.....	139
El hombre de las muchedumbres.....	177
El corazón revelador.....	195
Berenice.....	205







METZINGERSTEIN

Pestis eram vivus, moriens
tua mors ero.

MARTIN LUTERO.

El horror y la fatalidad se han desatado en todos los siglos. ¿Para qué fijar fecha a la historia que voy a relatar? Básteme decir que en la época de que hablo existía en el corazón de Hungría una creencia secreta, pero muy arraigada, en las doctrinas de la metempsicosis. Nada diré de su falsedad o veracidad. Sin embargo, afirmo que buena parte de nuestra incredulidad procede, como dijo La Bruyere,—que atribuye nuestra desdicha a esta única causa—, de no poder estar solos (1).

Pero había algunos puntos en la teoría de la superstición húngara que propendían en extremo al absurdo. Los húngaros diferían muy esencialmente de sus autoridades de Oriente. Por ejemplo, *el alma*—a lo que creían—, y cito los términos de un sutil e inteligente parisien-

(1) Mercier, en el año 2240, sostiene seriamente las doctrinas de la metempsicosis, y J. d'Israeli dice que no hay sistema más sencillo y que repugne menos a la inteligencia. El coronel Ethian Allen, el Green Mountain Boa, pasa también por haber sido un gran metempsicosista.—(Nota de Poe.)

se—, *no reside más que una vez en un cuerpo sensible.. Así, un caballo, un perro, un hombre mismo no son más que la semejanza ilusoria de estos seres* (1).

Las familias Berlifitzing y Metzengerstein habían vivido en discordia durante siglos. Jamás se vió a dos casas tan ilustres recíprocamente exasperadas por una enemistad tan mortal. Este odio podía proceder de las palabras de una antigua profecía: *Un gran nombre dará una terrible caída cuando, como el jinete de su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfe de la inmortalidad de Berlifitzing.*

En verdad que los términos tenían poco o ningún sentido. Pero causas más vulgares han dado origen—y esto sin remontarse mucho—á consecuencias igualmente fecundas en sucesos. Además, las dos casas que eran vecinas, habían ejercido durante largo tiempo una influencia rival en los negocios de un gobierno tumultuoso. Por añadidura, vecinos tan inmediatos rara vez son amigos, y desde lo alto de sus sólidas terrazas los habitantes del castillo Berlifitzing podían hundir sus miradas en las

(1) Ignoro quién es el autor de este texto singular y oscuro; sin embargo, me he permitido rectificarlo ligeramente, adaptándolo al sentido moral del relato. Poe cita algunas veces de memoria e incorrectamente. Después de todo, el sentido me parece que se acerca a la opinión—atribuida al padre Kircher—de que los animales son espíritus encerrados.—*C. Baudelaire.*

M E T Z E N G E R S T E I N

ventanas del palacio Metzengerstein. Finalmente, el desarrollo de una magnificencia más que feudal no era a propósito para calmar los irritables sentimientos de los Berlifizing, menos antiguos y menos ricos. ¿Cabe, pues, asombrarse de que los términos de esta predicción, aunque completamente ridículos, hayan creado y mantenido la discordia entre dos familias pre-dispuestas ya a las rivalidades por todas las instigaciones de una envidia hereditaria? La profecía parecía implicar, si algo implicaba, un triunfo final por parte de la casa ya más poderosa, y, naturalmente, alentaba en la memoria de la más débil y meros influyente, llenándola de áspera animosidad.

Guillermo, conde Berlifitzing, aunque de noble linaje, no era en la época de este relato más que un viejo chocho y no tenía nada sobresaliente, como no fuera una antipatía inveterada y loca hacia la familia de su rival y una pasión tan viva por los caballos y la caza, que nada, ni sus achaques físicos, ni su avanzada edad, ni el debilitamiento de su espíritu le impedían tomar diariamente su parte en los peligros de este ejercicio.

En cuanto a Federico, barón de Metzengenstein, todavía no era mayor de edad. Su padre, el ministro G..., había muerto joven. Su madre, doña María, no tardó en seguirle. Federico contaba a la sazón diez y ocho años. En una ciudad

diez y ocho años no constituyen un largo período de tiempo; pero en la soledad, en una soledad tan magnífica como la de aquel viejo señorío, el reloj vibra con más profunda y más significativa solemnidad.

A consecuencia de determinadas circunstancias, originadas por la administración de su padre, el joven barón, a raíz de la muerte de aquél, entró en posesión de sus vastos dominios. Pocas veces se vió a un noble de Hungría dueño de un patrimonio parecido. Sus castillos eran innumerables. El más espléndido y extenso era el palacio Metzengerstein. Jamás pudo establecerse con certeza el límite de sus dominios; pero su parque principal abarcaba una circunferencia de cincuenta millas.

El advenimiento de un propietario tan joven y de carácter tan famoso, dueño de una fortuna tan incomparable, dejaba poco margen a las conjeturas relativas a su probable línea de conducta. Y, en efecto, en el espacio de tres días, la del heredero hizo palidecer el renombre de Herodes y excedió con magnificencia las esperanzas de sus admiradores más entusiastas. Vergonzosos libertinajes, flagrantes perfidias, atrocidades inauditas hicieron comprender bien pronto a sus vasallos temblorosos que nada—ni sumisión servil por parte suya ni escrúpulos de conciencia por la del heredero—les preservaría en adelante contra las garras sin remor-

M E T Z E N G E R S T E I N

dimientos de aquel pequeño Calígula. Hacia la noche del cuarto día se advirtió que el fuego había estallado en las caballerizas del castillo Berlifitzing, y la opinión unánime de la vecindad añadió el delito de incendio a la lista ya horrible de las fechorías y atrocidades del barón.

En cuanto al joven gentilhombre, durante el tumulto ocasionado por este accidente permanecía sumido en aparente meditación, en lo alto del palacio de los Metzengerstein, en un amplio aposento solitario. La colgadura de tapicería, rica, aunque ajada, que pendía melancólicamente de los muros, representaba las figuras fantásticas y majestuosas de mil antepasados ilustres. Aquí sacerdotes ricamente vestidos de armiño, dignatarios pontificales, alternaban familiarmente con el autócrata y el soberano, oponiendo su *veto* a los caprichos de un rey temporal, o contenían, con el *hágase* de la omnipotencia papal, el cetro rebelde del Gran Enemigo, príncipe de las tinieblas. Allá las sombrías y grandes figuras de los príncipes Metzengerstein—sus musculosos caballos de guerra pisoteaban los cadáveres de los enemigos derribados—conmovían las naves más firmes con su poderosa expresión; y aquí, a su vez, voluptuosas y blancas, como cisnes, las imágenes de las damas de otros tiempos flotaban a lo lejos, en los meandros de una danza fantástica, a los acordes de una melodía imaginaria.

Pero mientras el barón escuchaba o fingía escuchar el tumulto cada vez mayor de las caballerizas de Berlifitzing—y acaso meditaba algún rasgo nuevo, algún rasgo vigoroso de audacia—, sus pupilas se volvieron maquinalmente hacia la imagen de un caballo enorme, de singular color y representado en la tapicería como perteneciente a un antepasado sarraceno de la familia de su rival. El caballo aparecía en el primer término del cuadro—inmóvil como una estatua—, mientras que algo más lejos, detrás de él, su jinete, derribado, moría bajo el puñal de un Metzengerstein.

En los labios de Federico surgió una expresión diabólica, como si se hubiese dado cuenta de la dirección que su mirada había seguido involuntariamente. Sin embargo, no volvió la vista. Ausente de allí, no podía percatarse en manera alguna de la ansiedad abrumadora que parecía caer sobre sus sentidos como un sudario. Dificilmente conciliaba sus sensaciones incoherentes como las de los sueños con la certidumbre de hallarse despierto. Cuanto más lo contemplaba, más absorbente se hacía el hechizo, más imposible le parecía librar su mirada de la fascinación de aquella tapicería. Pero, de repente, el tumulto de fuera se hizo más violento, y, por fin, realizando un esfuerzo penoso, derivó su atención hacia una llamarada de luz roja proyectada de lleno en las inflamadas ca-

ballerizas, sobre las ventanas del aposento.

Sin embargo, la actitud fué momentánea nada más; su mirada se volvió maquinalmente a la pared. Con gran sorpresa suya, la cabeza del gigantesco corcel —¡cosa horrible!— había cambiado de posición durante aquel tiempo. El cuello del animal, inclinado al principio como por compasión hacia el cuerpo derribado de su dueño, se hallaba ahora extendido, rígido y en toda su longitud, en la dirección de Federico. Los ojos, momentos antes invisibles, contenían ahora una expresión enérgica y humana y brillaban con un rojo ardiente y extraordinario, y los labios distendidos de aquel caballo de fisonomía colérica dejaban ver enteramente sus dientes sepulcrales y repulsivos.

Aterrado y atónito, el joven llegó a la puerta tambaleando. Al abrirla, un relámpago de luz roja brotó a lo lejos en la sala, dibujando claramente su reflejo sobre la temblorosa tapicería; y como el barón vacilara un instante en el umbral, se estremeció al ver que aquel reflejo tomaba la misma posición y reemplazaba precisamente el contorno del implacable y triunfante asesino del Berlifitzing sarraceno.

Para aliviar su abatido espíritu, el barón Federico salió precipitadamente al aire libre. En la puerta principal del palacio se encontró a tres escuderos. Estos, con no poca dificultad y grave riesgo de su vida, refrenaban los saltos convul-

sivos de un gigantesco caballo color de fuego.

—¿De quién es este caballo? ¿Dónde lo habéis encontrado?— preguntó el joven con voz ronca y enojada, reconociendo al momento en el misterioso corcel de la tapicería el vivo retrato del furioso animal que tenía ante sí.

—Es vuestro, monseñor—repuso uno de los escuderos—; por lo menos nadie lo ha reclamado como suyo. Lo hemos cogido en el momento en que, humeante y espumoso de rabia, huía de las abrasadas caballerizas del castillo Berlifitzing. Suponiendo que pertenecía a la yeguada extranjera del anciano conde, lo hemos traído como resto de ella. Pero los criados no alegan derecho alguno sobre el animal, lo que es raro, porque conserva señales evidentes del fuego que demuestran que ha escapado de buena.

—Como las letras W. V. B. se distinguen perfectamente grabadas sobre su frente —añadió otro de los escuderos—, he supuesto que eran las iniciales de Wilhelm von Berlifitzing; pero en el castillo todo el mundo afirma que no conoce a este caballo.

—¡Sí que es extraño de veras!— dijo el barón ensimismado y como si no se percatase del sentido de sus palabras—. ¡Es, tenéis razón, un caballo notable, un prodigioso caballo! Aunque, como observáis bien, de carácter espantadizo e intratable. ¡Bueno! Pues será mío, no lo dudo—

M E T Z E N G E R S T E I N

añadió después de una pausa—; quizás un jinete tal como Federico de Metzengerstein podrá domar al mismo diablo de las caballerizas de Berlitzing.

—Os equivocáis, señor; el caballo, como creo que le hemos dicho, no pertenece a las cuabras del conde. Si hubiera sido así, conocemos demasiado nuestro deber para conducirle a la presencia de una noble persona de vuestra familia.

—¡Es verdad!—observó el barón secamente.

En aquel momento llegó del palacio, a toda prisa, un joven ayuda de cámara, con el rostro sofocado. Cuchicheó al oído de su señor la repentina desaparición de un trozo de la tapicería, en el aposento que designó, y se puso entonces a dar detalles de carácter minucioso y circunstanciado; pero como todo esto fué comunicado en voz tan baja, no traslució ni una sola palabra que pudiera satisfacer la excitada curiosidad de los escuderos.

Durante la entrevista, el joven Federico parecía hallarse agitado por diversas emociones. No obstante, recobró bien pronto su calma, y una expresión de resuelta malignidad se dibujó en su fisonomía cuando dió las órdenes terminantes para que el aposento en cuestión fuese condenado inmediatamente y le entregasen a él mismo la llave.

—¿Os habéis enterado de la deplorable

muerde de Berlifitzing, el viejo cazador?—dijo al barón uno de sus vasallos después de que se hubo ido el paje, mientras que el enorme corcel que el gentilhombre acababa de adoptar como suyo se lanzaba brincando con redoblada furia al través de la larga alameda que se extendía desde el palacio hasta las caballerizas de Metzengerstein.

—No—repuso el barón volviéndose bruscamente hacia el que hablaba—. ¿Que ha muerto, dices?

—Es la pura verdad, monseñor, y presumo que para un señor de vuestro nombre no es ésta una noticia muy desagradable.

Una rápida sonrisa brotó de la fisonomía del barón.

—¿Cómo ha muerto?

—Abrasado miserablemente por las llamas, al realizar imprudentes esfuerzos para salvar la parte preferida de su yeguada de caza.

—¿De... ve... ras?—exclamó el barón como impresionado lenta y gradualmente por alguna evidencia misteriosa.

—¡De veras!—repitió el vasallo.

—¡Horrible!—dijo el joven con la mayor calma. Y regresó tranquilamente al palacio.

A partir de [aquella época, la conducta exterior del desenfrenado joven Federico de Metzengerstein sufrió una notable alteración. Verdaderamente, su comportamiento defraudaba

M E T Z E N G E R S T E I N

las esperanzas y desconcertaba las intrigas de más de una madre. Sus costumbres y modales cambiaron de día en día, y jamás ofrecieron menos analogía simpática cualquiera con las de la aristocracia vecina. Nunca se le veía más allá de los límites de su propio dominio, y en el vasto mundo social vivía absolutamente sin compañero, a menos que aquel magnífico caballo impetuoso, sin par, color de fuego, en el que cabalgó continuamente a partir de aquella época, no tuviera en realizad, cierto misterioso derecho al título de amigo.

No obstante, diariamente recibía numerosas invitaciones de la vecindad: «¿Honrará nuestra fiesta el barón con su presencia?» «¿Asistirá con nosotros el barón a la cacería del jabalí?»— «Metzengerstein no caza.» «Metzengerstein no irá.» Tales eran sus altaneras y lacónicas contestaciones.

Aquella nobleza imperiosa no podía tolerar tan reiterados insultos. Las invitaciones se hicieron menos cordiales, menos frecuentes, y, con el tiempo acabaron por cesar en absoluto. La viuda del infortunado conde Berlifitzing dió a conocer su propósito de «que el barón estuviera en su morada, cuando no quisiese estar en ella, ya que desdeñaba la compañía de sus semejantes, y que saliera a caballo, cuando no quisiese, ya que prefería la sociedad de éste a la suya». Esto, seguramente, no era más que la

necia explosión de una desavenencia hereditaria, y demostraba que nuestras palabras llegan a ser singularmente absurdas cuando queremos darlas una forma extraordinariamente enérgicas.

Sin embargo, las personas caritativas atribuían el cambio de costumbres del joven gentilhomme al natural dolor de un hijo privado prematuramente de sus padres, aunque olvidaban su atroz y despreocupada conducta durante los días que siguieron a dicha pérdida. Hubo algunos que advirtieron simplemente en él una idea exagerada de su grandeza y dignidad. Otros, a su vez (y entre ellos puede citarse al médico de la familia), hablaban sin vacilar de una melancolía morbosa y de un mal hereditario; sin embargo, entre el vulgo circulaban insinuaciones más tenebrosas, de índole más equívoca. En realidad, el apego perverso del barón hacia su cabalgadura de reciente adquisición, apego que parecía adquirir mayor fuerza a cada nuevo ejemplo que el animal daba de sus feroces y demoníacas inclinaciones, se trocó a la larga, a juicio de todas las personas razonables, en una dulzura horrible y antinatural. En el deslumbramiento del mediodía, en las horas profundas de la noche, enfermo o sano, en la calma o en la tempestad, el joven Metzengertein parecía como clavado a la silla del caballo colosal, cuyas insoportables audacias ar-

M E T Z E N G E R S T E I N

monizaban tan bien con su propio carácter.

Además, mediaban circunstancias que, relacionadas con recientes acontecimientos, daban un carácter sobrenatural y monstruoso a la manía del caballero y a las capacidades del animal. El espacio que éste franqueaba de un solo salto había sido cuidadosamente medido, y se vió que sobrepujaba con exceso las conjeturas más amplias y exageradas. Además, aunque todos los caballos de la yeguada del barón se distinguían con apelaciones características, el que montaba no tenía ningún *nombre* particular. Su cuadra hallábase a alguna distancia de las otras, y en cuanto a su aseo y demás servicio necesario, nadie, como no fuese el propietario en persona, se arriesgaba a desempeñar tales funciones ni a penetrar siquiera en el recinto donde se levantaba su caballeriza particular. También se observó que, aunque los tres palafreneros que se apoderaron del corcel, cuando hufa del incendio de Berlifitzing, hubiesen conseguido detener su carrera con ayuda de una cadena de lazo corredizo, ninguno de ellos podía asegurar con certeza que hubiera posado la mano sobre el cuerpo del animal ni durante la peligrosa lucha ni después. Ciertamente, los testimonios de una inteligencia singular en la conducta de un caballo lleno de ardor no serían suficientes para excitar una atención irrazonable; pero en este caso concurrían determinadas

circunstancias que habrían violentado los espíritus más escépticos y flemáticos; y hasta se decía que alguna vez el animal había hecho retroceder, horrorizada, a la curiosa multitud, ante la profunda y sorprendente significación de su estampa, y que alguna vez el mismo Metzengerstein palideció, y hubo de ocultarse, ante la súbita expresión de su mirada grave y casi humana.

Sin embargo, entre toda la servidumbre del barón no se halló a nadie que dudara del extraordinario afecto que despertaron en el joven gentilhomme las brillantes cualidades de su caballo; a nadie, excepto a un insignificante paje-cillo enclenque, cuya ofuscadora fealdad bullía por todas partes y cuyas observaciones tenían la menor importancia posible. Llegaba el tal a la desvergüenza de afirmar—si es que, con todo, sus ideas valen la pena de consignarse—que su amo no había montado a caballo nunca sin sentir un inexplicable y casi imperceptible temblor, y que, al regreso de cada uno de sus largos y habituales paseos, una expresión de triunfante malignidad alteraba los músculos de su rostro.

Durante una noche de tempestad, Metzengerstein, al despertar de un pesado sueño, bajó como loco de su alcoba, y, montando a caballo a toda prisa, se lanzó galopando al través del laberinto del bosque.

M E T Z E N G E R S T E I N

Un hecho tan corriente no podía llamar la atención; pero su regreso fué esperado con intensa ansiedad por todos sus criados, cuando, después de algunas horas de ausencia, los prodigiosos y magníficos edificios del palacio Metzengerstein empezaron a crujir y a estremecerse hasta sus cimientos bajo la acción de un fuego inmenso e indomable, una masa espesa y lívida.

Como las llamas, cuando se advirtieron por primera vez, habían progresado tan terriblemente que todos los esfuerzos para salvar una parte cualquiera de los edificios habrían sido inútiles, el vecindario se agolpaba en torno de ellos, sumido en una estupefacción silenciosa, si no apática. Pero un objeto terrible y nuevo no tardó en atraer la atención de la multitud y demostró hasta qué punto es mucho más intenso el interés que provoca en sus sentimientos la contemplación de una humana agonía que el que producen los más horrorosos espectáculos de la materia inanimada.

Por la larga avenida de viejas encinas, que empezaba en el bosque y concluía en la entrada principal del palacio Metzengerstein, un corcel, montado por un jinete despeinado y en desorden, apareció dando saltos con una impetuosidad que desafiaba al demonio de la tempestad misma.

El jinete no era, en verdad, dueño de aquella carrera desenfrenada. La angustia de su fisono-

mía, los esfuerzos convulsivos de todo su ser, revelaban una lucha sobrehumana; pero excepto un grito único, no brotó sonido alguno de sus lacerados labios, que mordía de extremo a extremo en la intensidad de su terror. En un instante, el choque de los cascos resonó con rumor agudo y penetrante, que se impuso al rugido de las llamas y el ulular del viento, y otro instante después, franqueando de un solo salto la puerta principal y el foso, el corcel se arrojó sobre las inseguras escaleras del palacio y desapareció con su jinete en el torbellino de aquel fuego caótico.

De pronto, la furia de la tempestad se apaciguó, sobreviniendo la calma más absoluta. Una llama blanca seguía envolviendo el edificio, como un sudario, y reverberando a lo lejos en la atmósfera tranquila, proyectaba un resplandor sobrenatural, mientras que una nube de humo se abatía pesadamente sobre los edificios, adoptando la forma perceptible de un gigantesco caballo.

EL MISTERIO DE MARIA ROGET ⁽¹⁾

QUE SIRVE DE CONTINUACIÓN AL
DOBLE ASESINATO EN LA CALLE MORGUE

Hay series ideales de sucesos que corren paralelamente con las reales. Los hombres y las circunstancias, en general, modifican el impulso ideal de los sucesos, de tal suerte, que parece imperfecto, y sus consecuencias son, igualmente, imperfectas. Así ocurrió con la Reforma; en vez del protestantismo llegó el luteranismo.

NOVALIS.

Existen pocas personas, aun entre los pensadores más sosegados, que no se hayan sentido alguna vez dominadas por una vaga, pero arrebatadora semicreencia en lo sobrenatural, frente a ciertas *coincidencias* de carácter tan maravilloso en apariencia, que el espíritu se sentía

(1) En el momento de la publicación original de *María Roget*, las notas puestas al pie de las páginas hubieran sido con-

incapaz de admitirlas como tales. Parecidos sentimientos—porque las semicreencias a que me refiero no poseen jamás la perfecta energía del «pensamiento»—no pueden reprimirse sino difícilmente, a menos que no se atribuyan a la ciencia del azar, o según la expresión técnica, al cálculo de probabilidades. Este cálculo es, en su esencia, puramente matemático, y así, tenemos la anomalía de la ciencia más rigurosamente exacta aplicada a la sombra y a la espirituali-

sideradas superfluas. Pero han transcurrido bastantes años desde que acaeció el drama en que se basa este cuento y nos ha parecido conveniente añadirlas aquí con unas cuantas palabras aclaratorias referentes a su línea general.

Una joven, María Cecilia Rogers, fué asesinada en las inmediaciones de Nueva York, y aunque su muerte excitó un interés intenso y persistente, el misterio que la envolvía no se había esclarecido aún en la época en que este artículo fué escrito y publicado (Noviembre de 1842). Aquí, con el pretexto de referir la historia de una "griseta" parisiense, el autor ha trazado minuciosamente los hechos esenciales, al mismo tiempo que los no esenciales y simplemente paralelos del asesinato efectivo de María Rogers. Así todo argumento basado en la ficción es aplicable a la verdad, y es el fin perseguido la investigación de la verdad.

El misterio de María Roget fué compuesto lejos del teatro del crimen y sin más medios de indagación que los periódicos que el autor pudo procurarse. Por ello careció de muchos documentos de que se habría valido si hubiera estado en el país e inspeccionado los lugares del suceso. Sin embargo, no estará de más recordar que las declaraciones de dos personas (una de las cuales es la señora Deluc, de la narración novelesca), hechas en épocas diferentes y mucho tiempo después de esta publicación, confirmaron plenamente no sólo la conclusión general, sino también todos los principales pormenores hipotéticos en que ésta se basaba.—(N. de Baudelaire.)

EL MISTERIO DE MARÍA ROGEL

dad de lo que de más impalpable hay en el mundo de la especulación.

* Los extraordinarios pormenores que se me ha invitado a publicar forman, como va a verse, en cuanto a la sucesión de las épocas, la primera rama de una serie de «coincidencias» apenas imaginables, cuya rama secundaria o final encontrarán los lectores en el reciente asesinato de Mary Cecilia Rogers, cometido en Nueva York.

Cuando, en un articulito intitulado *El doble asesinato en la calle de la Morgue*, me dediqué, hace casi un año, a describir algunos rasgos salientes del carácter moral de mi amigo don C. Augusto Dupín, no se me ocurrió la idea de que alguna vez había de volver a ocuparme en este asunto. Yo no perseguía otro objeto que pintar su temperamento, objeto perfectamente conseguido al través de la extraña serie de circunstancias concertadas para esclarecer la idiosincrasia de Dupin. Yo habría podido añadir nuevos ejemplos, pero no hubiera probado nada más. Sin embargo, varios acontecimientos recientes, por su sorprendente desarrollo, han despertado de pronto en mi memoria algunos nuevos detalles, que revestirán, supongo, cierta apariencia de confesión arrancada. Una vez enterado de cuanto recientemente me han referido, sería, en verdad, muy extraño que yo guardase silencio acerca de lo que pude ver y oír hace mucho tiempo.

Después de la conclusión de la tragedia aneja a la muerte de la señora de L'Espanaye y de su hija, el señor Dupín borró aquel asunto de su espíritu y volvió a hundirse en sus acostumbrados y sombríos ensimismamientos. Muy propenso siempre a la abstracción, su carácter no tardó en ahuyentarla, y, siguiendo domiciliados en nuestro piso del faubourg de Sain-Germain, desdeñamos toda preocupación acerca del porvenir, adormeciéndonos tranquilamente en el presente y bordando nuestros ensueños sobre la fastidiosa trama del mundo exterior.

Pero estos ensueños duraron poco. Fácilmente se adivinará que el papel representado por mi amigo en el drama de la calle Morgue, no había dejado de llamar la atención de la policía parisiense. Entre sus agentes, el nombre de Dupín era muy familiar. Como no sólo el prefecto, sino cualquiera otra persona, excepto yo, ignoraba el sencillo carácter de las inducciones de que se había valido para desvanecer el misterio de aquel crimen, no era extraño que el caso se considerara lindante con lo milagroso o que las facultades analíticas de Dupín le hubieran otorgado el prestigio maravilloso de la intuición. Su franqueza le habría, sin duda, impulsado a disuadir a todo curioso del error en que se hallaba; pero su indolencia fué causa de que un asunto, cuyo interés había cesado para él desde hacía mucho tiempo, fuera removido de nuevo.

EL MISTERIO DE MARÍA ROGET

Así, ocurrió que Dupín llegó a ser el foco de luz hacia el que convergieron las miradas de la policía, y en diversas circunstancias la Prefectura realizó gestiones para utilizar sus aptitudes. Uno de los casos más notables fué el asesinato de una joven llamada María Roget.

Este suceso ocurrió próximamente dos años después del drama de la calle Morgue. María, cuyo nombre y apellido despertarán sin duda la atención por su semejanza con los de una joven e infortunada estanquera, era hija única de la viuda Estela Roget. El padre murió durante la niñez de la muchacha, y, desde la época de su fallecimiento hasta diez y ocho meses antes del asesinato a que esta narración se refiere, madre e hija habían vivido juntas constantemente en la calle Empedrada de San Andrés (1), donde la señora Roget, ayudada por María, tenía casa de huéspedes. Así transcurrió el tiempo, hasta que la muchacha cumplió veintidós años, época en que su hermosura llamó la atención de un perfumista, establecido en planta baja del Palais-Royal, cuya clientela se componía, sobre todo, de los audaces aventureros que infestan aquellas cercanías. El señor Le Blanc (2) adivinaba las ventajas que podría proporcionarle la presencia de la hermosa joven en su establecimiento de perfumería, y sus propo-

(1) Nassau-Street.

(2) Anderson.

siciones fueron aceptadas por ella vivamente, aunque promovieran en el espíritu de la señora Roget algo más que una simple vacilación.

Las esperanzas del comerciante se realizaron, y los encantos de la linda «griseta» dieron bien pronto notoriedad a sus salones. Cuando llevaba próximamente un año allí, sus admiradores quedaron sumidos en la mayor congoja. María desapareció repentinamente del establecimiento. El señor Le Blanc no supo explicar su ausencia, y la señora Roget enloqueció de terror e inquietud. Los periódicos se apoderaron inmediatamente del asunto y la policía se preparaba a realizar serias averiguaciones, cuando un día, apenas transcurrida una semana, María, sana y salva, pero con aspecto ligeramente entristecido, reapareció, como de costumbre, tras el mostrador de la perfumería. Todas las investigaciones iniciadas, excepto las de carácter privado, fueron suspendidas. El señor Le Blanc, entonces como antes, no sabía nada absolutamente de lo ocurrido. María y su madre contestaron, a todas las preguntas que les hicieron, que la muchacha había pasado la semana última en casa de un pariente, en el campo. Así, decayó el interés que este asunto había promovido y fué olvidado por casi todo el mundo; porque María, deseosa de sustraerse a la impertinencia de la curiosidad, se despidió definitivamente del perfumista y fué a refugiarse en la residencia

EL MISTERIO DE MARÍA ROGET

de su madre, calle Empedradà de San Andrés.

Habían transcurrido cinco meses escasos, cuando sus amigos fueron nuevamente alarmados por otra repentina desaparición de María Roget. Pasaron tres días sin saberse nada de ella. Al cuarto, se descubrió su cadáver flotando en el Sena (1), cerca de la orilla, frente al barrio de la calle de San Andrés, en un sitio poco distante de los solitarios alrededores de la barrera del Roule (2).

La atrocidad del asesinato—porque desde el principio fué evidente que se trataba de un asesinato—, la juventud y belleza de la víctima y, especialmente, su notoriedad anterior, todo conspiraba para producir una intensa conmoción en el espíritu de los sensibles parisienses. No recuerdo otro caso semejante que produjera un efecto tan vivo y general. Durante algunas semanas, las graves cuestiones políticas de actualidad naufragaron en la discusión de este único y absorbente asunto. El prefecto realizó esfuerzos desacostumbrados y la policía parisiense puso en juego todos sus recursos.

Cuando el cadáver fué descubierto, se estaba muy lejos de suponer que el asesino pudiese tardar en sustraerse a las investigaciones que inmediatamente se ordenaron. Hasta transcurri-

(1) El Hudson.

(2) Weehawken.

da una semana no se consideró preciso ofrecer una recompensa, y aun por entonces se limitó a mil francos. No obstante, las pesquisas continuaron con ardor, ya que no con acierto, e interrogóse a buen número de individuos, aunque sin resultado. A pesar de todo, la falta total de hilo conductor en este misterio no hacía más que aumentar la excitación pública. Al transcurrir el sexto día, se juzgó oportuno doblar la recompensa primitivamente ofrecida, y, poco a poco, como transcurriera la segunda semana sin aportar descubrimiento alguno y estallasen en serios alborotos las prevenciones que París ha abrigado siempre contra la policía, el prefecto se arriesgó a prometer por su cuenta la suma de veinte mil francos «para la delación del asesino», o si había varias personas complicadas en aquel crimen, «para la delación de cada uno de los asesinos» (1). En el bando en que se anunciaba esta recompensa prometíase una amnistía total a todo cómplice que declarara espontáneamente contra su *colaborador*, y por todos los lugares donde este documento oficial

(1) Debo advertir a los amigos de la estricta verdad local, en lo relativo a este pasaje y a otros siguientes, así como a varios del *Doble asesinato en la calle Morgue*, que el autor refiere las cosas a lo norteamericano y que la aventura ha sido desfigurada muy ligeramente; pero ni unas costumbres parisienses imaginarias ni un plano imaginario de París invalidan el valor del análisis.—(N. de Baudelaire.)

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

fué fijado, añadióse un cartel particular, procedente de cierta Junta de ciudadanos, que ofrecía diez mil francos además de la suma prometida por la prefectura. La recompensa, en conjunto, ascendía a poco más de treinta mil francos, lo que puede considerarse como una cantidad extraordinaria, si se tiene en cuenta la humilde condición de la víctima y la frecuencia con que, en las grandes poblaciones, se cometen delitos de esta naturaleza.

Nadie dudó entonces de que el misterio de aquel asesinato sería aclarado prontamente. Pero aunque, en uno o dos casos, las detenciones de algunos individuos parecieron prometer alguna luz, no se pudo descubrir nada que acusase a las personas sospechosas, las cuales fueron inmediatamente puestas en libertad. Por raro que esto pueda parecer, habían transcurrido ya tres semanas desde el hallazgo del cadáver; tres semanas sin que arrojasen luz alguna sobre el suceso, y a nuestros oídos no había llegado aún la menor referencia de un asunto que tan violentamente excitaba la curiosidad pública. Dupín y yo, consagrados a investigaciones que absorbían toda nuestra atención desde hacía casi un mes, no habíamos puesto ni uno ni otro el pie en la calle, ni recibido visita alguna, ni dado sino un vistazo ligero a los principales artículos políticos de los periódicos. La primera noticia del crimen nos la trajo el se-

ñor G... en persona (1). Vino a vernos el 13 de Julio de 18... a primera hora de la tarde, y permaneció con nosotros hasta bien entrada la noche. Estaba vivamente mortificado por el fracaso de sus esfuerzos para descubrir a los asesinos. Su reputación—afirmaba con aire exclusivamente parisiense—hallábase en tela de juicio; su honor, comprometido en el lance. Además, la opinión tenía fija su mirada en él, y estaba dispuesto a no escatimar sacrificio alguno para conseguir la aclaración de aquel misterio. Terminó su discurso, medianamente divertido, con una cortés alusión a lo que él creyó conveniente llamar el *tacto* de Dupín, e hizo a éste una proposición directa, en verdad muy generosa, cuyo valor no tengo derecho a revelar aquí, aunque tampoco guarda relación con el objeto de la presente historia.

Mi amigo rechazó, lo mejor que pudo, el cumplimiento, pero aceptó en el acto la proposición, si bien las ventajas de ella habían de ser absolutamente condicionales. Una vez puntualizado este extremo, el prefecto se extendió, desde el primer momento, en explicar sus particulares opiniones, entremezclándolas con copiosos comentarios acerca de las declaraciones del pro-

(1) Véase el *Doble asesinato en la calle Morgue* y *La carta robada*. Es evidente que Poe pensó en M. Gisquet, al que, por cierto, apenas se le reconocería en el personaje G.—(N. de Baudelaire.)

EL MISTERIO DE MARIA. ROGET

ceso, que no conocíamos aún. Discurría prolijamente, y, hasta sin duda alguna doctamente, cuando lancé al azar una observación acerca de la noche, que avanzaba, invitando al sueño. Dupín, firmemente sentado en su sillón de costumbre, era la encarnación del silencio respetuoso y atentísimo. Había conservado puestas las gafas durante la entrevista, y como yo lanzase de vez en cuando una mirada detrás de sus cristales verdes, adquirí la convicción de que, por silencioso que hubiera estado, su sueño no habría sido menos profundo durante las siete u ocho últimas pesadas horas que precedieron a la marcha del prefecto.

Al día siguiente, por la mañana, me procuré en la prefectura una información de todas las declaraciones obtenidas hasta entonces, y en varias redacciones de periódicos un ejemplar de cada uno de los números en los que, desde el origen hasta el último instante, se había publicado un documento cualquiera relativo a tan triste asunto. Después de seleccionar lo positivamente falso, el conjunto de informes quedó reducido a lo siguiente:

María Roget había abandonado la casa de su madre, calle Empedrada de San Andrés, el domingo 22 de Junio de 18..., hacia las nueve de la mañana. Al salir, manifestó a Jacobo Saint-Eustache (1) —sólo a él— su propósito de pasar

(1) Payne.

el día con una tía suya, en su casa, calle de Drômes. La calle de Drômes es un pasaje corto y estrecho, pero muy concurrido, no lejos de la orilla del río, situado a unas dos millas, suponiendo la línea recta, de la casa de huéspedes de la señora Roget. Saint-Eustache, que era el prometido de María y vivía alojado en la misma casa, donde comía también, debía ir a buscar a su novia al oscurecer y acompañarla hasta su domicilio, pero por la tarde llovió abundantemente, y, suponiendo que la joven se quedaría toda la noche, en casa de su tía (como ya lo había hecho otras veces en circunstancias análogas), no juzgó necesario cumplir su promesa. Al avanzar la noche, la señora Roget —que era anciana y estaba enferma— expresó su temor de que «acaso no volviera a ver más a María»; pero, en aquel instante, nadie dió importancia a la frase.

El lunes se comprobó que la joven no había ido a la calle de Drômes, y cuando transcurrió todo el día sin recibir noticias suyas, organizóse una exploración, aunque tardía, por diferentes puntos de la ciudad y sus alrededores. Sin embargo, hasta el cuarto día de su desaparición no se supo algo importante acerca de ella. Aquel día, miércoles (25 de Junio), un tal Beauvais (1), que con otro amigo suyo buscaba las huellas de María, cerca de la barrera del Roule, por la

(1) Crommelin.

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

margen opuesta a la calle Empedrada de San Andrés, tuvo noticias de que un cadáver acababa de ser transportado a la orilla por unos pescadores que le habían encontrado flotando sobre las aguas. Al ver el cadáver, Beauvais, tras breve vacilación, declaró que era el de la joven empleada de la perfumería. Su amigo la reconoció más prontamente.

El rostro estaba lleno de sangre oscura que surgía, en parte, de la boca. No se advertía espuma, como se ve en los casos de personas simplemente ahogadas, ni decoloración en el tejido celular. Alrededor de la garganta veíanse algunas contusiones y señales de dedos. Los brazos estaban replegados sobre el pecho, y rígidos; la mano derecha crispada, y la izquierda, semiabierta. En la muñeca izquierda había marcadas dos escoriaciones circulares, procedentes, al parecer, de cuerdas, o de una cuerda con la que se hubiese dado más de una vuelta. Parte de la muñeca derecha aparecía también con bastantes rasguños, como asimismo la espalda, y sobre todo los omoplatos. Para transportar el cadáver hasta la orilla, los pescadores le habían atado con una cuerda; mas no era ésta la que produjo tales escoriaciones. La carne del cuello estaba muy hinchada, pero no se distinguían en él cortaduras ni contusiones que pareciesen producidas por golpes. Se descubrió el trozo de un cordoncillo tan estrechamente apretado alrede-

dor del cuello, que, al principio, no podía distinguirse: estaba completamente hundido en la carne y sujeto por un nudo oculto precisamente, bajo la oreja izquierda. Esto sólo hubiera bastado para producir la muerte. El informe de los médicos garantizaba firmemente la virtud de la difunta. Había sido vencida—dijeron—por la fuerza bruta. Cuando se halló el cadáver de María estaba en tales condiciones, que no podía haber, por parte de sus amigos, la menor dificultad en identificarla.

El vestido aparecía roto y en gran desorden. De la ropa exterior, una tira, de un pie de longitud, había sido rasgada de abajo a arriba, desde el borde hasta la cintura, pero no arrancada, y daba tres vueltas alrededor del talle, estando sujeta a la espalda por una especie de nudo muy sólidamente hecho. La falda de debajo era de suave muselina, y una larga tira, de unas diez y ocho pulgadas, había sido arrancada por completo, pero muy regularmente y con gran limpieza. Esta tira ceñía el cuello de la muerta, flojamente, terminando con un nudo apretado. Por encima de la banda de muselina y del trozo de cordoncito uníanse los lazos o bridas de un sombrero, el cual quedaba colgante. El nudo que cerraba estas bridas no era como el que hacen las mujeres, sino un nudo corredizo, a estilo de marinero.

El cadáver, después de su identificación, no

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

fué depositado, según costumbre, en la Morgue (tal formalidad era, después de todo, innecesaria), sino sepultado a escape, no lejos del sitio de la orilla donde le habían recogido. Gracias a las gestiones de Beauvais, se «echó tierra» hábilmente al asunto, en lo posible, y transcurrieron varios días antes de que se produjera el menor revuelo público. Sin embargo, al fin, una revista semanal (1) removió el asunto; se exhumó el cadáver, y ordenóse la incoación de nuevo sumario, mas no pudo averiguarse nada que no se conociera ya. A pesar de ello, mostráronse las ropas de la difunta a su madre y a los amigos, quienes las reconocieron perfectamente, manifestando que eran las mismas que llevaba cuando salió de su casa.

No obstante, la excitación pública crecía de hora en hora. Varios individuos fueron detenidos y puestos en libertad, por no resultar cargos contra ellos. Saint-Eustache, sobre todo, pareció sospechoso; al principio no supo dar cuenta exacta de la forma en que había empleado el domingo, en cuya mañana María salió de su casa. Pero después presentó a M. G..., *affidavit* que explicaban de modo satisfactorio el uso que Saint-Eustache había hecho de cada hora de aquella mañana. Como el tiempo transcurría sin aportar ningún nuevo descubrimien-

(1) *The New-York Mercury.*

to, comedzaron a circular mil rumores contradictorios, y los periodistas pudieron dar rienda suelta a su inspiración. Entre todas las hipótesis, una atrajo especialmente la atención: fué la que admitía que María Roget no había muerto y que el cadáver descubierto en el Sena era el de alguna otra desgraciada... Considero útil ofrecer al lector alguno de los fragmentos relativos a tal insinuación, fragmentos que textualmente he copiado de *La Estrella* (1), periódico dirigido por lo común, con gran habilidad:

«La señorita Roget ha salido de casa de su madre el domingo 22 de Junio de 18..., por la mañana, con la manifiesta intención de ir a ver a su tía, o a otro pariente cualquiera, a la calle Drômes. Desde aquella hora, no se sabe que la haya visto nadie. No se tiene de ella rastro alguno, noticia alguna.

»Nadie se ha presentado declarando haberla visto aquel día, después de que traspuso el umbral de la casa de su madre...

»Pues bien; aunque no tengamos ninguna prueba de que María Roget vivía aún el domingo 22 de Junio, después de las nueve de la mañana, la tenemos de que, hasta dicha hora, existía. El miércoles, al medio día, se encontró el cuerpo de una mujer flotando junto a la orilla

(1) *The New-York Brother Jonatham*, editado por M. Hastings Weel, Esquire.

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

del río, cerca de la barrera del Roule. Aun suponiendo que María Roget haya sido arrojada al agua tres horas después de haber salido de casa de su madre, nunca serán más que tres días los que han transcurrido desde el momento de su marcha; tres días cabales. Pero es absurdo imaginar que el asesinato —si es que ha muerto asesinada— haya podido consumarse con la rapidez suficiente para permitir a los asesinos arrojar el cuerpo al río antes de media noche. Los que perpetran crímenes tan terribles prefieren las tinieblas a la luz...

«Vemos, pues, que si el cadáver encontrado en el río era el de María Roget, no habría podido permanecer en el agua más de dos días y medio o tres a lo sumo. La experiencia demuestra que los cuerpos ahogados o arrojados al agua inmediatamente después de una muerte violenta, necesitan un lapso de tiempo de seis a diez días para que una descomposición suficiente los eleve a la superficie. Un cadáver al que se hace reventar y que se eleva antes de que la inmersión haya durado, por lo menos, cinco o seis días, no deja de sumergirse de nuevo si se le abandona a sí mismo. Y ahora nos preguntamos: ¿qué es lo que ha podido, en el caso presente, desviar el curso ordinario de la Naturaleza?...

»Si el cuerpo, en estado de descomposición, había sido abandonado junto a la orilla hasta el martes por la noche, se encontraría allí algún

rastro de los asesinos. También es muy dudoso que el cadáver haya podido subir tan pronto a la superficie, aun en el supuesto de que le arrojasen al río dos días después de la muerte. Por último, es excesivamente improbable que los malhechores que cometen un crimen tal como el que se les atribuye, hayan arrojado el cadáver al agua sin un peso cualquiera para hundirle, cuando tan fácil era tomar semejante precaución.*

El redactor del periódico se dedica después a demostrar que el cuerpo debe haber permanecido en el agua *no solamente tres días, sino, por lo menos, cinco veces tres días*, porque estaba tan descompuesto, que a Beauvais le costó gran trabajo reconocerle. Este último extremo, a pesar de todo, era completamente falso. Continúo copiando:

«¿Cuáles son, pues, los hechos en que se funda M. Beauvais para decir que no duda de que el cadáver sea el de María Roget? Según dice, ha desgarrado la manga del vestido y encontrado señales que le demostraban la identidad. El público ha supuesto generalmente que estas señales debían consistir en una especie de cicatriz. Beauvais ha pasado la mano por el brazo y ha encontrado *vello* —cosa, se nos figura, tan poco llamativa, según puede suponerse, y tan poco convincente, como encontrar un brazo en una manga—. Beauvais no volvió aquella noche

EL MISTERIO DE MARÍA ROGET

a la casa; pero envió dos letras a la señora Roget, a las siete, el miércoles por la tarde, para decirle que el sumario relativo a la muerte de su hija seguía su curso. Aun admitiendo que la señora Roget, por su edad y su dolor, no pudiera personarse en el lugar del suceso (lo que, en verdad, es conceder mucho), seguramente hubiera encontrado a alguien capaz de comprender que valía la pena de ir allí a continuar las investigaciones, mucho más si estaban seguros de que el cadáver era el de María. Nadie fué. Nada se ha dicho ni se ha oído acerca del asunto, en la calle Empedrada de San Andrés, que haya podido llegar incluso a oídos de la vecindad de dicha casa. Saint-Eustache, el enamorado y futuro de María, que se había alojado en el mismo domicilio de la madre, declara que no ha oído hablar del hallazgo del cadáver de su prometida sino a la mañana siguiente, cuando el señor Beauvais, en persona, fué a verle a su habitación y a enterarle de ello. No deja de sorprendernos que una noticia de tanta importancia la haya recibido tan tranquilamente».

El periódico pretende sugerir de este modo la idea de cierta apatía en los parientes y amigos de María Roget, la cual sería absurda, en el supuesto de que creyesen que el cadáver hallado fuera verdaderamente el de la joven. *La Estrella* se propone, en suma, insinuar que María, de

acuerdo con sus amigos, se ausentó de la capital por razones que comprometían su virtud, y que estos mismos amigos, al descubrir en el Sena un cadáver algo parecido al de la joven, han aprovechado la ocasión para propalar entre el público la noticia de su muerte. Pero *La Estrella* ha procedido con excesiva precipitación, ya que está probado claramente que no ha existido la menor apatía de este género; que la anciana Roget se hallaban excesivamente débil, y conmovida, que le hubiera sido imposible ocuparse de nada; que Saint-Estache, lejos de recibir la noticia fríamente, enloqueció de dolor, dando tales muestras de desesperación que Beauvais había creído conveniente encargar a uno de sus amigos y parientes que le vigilaran e impidieran presenciar la autopsia que debía seguir a la exhumación. Además, aunque *La Estrella* afirma que el cuerpo se ha vuelto a enterrar a costa del Estado; que la familia ha rechazado el ventajoso ofrecimiento de una sepultura particular, y que no asistió a la ceremonia ningún miembro de la familia; aunque *La Estrella*, digo, afirme todo esto para corroborar la impresión que trata de producir, *todo ello* ha sido refutado victoriosamente. En uno de los números siguientes del mismo periódico se intentó arrojar las sospechas sobre el mismo Beauvais.

El redactor decía:

EL MISTERIO DE MARÍA ROGET

«Acaba de operarse un cambio en este asunto. Según nos informan, en cierta ocasión, mientras que la señora B... estaba en casa de la de Roget, el señor Beauvais, que salía, le dijo que iba a venir un gendarme y que ella, la señora B..., tuviese cuidado de no decir nada al gendarme hasta que Beauvais regresara y aquélla le dejase a él encargado del asunto...

»En la situación presente, parece que el señor Beauvais guarda en su cerebro todo el secreto de lo que ocurre. Es imposible avanzar un paso sin el señor Beauvais; por cualquier lado que vayáis tropezaréis con él...

»Caprichosamente ha dispuesto que nadie, excepto él, pueda intervenir en el sumario, y ha prescindido de los parientes en forma harto incongruente, si se da crédito a sus recriminaciones. Ha parecido muy obstinado en la idea de que se impida a los parientes ver el cadáver.»

El hecho que sigue pareció dar cierto color de verosimilitud a las sospechas, de tal modo acumuladas contra Beauvais. Alguien que había ido a visitarle a su despacho, pocos días antes de la desaparición de la muchacha, y durante la ausencia de este señor, encontró una rosa colocada en el agujero de la cerradura y la palabra *Marta* escrita sobre una pizarra, puesta a la altura de la mano.

La impresión general, por lo menos tal cual pudimos deducirla de la información periodísti-

ca, era que María había sido víctima de una banda de miserables furiosos que la condujeron a orillas del río, maltratándola y asesinándola. Sin embargo, un diario de gran influencia, *El Comercial* (1), combatió vivamente la creencia popular. Extracto uno o dos trozos de sus columnas:

«Estamos persuadidos de que el sumario, hasta los actuales momentos, ha seguido una pista falsa, tanto más cuanto que se ha encaminado hacia la barrera del Roule. Es imposible que una joven, conocida como lo era María por varios millares de personas, haya podido recorrer un largo trayecto sin encontrar alguien a quien su rostro no fuera familiar, y cualquiera que la hubiese visto lo recordaría fácilmente, porque esta muchacha se hacía simpática a cuantos la trataban. Salió, precisamente, a una hora en que las calles están llenas de gente...

»Es imposible que haya llegado a la barrera del Roule o a la calle de Drômes sin haber sido reconocida por una docena de personas, y, sin embargo, en ninguna declaración se afirma que la hayan visto más que en el umbral de la casa de su madre, ni hay en ellas incluso prueba alguna de que haya salido tan lejos, excepto el testimonio relativo a la *intención expresada por ella misma*. Un trozo de su vestido aparecía

(1) Nueva York, *Journal of Commerce*.

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

desgarrado, ceñido alrededor de ella y anudado; así, el cadáver pudo ser transportado como un paquete. Si el asesinato fué cometido en la barrera del Roule, no había necesidad de tomar tales medidas. El hecho de que se haya encontrado el cadáver flotando cerca de la barrera, no prueba que fuese allí donde le arrojaron al río...

»Un pedazo de una de las faldas de la infortunada joven, de dos pies de largo por uno de ancho, fué arrancado, ceñido alrededor de su cuello y anudado por la nuca, probablemente para ahogar sus gritos, hecho realizado, sin duda, por unos granujas, que ni siquiera debían tener un pañuelo de bolsillo.»

Uno o dos días antes de que el prefecto viniera a visitarnos, la policía había obtenido un informe de bastante importancia, que parecía destruir la argumentación de *El Comercial*, por lo menos en su parte más importante. Dos muchachos, hijos de cierta mujer llamada Deluc, vagabundeando por el bosque, cerca de la barrera del Roule, habían entrado al azar en un apartado recinto, lleno de maleza, donde encontraron tres o cuatro grandes piedras formando una especie de silla, con respaldo y asiento. Sobre la piedra superior yacía una enagua; sobre la segunda, una «echarpe» de seda. También se encontró allí una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo. En el pañuelo veíase el nombre de «María Roget». En los espinos de los

alrededores se descubrieron jirones de ropa. El suelo estaba pisoteado y la maleza aplastada: advertíanse las huellas características de una lucha. Entre la espesura y el río descubrióse que las empalizadas estaban derribadas y que la tierra conservaba huellas como si hubiesen arrastrado por allí un cuerpo pesado.

Un periódico semanal, *El Sol* (1), escribía acerca de este descubrimiento los comentarios siguientes, los cuales no eran sino eco de los sentimientos de toda la prensa parisiense:

«Estos objetos han permanecido evidentemente, allí durante tres o cuatro semanas, por lo menos; estaban completamente mojados por la acción de la lluvia y apelmazados por la humedad. El césped había crecido alrededor de ellos, cubriéndolos en parte. La seda de la sombrilla era sólida; pero las varillas estaban cerradas y la parte superior, cuya tela, plegada, había sufrido los rigores de la humedad, se desgarró en cuanto la abrieron...

«Los fragmentos de ropa adheridos a los espinos tenían unas tres pulgadas de ancho por seis de largo. Uno de ellos era un trozo del borde del traje, que estaba remendado, y el otro un pedazo de falda, pero no el borde. Parecían tiras arrancadas y estaban suspendidas de una

(1) Filadelfia, *Saturday Evening Post*, editado por C. I. Peterson, Esquire.

EL MISTERIO DE MARÍA ROGET

rama del zarzal, a un pie del suelo... No cabe, pues, duda de que se ha encontrado, por fin, el teatro de tan abominable suceso.»

Inmediatamente después de realizado tal descubrimiento, surgió un nuevo testigo. La señora Deluc declaró que era dueña de un merendero situado a la orilla de la carretera, no lejos de la margen del río opuesta a la barrera del Roule. Los alrededores de aquel sitio son solitarios—muy solitarios—. Allí se reúnen todos los domingos los sujetos sospechosos de la ciudad, que atraviesan el río en barca. Hacia las tres, próximamente, del domingo en cuestión, una joven llegó al ventorro acompañada por un hombre de rostro moreno. Durante algún tiempo permanecieron los dos solos. Después de marcharse, emprendieron el camino hacia algún bosquecillo espeso de las cercanías. El vestido de la joven llamó la atención de la señora Deluc, por su semejanza con el de una parienta suya difunta, y sobre todo, la «echarpe». En cuanto se hubo marchado la pareja, se presentó una banda de *herejotes* que alborotaron, comieron y bebieron sin pagar, siguieron la misma dirección que los dos jóvenes, regresaron al merendero al oscurecer y, después, atravesaron el río rápidamente.

Aquel mismo día, a poco de cerrar la noche, la señora Deluc y su hijo mayor oyeron gritos de mujer en los alrededores del ventorro. Los

gritos eran penetrantes, pero duraron poco tiempo. La señora Deluc reconoció no solamente la «echarpe» encontrada entre la espesura, sino también el vestido que llevaba el cadáver. Un conductor de ómnibus, Valence (1), declaró igualmente, entonces, que había visto a María Roget atravesar el Sena en barco, aquel domingo, acompañada de un joven moreno. Valence conocía a la muchacha y no podía equivocarse al identificarla. Los objetos encontrados en el bosquecillo fueron reconocidos por los parientes de María.

Este cúmulo de declaraciones e informes que recogí en los periódicos, por encargo de Dupín, comprendía aún cierto extremo, y de la mayor importancia. Resultaba que, inmediatamente después del hallazgo de los aludidos restos, se encontró en las proximidades del lugar que se creía entonces teatro del crimen el cuerpo inanimado o casi inanimado de Saint-Eustache, el prometido de María. Cerca de él había una redomita con la etiqueta «láudano». Su aliento acusaba el envenenamiento. Murió sin pronunciar palabra. Encontrósele una carta, en la que expresaba brevemente su amor a María y su firme propósito de suicidarse.

—«No creo necesario decir a usted—exclamó Dupín al terminar la lectura de mis notas—que

(1) Adam.

EL MISTERIO DE MARIA ROGEI

este es un caso mucho más complicado que el de la calle Morgue, del cual difiere en un punto muy importante. Este es un ejemplo de crimen cruel, pero *corriente*. No encontramos en él nada de particularmente *excesivo*, exagerado. Fíjese, se lo ruego, en que, por esta razón, el misterio ha parecido sencillo, aunque esta sea precisamente la razón por la cual debió considerarse como más difícil de resolver. Por ello, desde un principio se estimó superfluo ofrecer una recompensa. Los pedantuelos auxiliares de G... eran demasiado superiores para comprender cómo y por qué podía haberse cometido una atrocidad semejante. Su imaginación les permitía imaginar un modo—varios modos—, un motivo—varios motivos—, y porque no era imposible que uno de tan numerosos medios y motivos fuese el único real, estimaron como demostrado que el real debía ser uno de aquéllos. Pero la facilidad con que concibieron ideas tan diferentes y hasta el carácter plausible de que cada una estaba revestida, debían haber sido tomadas por indicios de la dificultad más bien que de la facilidad atribuida a la explicación del enigma. Ya he hecho notar a usted que, saliéndose del plan ordinario de las cosas, la razón debe encontrar su camino, o no lo encontrará nunca en la investigación de la verdad, y que en casos como este lo importante no es decirse: «¿Qué hechos son los que se presentan?», sino

«¿Qué hechos son los que se presentan, que nunca se han presentado antes?» En las investigaciones realizadas en casa de la señora Espanaye (1), los agentes de G... se desanimaron y confundieron por esta misma *singularidad* o extrañeza, que hubiese sido, para una inteligencia bien constituida, el más seguro presagio de éxito, y esta misma inteligencia se habría sumido en la desesperación, por el carácter corriente de todos los hechos que se ofrecen al examen en el caso de la joven perfumista, y que nada de positivo han revelado aún, como no sea la presunción de los funcionarios de la Prefectura.

»En el caso de la señora Espanaye y de su hija, desde el principio de nuestra investigación no hubo para nosotros la menor duda de que se había cometido un asesinato. Quedaba excluida, desde luego, toda idea de suicidio. En el caso presente tenemos también que eliminarla. El cadáver de la barrera del Roule se ha encontrado en circunstancias que no nos permiten vacilación alguna acerca de tan importante extremo. Pero se insinúa que dicho cadáver no es el de María Roger, cuyo asesino o asesinos están por descubrir, por cuyo hallazgo se ofrece una recompensa, y que constituyen el único motivo de nuestras relaciones con el prefecto.

(1) Véase *El doble asesinato en la calle Morgue*.

EL MISTERIO DE MARÍA ROGET

Los dos, usted y yo, conocemos bien a este señor. No debemos confiar demasiado en él. Lo mismo que si tomando como punto de partida el cadáver encontrado y siguiendo la pista de un asesino, descubrimos que el cuerpo no es el de María; lo mismo que si tomando por punto de partida a la joven, viva aún, nos la volvemos a encontrar no asesinada—en uno y otro caso nuestro trabajo es estéril, puesto que tenemos que entendernos con G...—Así, pues, porque conviene a nuestra propia causa, si no conviene a la de la justicia, es indispensable que nuestro primer paso sea la comprobación de la identidad del cadáver con el de la desaparecida María Roget.

»Los argumentos de *La Estrella* han hallado eco en el público. El mismo periódico está convencido de su importancia, según se desprende de la forma en que comienza uno de sus artículos sobre el asunto en cuestión. «Algunos diarios de la mañana—dice—hablan del *concluyente* artículo de *La Estrella* en su número del lunes.» Para mí, tal artículo no me parece concluyente más que en cuanto al interés del redactor. No debemos olvidar que, en general, el fin que persiguen nuestros periódicos es el de impresionar y atraer la atención antes que favorecer la causa de la verdad. Este último objetivo no se persigue sino cuando parece coincidir con el primero. El periódico que concuerda con la

opinión general (por bien fundada que ésta fuese) no logra crédito entre el público. La masa popular considera como profundo al único que emite *contradicciones en pugna* con la opinión general. En lógica, como en literatura, el *epigrama* es el género más inmediato y universalmente apreciado. En ambos casos es el género más inferior, según el orden del mérito.

»Quiero decir que el carácter entre epigramático y melodramático de esta suposición—la de que María Roget vive aún—es el que ha inspirado a *La Estrella*, más bien que ningún carácter plausible, asegurándole una acogida favorable entre el público. Examinemos los puntos principales de la argumentación de este periódico y fijémonos en la incoherencia que la ha inspirado desde el comienzo.

»El periodista aspira, por lo pronto, a demostrarnos, teniendo en cuenta el breve intervalo transcurrido entre la desaparición de María y el descubrimiento del cadáver flotante, que éste no puede ser el de ella. Reducir dicho intervalo a la duración más pequeña posible es, desde el principio lo fundamental para él argumentador. Persiguiendo inconsideradamente este fin, se precipita desde el comienzo en una pura suposición. «Es una locura imaginar—dice—que el asesinato—si es que ha muerto asesinada—haya podido consumarse con la rapidez suficiente para permitir a los asesinos arrojar el

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

cuerpo al río antes de media noche.» Nosotros preguntamos en seguida, lo más naturalmente: *¿Por qué?* ¿Por qué es una locura imaginar que se haya cometido el asesinato *cinco minutos* después de que la joven abandonó el domicilio de su madre? ¿Por qué es una locura imaginar que el asesinato se cometió en una hora cualquiera del día? Los asesinatos se realizan a todas horas. Pero, aunque el crimen se haya perpetrado en un instante cualquiera, entre las nueve de la mañana del domingo y las doce menos cuarto de la noche, habría quedado siempre tiempo suficiente *para arrojar el cadáver al río antes de media noche*. La suposición queda, pues, reducida a esto: que el crimen no ha podido cometerse el domingo, y si permitimos a *La Estrella* suponer esto, podemos concederle todas las libertades posibles. Puede admitirse que el párrafo citado que comenzaba así: «Es una locura imaginar que el asesinato, etc.»..., aunque impreso en estos términos por *La Estrella*, fué realmente concebido por el periodista bajo esta otra forma: «Es una locura imaginar que el asesinato, si es que se ha cometido un asesinato, haya podido consumarse con la rapidez suficiente para permitir a los criminales arrojar el cuerpo al río antes de media noche». Es una locura, decimos nosotros, suponer esto, y, al mismo tiempo, suponer (como quisiéramos) que el cuerpo no fuese arrojado al agua sino

pasada la media noche; opinión pasablemente mal deducida, pero que no es tan completamente irrazonada como la estampada en el periódico.

»Si me hubiese propuesto simplemente —continuó Dupín— refutar este extremo de la teoría de *La Estrella*, lo habría dejado tal como está. Pero es que nosotros no tenemos nada que ver con *La Estrella*, sino con la verdad. La frase en cuestión no tiene más que un sentido, que he aclarado perfectamente; pero es esencial que nos internemos en las palabras para buscar una idea que, evidentemente, dan a entender, aunque no la expresan de modo positivo. La intención del periodista era la de decir que resultaba improbable —cualquiera que fuese el momento del día o de la noche del domingo en que se cometiera el asesinato— que los criminales se hubiesen arriesgado a conducir el cuerpo hasta la orilla antes de media noche. Y en esto precisamente se funda la suposición de que me lamentó. Se cree que el asesinato se ha cometido en tal sitio y en tales circunstancias que, necesariamente, ha habido que *conducir el cuerpo* a la orilla. Pero el asesinato podría haberse ejecutado en la orilla, o en el río mismo, y así el lanzamiento del cuerpo al agua, al que hubo necesidad de proceder en cualquier momento del día o de la noche, resultaría la operación más inmediata y fácil. Usted comprenderá que

• EL MISTERIO DE MARÍA ROGET

yo no sugiero aquí nada que me parezca más probable o que coincida con mi propia opinión. Hasta ahora, no tengo a la vista los *elementos* mismos de la causa. Quiero, sencillamente, prevenir a usted acerca del tono general de las *insinuaciones* de *La Estrella* y llamar su atención respecto del carácter de *prejuicio* que revelan desde el primer instante.

»Habiendo así prescrito un límite acomodado a sus ideas preconcebidas, y suponiendo que, si este cuerpo era el de María, no hubiera podido permanecer en el agua sino durante un lapso muy breve de tiempo, el periódico viene a decir:

«La experiencia demuestra que los cuerpos ahogados o arrojados al agua inmediatamente después de una muerte violenta, necesitan un período como de seis a diez días para que una descomposición suficiente los eleve a la superficie. Un cadáver al que se hiciera reventar y que sube antes de que la inmersión haya durado, por lo menos, de cinco a seis días, vuelve a sumergirse si se le abandona a sí mismo».

»Estas afirmaciones las han admitido tácitamente todos los periódicos de París, excepto el *Monitor* (1), que se esfuerza en rebatir la parte del aludido párrafo relativa a los *cuerpos de los ahogados*, citando cinco o seis casos en los que

(1) *The New York Commercial Advertiser*, editado por Col. Stone.

los cuerpos de personas, notoriamente ahogadas, se han encontrado flotando después de un espacio de tiempo menor que el fijado por *La Estrella*. Pero hay algo excesivamente antifilosófico en la tentativa que hace el *Monitor* de rechazar la afirmación general de *La Estrella* citando algunos casos particulares que militan contra aquélla. Aun cuando hubiera sido posible alegar cincuenta casos, en vez de cinco, de cadáveres encontrados en la superficie del agua al cabo de dos o tres días, los cincuenta ejemplos habrían podido juzgarse como puras excepciones de la regla de *La Estrella*, hasta que la misma regla fuese definitivamente refutada. Admitida ésta (y el *Monitor* no la niega, sino que insiste solamente en las excepciones), la argumentación de *La Estrella* conserva toda su fuerza, porque no pretende implicar más que una cuestión de *probabilidad* acerca de si un cuerpo puede subir a la superficie en menos de tres días, probabilidad que continuará en favor de *La Estrella* hasta que los ejemplos, tan puerilmente alegados, alcancen número suficiente para constituir una regla contraria.

»Comprenderá usted en seguida que toda argumentación de este género debe dirigirse contra la regla misma, y, a tal fin, debemos hacer el análisis razonado de ésta. Ahora bien; el cuerpo humano, por lo general, no es ni mucho más ligero ni mucho más pesado que el agua

EL MISTERIO DE MARÍA ROGET

del Sena; es decir, que el peso específico del cuerpo humano, en su condición natural, es casi igual al del volumen de agua dulce que desaloja. Los cuerpos de los individuos gruesos y robustos, de esqueleto pequeño y, generalmente, los de todas las mujeres, son más ligeros que los de los individuos delgados, de esqueleto grande, y generalmente, los de todos los hombres, y el peso específico del agua de un río sufre alguna influencia del flujo del mar. Pero, prescindiendo de la marea, puede afirmarse que muy pocos cuerpos humanos se sumergen, aun en el agua dulce, espontáneamente, por su propia naturaleza. Casi todos, al caer en un río, serán aptos para flotar, si dejan establecer un equilibrio conveniente entre el peso específico del agua y su propio peso; es decir, si se dejan sumergir por completo, exceptuando las menores partes posibles. La mejor posición para el que no sabe nadar es la vertical del hombre que avanza por tierra, la cabeza completamente echada hacia atrás y sumergida, dejando sólo al nivel del agua la boca y las narices. En tales condiciones, todos podremos flotar sin dificultad y sin esfuerzo. No obstante, es evidente que el peso de los cuerpos y el del volumen de agua desalojada están entonces muy rigurosamente equilibrados y que la menor cosa bastará para dar al uno o al otro la preponderancia. Un brazo, por ejemplo, elevado por encima del agua,

y, consiguientemente, privado de apoyo, es un peso adicional bastante para hacer sumergir la cabeza por completo; mientras que el socorro accidental del más pequeño trozo de madera nos permitirá levantarla lo suficiente para mirar en torno nuestro. Ahora bien; en los esfuerzos que realiza una persona que no practica la natación, los brazos se agitan invariablemente en el aire, al mismo tiempo que la cabeza se obstina en conservar su posición vertical de costumbre. De ello resulta la inmersión de la boca y nariz, y, como consecuencia de los esfuerzos para respirar bajo el agua, la introducción de ésta en los pulmones. El estómago la absorbe también en gran cantidad y el cuerpo aumenta de peso, reforzado con la diferencia de densidad que existe entre el aire que primitivamente distendía estas cavidades y el líquido que luego las llena. Regla general es que esta diferencia basta para sumergir un cuerpo, pero no en los casos de los individuos de esqueleto pequeño y que tienen una cantidad anormal de materia fofa y grasa, porque éstos flotan incluso después de ahogados.

»El cadáver que suponemos en el fondo del río permanecerá en él hasta que, por cualquier circunstancia, su peso específico se haga otra vez menor que el del volumen de agua que desaloja. Este efecto puede producirle la descomposición u otra causa. La descomposición pro-

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

duce los gases que distienden los tejidos celulares y da a los cadáveres esa hinchazón, de tan horrible aspecto. Cuando la distensión llega a un punto en que el volumen del cuerpo ha aumentado sensiblemente, sin el correspondiente crecimiento de materia sólida o de peso, su peso específico se hace menor que el del agua desalojada, y determina su inmediata reaparición sobre la superficie. Pero la descomposición puede modificarse por innumerables circunstancias; puede acelerarse o retardarse, por infinidad de agentes, el calor o el frío de la estación, por ejemplo; por la impregnación mineral o la pureza del agua; por su mayor o menor profundidad; por la corriente o el estancamiento, más o menos sensibles, y, después, por la naturaleza y estado original del cuerpo, según estuviera inficionado o libre de una enfermedad antes de la muerte. Así es evidente que no podemos, con exactitud, fijar la época en que el cuerpo deberá elevarse a consecuencia de la descomposición. En determinadas condiciones, este resultado puede darse en una hora; otras veces no puede producirse del todo. Existen ciertas infusiones químicas que permiten preservar para siempre de la corrupción a todo el sistema animal: el bicloruro de mercurio, por ejemplo. Pero, aparte de la descomposición, puede producirse y se produce generalmente un gas en el estómago, por la fermentación acética de la materia

vegetal (o por otras causas, en otras cavidades) suficiente para determinar una distensión que eleve el cuerpo a la superficie del agua. El efecto que produce el cañonazo, es un efecto de simple vibración. Puede desembarazar al cuerpo del limo o del légamo pegajoso en que está sepultado, permitiéndole, de este modo, elevarse cuando otros agentes lo habrán ya preparado; o bien puede vencer la adherencia de algunas partes putrefactas del sistema celular, facilitando la distensión de las cavidades bajo la influencia del gas.

»Hallándonos, pues, ante toda la filosofía del asunto, podemos comprobar las afirmaciones de *La Estrella*. «La experiencia demuestra—dice »este periódico—que los cuerpos ahogados o »arrojados al agua inmediatamente después de »una muerte violenta, necesitan un período de »tiempo como de seis a diez días para que una »descomposición suficiente les eleve a la superficie. Un cadáver al que se hiciera reventar y »que sube antes de que la inmersión haya durado, por lo menos, de cinco a seis días, vuelve a »sumergirse si se le abandona a sí mismo».

»Todo lo transcrito se nos aparece ahora como en tejido de inconsecuencias e incoherencias. La experiencia no *demuestra siempre* que los cuerpos de los ahogados *necesiten* cinco o seis días para que una descomposición suficiente les permita flotar de nuevo. La ciencia y la expe-

EL MISTERIO DE MARIA ROGEI

riencia juntas prueban que el momento de su reaparición sobre la superficie es y debe ser, necesariamente, imposible de fijar. Además, si un cuerpo sube a la superficie del agua por haber explotado, no se *sumergirá de nuevo, aun abandonado a sí mismo*, todas las veces en que la descomposición haya llegado al grado preciso para permitir el escape de los gases engendrados. Pero quiero llamar la atención de usted acerca de la distinción establecida entre los cuerpos de los ahogados y los de las personas arrojadas al agua, inmediatamente después de una muerte violenta. Aunque el periodista admite esta distinción, incluye, no obstante, los dos casos en la misma categoría. Ya he demostrado cómo el cuerpo de un hombre que se ahoga, adquiere un peso específico más considerable que el del volumen de agua que desaloja, y he probado también que no se sumergiría del todo sin los movimientos por los cuales saca los brazos por encima del agua y los esfuerzos para respirar que hace dentro de ella, los cuales permiten al líquido ocupar el espacio que llena el aire en los pulmones. Pero estos movimientos y estos esfuerzos no los realizaría un cuerpo *arrojado al agua inmediatamente después de una muerte violenta*. Así, en este último caso, *la regla general es que el cuerpo no debe hundirse del todo*, hecho que *La Estrella* ignora evidentemente. Cuando la descomposición ha

llegado a un punto muy avanzado, cuando la carne se ha desprendido en gran cantidad de los huesos—únicamente entonces y nunca antes—, vemos que el cuerpo desaparece bajo el agua. Y ahora ¿qué pensaremos de ese razonamiento, el de que el cadáver encontrado no puede ser el de María Roger, porque se halló flotando después de un lapso de tres días únicamente? Si María se ahogó, no pudo hundirse siendo mujer; y si se sumergió, pudo reaparecer al cabo de veinticuatro horas, o menos aún. Pero nadie supone que la joven haya perecido ahogada; y si fué muerta antes de arrojarla al río habría flotado, y pudo ser descubierta en cualquier época posterior.

»Mas—afirma *La Estrella*—«si el cuerpo, en estado de descomposición, continuó en la orilla hasta la noche del martes, se ha debido encontrar en ella algún rastro de los asesinos».

»Es muy difícil de comprender, al pronto, la intención del periodista. Pretende prevenir lo que cree pueda ser una objeción a su teoría; esto es, que el cuerpo, habiendo permanecido dos días en la orilla, ha debido descomponerse rápidamente, *más* que si hubiese sido sumergido en el agua. En este caso, supone que el cuerpo pudo reaparecer en la superficie el miércoles y sólo en estas condiciones. Tiene, pues, mucha prisa en demostrar que el cuerpo no ha *permanecido* en la orilla, porque en este caso *se ha-*

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

bría encontrado en ella algún rastro de los asesinos. Creo que esta deducción le hará sonreír a usted. Usted no puede comprender cómo la permanencia, *más o menos larga* del cuerpo en la orilla, habría podido *multiplicar las huellas de los asesinos*, ni yo tampoco.

»El periódico continúa: «Por último, es excesivamente improbable que los malhechores que cometen un crimen como el que se les imputa, hayan arrojado el cuerpo al agua sin un peso cualquiera para arrastrarle, cuando era tan fácil tomar semejante precaución.»

»¡Observe usted qué irrisoria confusión de ideas! Nadie, ni aun *La Estrella*, niega que se ha cometido un asesinato en el cuerpo encontrado. Las señales de violencia son harto evidentes. El único fin que nuestro razonador persigue es, sencillamente, el de demostrar que este cuerpo no es el de María. Desea probar que María no ha sido asesinada; pero no que el cadáver no sea el de una persona asesinada. Sin embargo, su observación no demuestra más que este último extremo. He aquí un cuerpo al que no se ha amarrado ningún peso. Los asesinos, al arrojarle al agua, no habrían dejado de amarrársele; luego no le han arrojado los criminales. Esto es lo único probado, si es que puede probarse. En cuanto a la identificación, no se ha tratado de ella aún y a *La Estrella* le parece muy enojoso contradecir ahora lo que admitía

hace un momento. «Estamos perfectamente convencidos—dice—de que el cadáver hallado es el de una mujer asesinada.»

»Y no es sólo este caso, aun en esta parte de su tema, en el que nuestro razonador argumenta, sin enterarse de ello, contra sí mismo. Su principal objeto, como ya he dicho, es el de reducir todo lo posible el intervalo de tiempo transcurrido entre la desaparición de María y el hallazgo del cadáver. Sin embargo, le vemos insistir en el detalle de que nadie vió a la joven desde el momento en que abandonó la casa de su madre. «No tenemos—dice—ninguna declaración demostrativa de que María Roget vivía aún el domingo 22 de Junio, después de las nueve de la mañana.»

»Como su razonamiento es recusable, evidentemente, por estar concebido de antemano, habría hecho mejor abandonando este aspecto de la cuestión, porque si se encontraba a alguien que hubiese visto a María, fuese el lunes o el martes, el intervalo de referencia sería muy breve y, según su modo de razonar, disminuiría otro tanto la probabilidad de que el cuerpo pudiera ser el de la desaparecida. Sin embargo, es divertido observar que *La Estrella* insiste en el extremo antedicho, con la firme convicción de que va a robustecer su argumentación general.

»Ahora examinemos de nuevo la parte de la

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

argumentación relativa a la identificación del cadáver, hecha por Beauvais. En cuanto al *vello* en el brazo, *La Estrella* revela, evidentemente, mala fe. Sólo siendo un idiota habría podido alegar M. Beauvais, para comprobar la identidad de un cuerpo, lo del *vello en el brazo*. No hay brazos sin vello. La *generalidad* de las expresiones de *La Estrella* es una sencilla confusión de las frases del testigo, quien ha debido, necesariamente, hablar de alguna *particularidad* del vello; particularidad en la coloración, la cantidad, la dimensión o el sitio.

»El periódico dice: «Su pie era pequeño, y
»hay millares de pies pequeños. La liga y el zapato tampoco constituyen un elemento de
»prueba, porque los zapatos y las ligas se venden a montones. Otro tanto puede decirse de
»las flores de su sombrero. Un hecho, en el que
»M. Beauvais insiste mucho, es que el corchete de la liga había sido cambiado de sitio para
»hacerla más corta. Esto no prueba nada, porque la mayoría de las mujeres llevan consigo
»siempre un par de ligas que ajustan al tamaño
»de sus piernas en vez de probárselas en la
»tienda donde las compran.»

»Es muy difícil, al llegar aquí, suponer al razonador con sentido común. Si M. Beauvais, buscando el cuerpo de María, ha descubierto un cadáver que se asemejaba, por las proporciones generales y el aspecto, a la joven des-

aparecida, ha podido creer legítimamente (aun prescindiendo de la cuestión del vestido) que había llegado al final de sus investigaciones. Si, además del detalle de las proporciones generales y de contorno, encontró en el brazo una señal de vello ya observada en el de María, su creencia pudo reforzarse lógicamente, en proporción con la particularidad o el carácter insólito de este detalle. Si el pie de María era pequeño y los pies del cadáver eran, igualmente, pequeños, la probabilidad de que este cadáver fuese el de María debe acrecer en proporción no simplemente aritmética, sino especialmente geométrica o acumulativa. Añádase a todo esto los zapatos que se vió que llevaba el día de su desaparición, y, a pesar de que los zapatos se venden a millares, observará usted que la probabilidad aumenta de tal modo que llega a confinar con la certidumbre. Lo que, por sí mismo, no constituiría un elemento de identificación, viene a convertirse, por su posición corroboradora, en la prueba más segura. Concedamos, por último, que las flores del sombrero correspondan a las que llevaba la joven desaparecida y no tendremos nada más que pedir. *Una sola* de estas flores, y, repito, no tendremos nada más que pedir; pero ¿qué diríamos entonces si tuviéramos dos, o tres, o más? Cada unidad sucesiva es un testimonio múltiple, una prueba no *sumada* a la prueba precedente, sino *multipli-*

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

cada por ciento o por mil. Ahora descubrimos en la difunta unas ligas parecidas a las que usaba la viva... Verdaderamente es para enloquecer el continuar esta información... Pero nos encontramos con que estas ligas se han acortado por haber metido más el corchete, lo mismo que María hizo con las suyas poco tiempo antes de abandonar su casa. Dudar aún, es demencia e hipocresía. Cuanto dice *La Estrella* acerca de la reducción o achicamiento de la liga, que, según cree, debe considerarse como un caso frecuente, no prueba otra cosa que su terquedad en el error. La elasticidad de una liga de corchetes basta para demostrar el carácter *excepcional* de aquel achicamiento. Raramente lo que está hecho para ajustar bien necesita un arreglo. Sólo a consecuencia de un accidente, en el sentido más estricto de la palabra, pudieron requerir las ligas de María la indicada reducción. Ellas solas habrían bastado para comprobar la identificación del cadáver. Pero lo importante no es que el cadáver tenga las ligas de la joven desaparecida, o sus zapatos, o su sombrero, o las flores de su sombrero, o sus pies, o una señal particular en el brazo, o su aspecto, o sus proporciones generales; lo importante es que el cadáver tiene cada una de estas cosas y *todas colectivamente*. Si estuviera probado que *La Estrella* ha concebido, en *realidad*, en parecidas circunstancias, una duda, no tendría,

para el caso que expone, ninguna necesidad de una comisión *de luntático inquirendo*. Ha creído hacer alarde de su sagacidad convirtiéndose en eco de las habladurías de los leguleyos, quienes, en su mayor parte, se limitan a su vez a calcar los preceptos rectangulares de los sumarios. De pasada, debo advertir a usted que mucho de lo que un tribunal rechaza como pruebas, para la inteligencia, lo mejor en materia probatoria. Porque inspirándose en los principios generales en materia de pruebas—principios generales reconocidos y estampados en los Códigos—, el tribunal no se aviene a aceptar las razones particulares. Y tan obstinada adhesión al principio, más cierto desdén riguroso hacia la excepción contradictoria, es un medio seguro de esperar, en un largo espacio de tiempo, el *máximun* de verdad que está permitido esperar; la práctica es, por tanto, en *conjunto*, filosófica; pero no es menos cierto que, en determinados casos, engendra grandes errores (1).

(1) Una teoría basada en las cualidades de un objeto no puede tener el desarrollo total exigido por todos los objetos a los cuales debe aplicarse; y el que coordina los hechos en relación con sus causas pierde la facultad de apreciarlos según sus resultados. Así la jurisprudencia de todas las naciones demuestra que la ley, cuando se convierte en una ciencia o un sistema, deja de ser la justicia. Los errores en los cuales una ciega devoción a los principios de clasificación ha sumido al derecho común, son fáciles de comprobar si quiere observarse cuántas veces el poder legislativo se ha visto obliga-

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

»En cuanto a las insinuaciones formuladas contra Beauvais, un soplo las destruye. Usted conoce bien el verdadero carácter de este caballero. Es un hombre oficioso, de espíritu muy inclinado a lo novelesco y de escaso juicio. Toda persona de esta naturaleza se verá fácilmente impelida, en un caso de emoción *real*, a conducirse de modo que parezca sospechoso a los ojos de las gentes demasiado sutiles o inclinadas a la malicia. Este señor Beauvais, según resulta de las notas recogidas, ha celebrado, varias entrevistas con el director de *La Estrella*, a quien ha sorprendido al atreverse indicar la idea de que, no obstante su opinión, el cadáver era, positivamente, el de María.

«Insiste—dice el periódico—en afirmar que »el cuerpo es de María; pero no puede añadir »una circunstancia a las que ya hemos comentado para hacer compartir a los demás esta »creencia.» Ahora bien, sin insistir en este punto, que hubiera sido imposible, *para hacer compartir a los demás esta creencia* de suministrar una prueba más contundente que las conocidas, observemos una cosa: que es fácil suponer a un hombre perfectamente convencido, en un caso de esta especie, pero incapaz, no obstante, de formular una sola razón para convencer a una

gado a intervenir para restablecer el espíritu de equidad que había desaparecido de sus fórmulas.—LANDOR.

segunda persona. Nada hay tan vago como las impresiones relativas a la identidad de un individuo. Todo hombre reconoce a su vecino y, sin embargo, se dan pocos casos de que el primer recién llegado esté pronto a dar una razón de tal *reconocimiento*. El redactor de *La Estrella* no tiene derecho, pues, a que le sorprenda la opinión no razonada del señor Beauvais.

»Las sospechosas circunstancias que le envuelven, cuadran con mi hipótesis de un carácter entrometido, minucioso y novelesco, más bien que con la insinuación del periodista relativa a su culpabilidad. Adoptando la interpretación más piadosa, no hallamos inconveniente alguno en explicarnos la rosa en el agujero de la cerradura; la palabra *María* en la pizarra; el hecho de *descartar a los parientes varones*; su *oposición a dejarles ver el cadáver*; la recomendación hecha a la señora B. de que no hablará con el gendarme hasta que él regresase, y, en fin, incluso la aparente resolución de *no permitir a persona alguna, sino a él mismo, intervenir en el sumario*. Me pareció incontestable que Beauvais era uno de los adoradores de María; que ésta había coqueteado con él y que él aspiraba a demostrar que gozaba de su confianza e intimidad completas. Nada diré más sobre este punto; y, como la evidencia rechaza completamente la afirmación de *La Estrella* en cuanto a la *apatía* de que acusa a la madre y a

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

los otros parientes, apatía inconciliable con esta suposición—la de que creen en la identidad del cuerpo de la joven perfumista—, vamos a proceder ahora como si la cuestión de la identidad hubiese sido resuelta a nuestra más completa satisfacción.»

—¿Y qué opina usted—pregunté entonces—de las opiniones de *El Comercial*?...

—«Que por su naturaleza son mucho más dignas de atención que otra cualquiera de las expuestas sobre el mismo asunto. Las deducciones de las premisas son filosóficas y sutiles; pero estas premisas, en dos puntos, por lo menos, se basan sobre una observación imperfecta. *El Comercial* quiere dar a entender que una banda de cobardes granujas se apoderó de María, no lejos de la puerta de la casa de su madre. «Es imposible—dice—que una joven, tan conocida como María por varios miles de personas, haya podido recorrer un trayecto largo sin encontrar alguien a quien su rostro no fuera familiar.» Esta es la reflexión de un hombre que reside en París hace mucho tiempo—de un hombre público—, cuyas idas y venidas por la ciudad se han reducido, casi siempre, a la vecindad de las administraciones públicas. Sabe que *él* raramente da una docena de pasos más allá de su despacho sin que alguien le conozca y aborde. Y, midiendo la extensión del conocimiento que mantiene con los demás y los de-

más con él, compara su notoriedad con la de la perfumista, no halla gran diferencia entre las dos y llega fácilmente a la conclusión de que María, en sus paseos por la ciudad, estuviese tan expuesta a ser reconocida como él en los suyos. Esta conclusión no podría ser tan legítima, para ella, si sus paseos hubiesen sido de la misma naturaleza invariable y metódica, y confinados en la misma especie de región que sus paseos para él. Él va y viene, con intervalos regulares, en una periferia limitada, llena de individuos a quienes sus ocupaciones, análogas a las suyas, impulsan naturalmente a interesarse por él y observar su persona. Pero los paseos de María podían atribuirse, en general, a una naturaleza vagabunda. En el caso particular que nos ocupa, debe considerarse como muy probable que ha seguido un trayecto, más distanciado que de costumbre, de sus caminos ordinarios. El paralelo que hemos supuesto que existe en el espíritu de *El Comercial*, no podría mantenerse más que en el caso de dos individuos que atravesasen toda la población. Entonces, concedido que las relaciones personales son idénticas, las probabilidades serán las mismas para aquellos que encuentren un número igual de conocidos. Por mi parte opino que es, no solamente posible, sino infinitamente probable que María ha seguido, a cualquier hora del día, cualquiera de los numerosos caminos que con-

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

ducen desde su residencia a la de su tía, sin encontrar a un solo individuo a quien conociera o del que fuese conocida. Para juzgar bien este asunto, para juzgarle con toda claridad, no es muy necesario pensar en la enorme desproporción que existe entre las amistades personales del individuo más conocido de París y el vecindario de todo París.

»Pero si alguna fuerza pareciera conservar aún la insinuación de *El Comercial*, disminuirá en cuanto tomemos en consideración la hora en que la joven salió de su casa. «Salió — dice »aquel periódico—, precisamente, a una hora »en que las calles están muy concurridas.» ¡Cómo!... Eran las nueve de la mañana, hora en que todos los días de la semana, *excepto el domingo*, las calles, es cierto, están llenas de gente. Pero a las nueve de la mañana, en domingo, todo el mundo, por lo general, no ha salido aún de casa, porque está *preparándose para ir a la iglesia*. Poco observador será el hombre que no haya advertido el aspecto de soledad que ofrece una población, de ocho a diez de la mañana, todos los domingos. De diez a once las calles están llenas de gente, pero nunca a una hora tan temprana como la indicada.

»Otro extremo, además, parece desmentir el espíritu observador de *El Comercial*. «Un pedazo—dice—de una de las faldas de la infor-

»tunada joven, de dos pies de largo por uno de
 »ancho, fué arrancado, ceñido alrededor de su
 »cuello y anudado por la nuca, probablemente
 »para ahogar sus gritos: hecho realizado, sin
 »duda, por unos granujas que ni siquiera debían
 »tener pañuelo de bolsillo.» Más tarde exami-
 naremos si esta idea es o no fundada; pero con-
 las palabras *granujas que no tienen pañuelo*
de bolsillo, el periodista quiere aludir a la clase
 peor de malhechores. Sin embargo, esta clase
 de gentes es la que lleva siempre pañuelos de
 bolsillo, hasta cuando carecen de camisa. Usted
 ha tenido ocasión de observar, en estos últi-
 mos años, cuán indispensable ha llegado a
 ser el pañuelo de bolsillo para el perfecto sal-
 teador.»

—¿Y qué debemos pensar—pregunté—acerca
 del artículo de *El Sol*?

—«Que es una gran lástima que su redactor
 no sea cotorra, porque hubiese sido la cotorra
 más ilustre de su especie. Ha repetido sencilla-
 mente fragmentos de las opiniones individuales
 ya expuestas, espigando, con loable industria,
 en los periódicos. «Los objetos — dice — han
 »permanecido allí, *evidentemente*, durante tres
 »o cuatro semanas lo menos, y *no puede du-*
darse de que por fin se ha descubierto el tea-
 »tro de tan espantoso crimen.» Los hechos
 anunciados aquí de nuevo por *El Sol* no bastan,
 ni mucho menos, para descartar mis dudas per-

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

sonales en este asunto. Tendremos que examinarlos más particularmente, en sus relaciones con otro aspecto de esta cuestión.

»Ahora vamos a ocuparnos de otras investigaciones. Usted no ha dejado de advertir una gran negligencia en el examen del cadáver. Seguramente el extremo de la identificación se ha resuelto fácilmente o ha debido serlo; pero hay otros puntos que aclarar. ¿El cuerpo fué, de cualquier modo, *despojado*? ¿Llevaba la difunta algunos objetos de bisutería cuando abandonó la casa? Si los llevaba, ¿se encontraron en el cadáver? Estos importantes pormenores han sido absolutamente omitidos en la información judicial y existen otros de igual transcendencia que no han llamado para nada la atención. Procuraremos convencernos investigándolo personalmente. La causa de Saint-Eustache necesita ser examinada de nuevo. No abrigo sospechas contra este individuo, pero procedamos metódicamente. Comprobaremos, con escrupulosidad, la validez de las declaraciones referentes a los sitios donde se le vió el domingo. Esta clase de testimonios escritos es, muchas veces, un medio de mixtificación. Si en ellos no encontramos nada que rectificar, prescindiremos de Saint-Eustache. Aunque su suicidio contribuya a corroborar las sospechas, en el caso de que se encontrara una superchería en los *affidavit*, no es, si no hay superchería alguna, una circuns-

tancia inexplicable o que deba desviarnos de la línea del análisis corriente.

»En la marcha que propongo a usted ahora, descartaremos los móviles ocultos del drama y concentraremos nuestra atención en su contorno aparente. En las investigaciones del género de la presente se comete, con bastante frecuencia, el error de limitar el sumario a los hechos inmediatos, despreciando absolutamente los colaterales o accesorios. La abominable rutina de los procedimientos criminales confina el proceso y la discusión en el dominio del relativo aparente. Sin embargo, la experiencia ha demostrado, y la verdadera filosofía probará siempre, que una parte muy considerable de la verdad, la mayor, tal vez, surge de los elementos en apariencia ajenos al asunto.

»Precisamente por el espíritu, si no por la letra de este principio, la ciencia moderna ha llegado a calcular *con lo imprevisto*. Pero, ¿acaso no me comprende usted? La historia de la ciencia humana nos muestra de un modo tan continuo que debemos los más numerosos e importantes descubrimientos a los hechos colaterales, fortuitos, accidentales; que ha acabado por hacerse preciso, en todo cálculo del progreso por venir, conceder un espacio, no sólo muy amplio, sino lo mayor posible, a las invenciones que nacerán del azar y que escapen por completo a las previsiones ordinarias. Ya ha de-

EL MISTERIO DE MARÍA ROGET

jado de ser filosófico apoyar en lo que ha sido una visión de lo que debe ser. Hay que admitir el *accidente* como una parte de lo fundamental. Hacemos del azar materia para un cálculo riguroso. Sometemos lo inesperado y lo inconcebible a las fórmulas matemáticas de las escuelas.

»Repito que es un hecho positivo, que la mejor parte de la verdad nace de lo accesorio, de lo indirecto, y acomodándose sencillamente al principio que implica este hecho, quisiera, en el caso presente, desviar el sumario del camino trillado y estéril del suceso mismo, para llevarle hacia las circunstancias contemporáneas de que está rodeado. Mientras que usted comprueba la validez de los *affidavit* yo examinaré los periódicos de un modo más general que usted lo ha hecho. Hasta ahora nos hemos limitado a reconocer el campo de la investigación; pero sería verdaderamente raro que un examen comprensivo de los diarios, tal como me propongo hacerlo, no nos aportase algunos pormenores que imprimieran un nuevo rumbo al sumario.»

De acuerdo con la idea de Dupin, me dediqué a comprobar escrupulosamente los *affidavit*. El resultado de mi examen fué una firme convicción de su validez y, por tanto, de la inocencia de Saint-Eustache. Al mismo tiempo, mi amigo se consagraba, con minuciosidad que me pareció absolutamente superflua, a examinar las colecciones de diferentes periódicos.

Al cabo de una semana pudo ofrecerme los siguientes recortes:

«Hace tres años y medio, próximamente, se produjo una emoción parecida por la desaparición de la misma María Roget de la perfumería del señor Le Blanc, sita en el Palais-Royal. No obstante, al cabo de una semana reapareció en su oficina de siempre, con su aspecto habitual, salvo una ligera palidez que no tenía casi nunca. Su madre y el señor Le Blanc declararon que se había ido al campo sólo para visitar a una amiga, y este suceso se olvidó pronto. Creemos que su ausencia actual es una travesura de la misma índole y que al cabo de una semana o de un mes, la veremos de nuevo entre nosotros.»—*Diario de la tarde*, lunes, 23 de Junio (1).

«Cierta diario de la tarde, en su número de ayer, recuerda la primera desaparición misteriosa de la señorita Roget. Se ha averiguado que durante su ausencia de una semana en la perfumería Le Blanc estaba en compañía de un joven Oficial de Marina, muy conocido por sus costumbres depravadas. Se supone que, a causa de un disgusto, volvió a verla casualmente en su casa. Conocemos el nombre del Lotario en cuestión, que se halla actualmente con licencia en París; pero, por razones fáciles de com-

(1) *New-York Express*.

EL MISTERIO DE MARÍA ROGET

prender nos abstenemos de revelarle.» — *El Mercurio*, mañana del martes 24 de Junio (1).

«Anteayer, en los alrededores de esta población, se ha cometido un crimen de los más odiosos. Un caballero, con su esposa y su hija, a la caída de la tarde solicitó para atravesar el río, los servicios de seis jóvenes que maniobraban en una lancha, sin rumbo fijo, cerca de un ribazo del Sena. Al llegar a la orilla opuesta, los tres pasajeros saltaron a tierra, y ya se habían alejado de la lancha hasta perderla de vista, cuando la hija del caballero advirtió que se había dejado en ella la sombrilla. Retrocedió para buscarla y entonces fué asaltada por la cuadrilla de hombres, transportada al río, amordazada, maltratada vergonzosamente y abandonada por último en un paraje de la orilla, poco distante del sitio donde con sus padres se embarcó en la lancha. Los miserables han escapado, por el momento, a la persecución de la policía; pero ésta se halla sobre su pista y algunos de ellos serán muy pronto capturados.» — *Diario de la mañana*, 25 de Junio (2).

«Hemos recibido uno o dos comunicados que tienen por objeto imputar a Mennais (3) el odio-

(1) *New-York Herald*.

(2) *New-York Courier and Inquirer*.

(3) Uno de los individuos detenidos primeramente como sospechoso, pero puesto después en libertad por no resultar cargo alguno en contra suya.

so crimen cometido recientemente; mas como este señor ha resultado inocente, según el sumario, y como las razones de nuestros comunicantes parecen más apasionadas que sagaces, consideramos conveniente no publicarlas.»—*Diario de la mañana*, 28 de Junio (1).

«Hemos recibido varios comunicados, escritos con alguna firmeza, que parecen proceder de distintos orígenes e impulsan a aceptar, como cosa indudable, que la infortunada María Roget ha sido víctima de una de las numerosas cuadrillas de granujas que infestan en domingo los alrededores de la población. Nuestra opinión se inclina decididamente en favor de esta hipótesis. Muy en breve procuraremos exponer en nuestras columnas algunos de estos argumentos.»—*Diario de la tarde*, martes, 31 de Junio (2).

«El lunes, uno de los bateleros agregados al servicio del fisco vió en el Sena una lancha vacía arrastrada por la corriente. Las velas yacían, descolgadas, en el fondo de la barca. El batelero la remolcó hasta la oficina de navegación. A la mañana siguiente esta lancha fué desamarrada y desapareció, sin que ninguno de los empleados lo advirtiese. El timón está depositado en la oficina de navegación.»—*La Diligencia*, jueves, 26 de junio (3).

(1) *New-York Courier and Inquirer*.

(2) *New-York Evening Post*.

(3) *New-York Standar*.

EL MISTERIO DE MARIA ROGEI

Leyendo estos [diversos recortes no sólo me parecieron extraños] al asunto de que se trataba, sino que yo no podía imaginar medio alguno para coordinarlos, y esperaba de Dupín una explicación cualquiera.

—«No entra en mis cálculos—me dijo—insistir en el primero, y el segundo de estos recortes. Los he copiado principalmente para demostrar a usted la gran negligencia de la policía, que, si debo creer al Prefecto, no se ha preocupado lo más mínimo del Oficial de Marina a quien se alude.

»Sin embargo, sería una locura el afirmar que no tenemos derecho a *suponer* cierta conexión entre la primera y la segunda desaparición de María.

»Admitamos que la primera fuga suya produjo una riña entre los dos amantes y el regreso de la joven traicionada. Podemos observar un segundo rapto (si *sabemos* que se ha cometido un segundo rapto) como indicio de nuevas tentativas por parte del traidor, más bien que como resultado de nuevas tentativas por parte de un segundo individuo; podemos considerar esta segunda huida más bien como la *compostura* o arreglo de un amor viejo, que como el principio de uno nuevo.

«O el que se fugó una vez con María le propuso una nueva evasión, o María aceptó las proposiciones de otro individuo; pero háy diez

probabilidades contra una para la primera de estas suposiciones.

»Y, antes de continuar, permítame que llame su atención sobre el detalle de que el tiempo transcurrido entre el primer rapto, conocido, y el segundo, supuesto, excede en muy poco de la duración ordinaria de los cruceros de nuestros buques de guerra. El amante, interrumpido en su primera infamia por la precisión de hacerse a la mar, aprovechó el primer momento de su vuelta para renovar las viles tentativas, no realizadas por completo hasta entonces, o, por lo menos, no cumplidas en absoluto *por él*. De todo esto no sabemos nada.

»Usted dirá, tal vez, que en el segundo caso, el rapto que suponemos, no se ha consumado. Ciertamente que no; pero ¿podemos afirmar que no haya habido una tentativa frustrada? A excepción de Saint-Eustache, y acaso de Beauvais, no sabemos de ningún pretendiente oficial conocido, decente, ni se ha hablado de ningún otro. ¿Quién es, entonces, el secreto amante de quien los parientes (la mayoría, al menos) no han oído hablar nunca, pero al que vuelve a encontrar María la mañana del domingo, cuya confianza se ha granjeado de tal modo que no vacila en quedarse con él, hasta que comienzan a descender las sombras del crepúsculo, en los solitarios bosquecillos de la barrera del Roule? ¿Quién es, repito, este secreto amante, del que

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

la mayor parte de los parientes no ha oído hablar? ¿Y qué significan estas singulares palabras de la señora Roget, en la mañana en que desapareció María, «Temo no volverla a ver más»?

»Pero si no podemos suponer que esta señora tuviese conocimiento del proyecto de fuga de su hija, ¿no podemos imaginar que ésta le hubiera concebido? Al salir de su casa dió a entender que iba a visitar a su tía, a la calle de Drômes, encargando a Saint-Eustache que fuera a buscarla a la caída de la tarde. Claro que, al primer golpe de vista, este detalle parece hallarse en pugna contra mi opinión; pero reflexionemos un poco. Que María haya positivamente vuelto a encontrar a su amante; que haya atravesado con él el río y llegado a la barrera del Route a una hora muy avanzada, cerca de las tres de la tarde, todo esto lo sabemos. Pero, al consentir que le acompañase tal individuo (*con un deseo cualquiera, conocido o no de su madre*), María debió pensar en el propósito que había manifestado al salir de casa, así como en la inquietud y los recelos que nacerían en el pecho de su prometido Saint-Eustache cuando, al ir a buscarla a la hora convenida, a la calle de Drômes, viese que no había llegado aún, y cuando, además, volviendo a la casa de huéspedes con tan alarmante nueva, se enterase de su prolongada ausencia de la casa. Repito que María debió pensar en todo esto previendo la

alarma de Saint-Eustache y las sospechas de todos sus amigos. Es posible que no haya tenido valor para volver y desmentir las sospechas, aunque éstas eran cuestión de poca importancia para ella, si suponemos que tenía la intención de no regresar.

»Podemos imaginar que razonó así: «Estoy
 »citada con una persona para fugarme con ella
 »o para otros planes que nadie, más que yo, conoce. Conviene descartar toda probabilidad de
 »que nos sorprendan; es preciso que tengamos
 »tiempo suficiente para librarnos de toda posible
 »persecución. Haré creer que voy de visita
 »a casa de mi tía para pasar el día en su casa
 »de la calle de Drômes; diré a Saint-Eustache
 »que no venga a buscarme hasta la noche, y,
 »de este modo, mi ausencia de mi casa, prolongada todo lo posible, sin suscitar sospechas ni
 »inquietudes, podrá explicarse y ganaré más
 »tiempo que por otro medio cualquiera. Si encargo a Saint-Eustache que venga a buscarme
 »a la caída de la tarde, no se presentará, de seguro, antes; pero si dejo de rogarle que me
 »busque disminuirá el tiempo de que dispongo
 »para la fuga, puesto que esperará mi regreso a
 »una hora temprana y mi ausencia despertará
 »más pronto su inquietud. Luego si él pudiera
 »comprender mi intención de regresar y no tuviese yo en perspectiva sino un simple paseo
 »con la persona en cuestión, no sería muy oportuno

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

»tuno suplicar a Saint-Eustache que viniera a
»buscarme, porque, al llegar, comprendería que
»me había burlado de él, cosa que podría ocul-
»tarle para siempre marchándome de casa sin
»hacerle saber mi propósito, regresando antes
»de que llegara la noche y diciendo entonces
»que había ido a ver a mi tía, a la calle de Drô-
»mes. Pero como mi plan es el de no volver
»*nunca* —o, por lo menos, hasta después de al-
»gunas semanas o hasta que haya logrado ocul-
»tar ciertas cosas—, lo que debe inquietarme,
»pues, únicamente, es la necesidad de ganar
»tiempo.»

«Usted ha observado en sus apuntes que la opinión general acerca de este infausto suceso es la de que María, desde el primer momento, fué víctima de una banda de foragidos. En ciertos casos, la opinión popular debe tenerse muy en cuenta, porque cuando se manifiesta en forma estrictamente espontánea conviene considerarla como un fenómeno análogo a la *intuición* que es la idiosincrasia del hombre de talento. De cien casos, en noventa y nueve me inclinaría en favor de sus juicios. Pero es muy importante el hecho de que no descubramos trazas palpables de una *sugestión exterior*. La opinión debe ser rigurosamente el *pensamiento personal* del público, y, con frecuencia, es muy difícil establecer esta distinción y mantenerla. En el caso presente creo que esta *opinión pú-*

blica acerca de una *partida* de foragidos, ha sido inspirada por el suceso paralelo y accesorio referido en el tercero de mis recortes. Todo París está intrigado con el hallazgo del cádáver de María, joven, hermosa y conocida. Este cádáver se ha encontrado flotando en el río, con señales de violencia. Pero ahora se ha averiguado que, en la misma época en que se supone que asesinaron a la perfumista, un atentado análogo al sufrido por ésta, aunque no tan enorme, se cometió por una banda de granujas en la persona de otra muchacha. ¿Sorprenderá que el primer suceso, conocido, haya inspirado el juicio popular relativo al otro, aún oscuro? ¡Este juicio esperaba una dirección, y el atentado conocido parecía indicarla con tanta oportunidad!... María también fué encontrada en el río, en el mismo río donde se consumó el atentado conocido. La conexión de estos dos acontecimientos tenía en sí algo tan palpable, que hubiese sido un milagro que el pueblo se *olvidase* de advertirla y consignarla. Pero, en concreto, uno de los dos atentados, conocido por la forma en que se realizó, es un indicio de que el otro, cometido en una época casi coincidente, *no se realizó de la misma manera*. ¡Verdaderamente puede considerarse como maravilloso que, mientras una cuadrilla de malvados consumaba en un lugar dado un atentado inaudito, se encontrase otra cuadrilla semejante en la

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

misma localidad, en la misma población, en las mismas circunstancias, ocupada, con los mismos medios y los mismos procedimientos, en cometer un crimen de carácter exactamente parecido y precisamente por la misma época! ¿Y en qué otra cosa, fíjese usted, la opinión pública, *accidentalmente sugestionada*, podría impulsarnos a creer, sino en esta maravillosa serie de coincidencias?

»Antes de ir más lejos, estudiemos el supuesto teatro del asesinato en los sotos de la barrera del Roule. Este bosquecillo, muy espeso, se encuentra, es verdad, a bastante distancia de una carretera pública. Dentro de él, nos han dicho, existen tres o cuatro piedras anchas que forman una especie de asiento con su respaldo. Sobre la piedra superior se ha encontrado una enagua; en la segunda, una «echarpe» de seda. También han aparecido una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo con el nombre de *Maria Roget*. En los zarzales de los alrededores había enganchados trozos de vestido. La tierra estaba removida, los matorrales aplastados y en todo se advertía huellas de una lucha violenta.

»A pesar del júbilo con que la prensa ha acogido el descubrimiento de tal sitio y de la unanimidad con que se ha supuesto que era el teatro indudable del crimen, preciso es admitir que hay más de una razón justificada para dudar de

ello. Si el *verdadero* teatro estuviese, como insinúa *El Comercial*, en las cercanías de la calle empedrada de San Andrés, los autores del crimen, que suponemos siguen aún en París, habrían recelado naturalmente de la opinión pública, tan vivamente encaminada sobre la verdadera pista; y todo espíritu nada vulgar hubiese sentido la necesidad inmediata de hacer una tentativa cualquiera para distraer esta atención. Así, como el sotillo de la barrera del Roule había ya despertado sospechas, pudo inspirar lógicamente la idea de abandonar allí los objetos en cuestión. No existe prueba real, diga lo que diga *El Sol*, de que estos objetos encontrados hayan permanecido en tal paraje más de un brevísimo número de días, mientras que es más que presumible que no hubiesen podido yacer allí, sin llamar la atención, durante los veinte días transcurridos entre el funesto domingo y la tarde en que unos muchachos llegaron a descubrirlos. «Estaban completamente *enmohecidos* por la acción de las lluvias—dice *El Sol*, deduciendo esta opinión de los periódicos «que han hablado antes que él—y pegados por *la humedad*. El césped había crecido alrededor de ellos, cubriéndolos en parte. La seda de *la sombrilla* era sólida, pero las varillas estaban cerradas y la parte superior, donde la tela, *plegaba*, había sufrido los efectos de la *humedad*, se desgarró en cuanto la abrieron...» En

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

cuanto al hecho de que el césped *había crecido alrededor llegando hasta cubrir en parte los objetos*, es evidente que no pudo comprobarse sino con arreglo a las declaraciones de los dos niños, formuladas según sus recuerdos, porque cogieron los objetos y los llevaron a la casa, antes de que los viese una tercera persona.

»Pero el césped, particularmente en una temperatura cálida y húmeda (como la que reinaba en la época del asesinato), crece hasta una altura de dos o tres pulgadas por día. Una sombrilla abandonada en un terreno cubierto de césped, puede, en una sola semana, desaparecer bajo la hierba, rápidamente crecida. En cuanto al *enmohecimiento* sobre el que con tanta terquedad insiste el director de *El Sol*, que emplea esta palabra tres veces lo menos en el breve párrafo transcrito, ¿es que, realmente, ignora la naturaleza de tal enmohecimiento? ¿Necesitará saber que es una de las numerosas clases de *fungus*, cuyo carácter más conocido es el de crecer y morir en veinticuatro horas?

»Así, al primer golpe de vista, vemos que lo que tan pomposamente se ha alegado para sostener la idea de *que los objetos permanecieron en el bosquecillo durante tres o cuatro semanas, por lo menos*, es absolutamente nulo, considerado como elemento de prueba. Además, es difícilísimo creer que tales objetos hayan podido continuar allí durante más de una semana,

durante un intervalo mayor que el que existe de un domingo a otro. Cuantos conocen un poco los alrededores de París, saben lo difícil que es encontrar en ellos un refugio solitario, excepto a una gran distancia de los suburbios. No es posible suponer un rincón inexplorado o aun raramente visitado en estos bosques y sotillos. Que cualquier amante verdadero de la naturaleza, condenado por su deber al polvo y al calor de esta gran metrópoli, intente, aun durante los días laborables, saciar su sed de soledad entre estos ornatos de belleza natural y campestre que nos rodean. Antes de que haya podido dar dos pasos, sentirá el naciente encantamiento roto por la voz o la irrupción personal de algún pilluelo o de una banda de galopines borrachos. Inútilmente buscará el silencio bajo las más espesas frondas. En tales rincones es donde, precisamente, abunda la crápula; donde los templos son más profanados. Con el corazón ebrio de desencanto, el paseante regresará a escape a París, como hacia una cloaca de impureza menos grosera y, por consiguiente, menos odiosa. Y si los alrededores de la ciudad se hallan tan infestados durante todos los días de la semana ¿cuánto más no lo están los domingos?... Entonces es cuando mejor que nunca, libre de las ligaduras del trabajo o privado de las ocasiones ordinarias favorables al delito, el pilluelo de la capital se marcha hacia las

EL MISTERIO DE MARIA ROGEI

afueras, no por amor de la naturaleza campes-
tre, que desprecia con todo su ardor, sino por
escapar a las trabas y convenciones sociales.
No busca el aire puro y los árboles verdes, sino
la absoluta *libertad* del campo. Allí, en el ven-
torro, al borde de la carretera o a la sombra del
bosque, sin que puedan contenerle otras mira-
das que las de sus dignos compañeros, se en-
trega a los excesos furiosos de una alegría em-
bustera, hija de la libertad y del alcohol.

»Nada anticipo que no salte a la vista de todo
observador imparcial, cuando repito que el he-
cho de que tales objetos hayan permanecido
sin descubrirse durante un período mayor que
el que media de un domingo a otro, en un bos-
quecillo cualquiera de París, deba ser conside-
rado casi como un milagro.

»Pero no nos faltan motivos para sospechar
que los objetos fueron dejados en el sotillo en
cuestión, con el fin de desviar la atención del
verdadero teatro del crimen. Y, en primer lugar,
permítame usted que le haga notar la *fecha* del
hallazgo. Relaciónela con la del quinto de mis
recortes, en la revista de periódicos que he he-
cho y verá usted que al descubrimiento han se-
guido, casi inmediatamente, los comunicados
urgentes enviados al *Diario de la tarde*. Estos
comunicados, aunque con modificaciones, y
procedentes, en apariencia, de origen distinto,
tendían todos al mismo fin, el de atraer la aten-

ción sobre una *cuadrilla* de foragidos como autores del atentado y sobre los alrededores de la barrera del Roule, como lugar del suceso.

»Lo que puede sorprendernos, no es, naturalmente, el que los niños encontraran esos objetos a consecuencia de dichos comunicados y después de que se encauzó en este sentido la opinión pública, sino que se podría suponer legítimamente que si los niños no hallaron *antes* los objetos, es porque éstos no se hallaban aún en el bosquecillo; porque los abandonaron allí en época posterior —la de la fecha o una muy poco antecedente a la de los comunicados— los mismos asesinos, autores de tales comunicados.

»Este bosquecillo es un bosquecillo raro, excesivamente raro. Su frondosidad es curiosa. En el centro de sus murallas naturales había tres piedras extraordinarias formando un asiento con su *respaldo*. Y este bosquecillo, donde la naturaleza ha imitado tan bien el arte, hállase en las cercanías, a *algunas varas* de la vivienda de la señora Déluc, cuyos hijos tenían la costumbre de registrar cuidadosamente la espesura para recolectar cortezas de sassafrás (1).

»¿Sería temerario apostar —mil contra uno— que no pasaba día sin que, por lo menos, cual-

(1) Árbol de América, cuyas hojas, secadas y pulverizadas se emplean como condimento.—(N. del T.)

EL MISTERIO DE MARIA ROGEI

quiera de los muchachos fuera a esconderse en este salón verde y a creerse rey en este trono natural? Los que no se atrevieran a apostar, o no han sido niños nunca u olvidaron la naturaleza infantil. Lo repito: es excesivamente difícil comprender cómo habrían podido permanecer los objetos en el bosquecillo más de uno o dos días sin que nadie los descubriese, habiendo, además, serias razones para sospechar, pese a la dogmática ignorancia de *El Sol*, que, fueron depositados en fecha relativamente tardía en el sitio donde han aparecido.

»Mas, para creer que ello haya ocurrido así, existen otras razones más poderosas que todas cuantas he expuesto a usted. Permítame ahora que le llame la atención sobre la colocación, notablemente artificiosa, de los objetos. En la piedra *superior* se encontraban unas enaguas y en la *segunda* una «echarpe» de seda; alrededor, diseminados, una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo con el nombre de *Maria*. Colocación es esta tal como ha debido, *naturalmente*, imaginarla un espíritu poco sutil, deseoso de encontrar la *natural*; pero no es, en absoluto, un arreglo *realmente* natural. Me hubiera gustado más ver estos objetos esparcidos *todos* por el suelo y pisoteados. En el estrecho recinto del bosquecillo hubiese sido casi imposible que la enagua y la «echarpe» conservasen su colocación sobre las piedras, expuestas a las

conmociones de una refriega entre varias personas. «Había —se dice— señales de lucha; la »tierra aparecía hollada y los zarzales aplasta- »dos», pero la enagua y la «echarpe» yacían »como sobre tablas. «Los fragmentos de ropa »adheridos a las zarzas tenían unas tres pulga- »das de ancho por seis de largo. Uno de ellos »era un trozo del volante o borde del vestido, »que estaba remendado... *Parecían tiras arran- cadas...*» Aquí, sin darse cuenta de ello, *El Sol* emplea una frase excesivamente sospechosa. Tal como nos los describe, los pedazos parecen *tiras arrancadas*, pero intencionadamente y por una mano.

»Es un accidente de los más raros que un trozo de vestido, como el de que se trata, pueda ser *arrancado enteramente* por la acción de una *espina*. Por la misma naturaleza del tejido, una espina o un clavo que se enganchara en él, le desgarraría rectangularmente—le dividiría en dos rasgaduras longitudinales formando ángulo recto y se vería el sitio por donde se clavó la espina—; pero es casi imposible comprender que se arrancara *completamente* el pedazo. Yo no he visto esto nunca ni usted tampoco. Para arrancar un trozo de tela es necesario, casi siempre, que dos fuerzas distintas actúen en sentidos diferentes.

»Si la tela presenta dos bordes, por ejemplo, si es un pañuelo, y se quiere arrancar una tira,

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

entonces, solamente entonces, bastará una fuerza única. Pero, en el caso actual, se trata de un traje que no ofrece sino un lado, y arrancar un pedazo de enmedio, que no presenta lado alguno, sería milagroso que pudiesen hacerlo varias espinas, y menos *una sola*. Pero, incluso cuando el tejido presenta un borde, será preciso que actúen dos espinas, una de ellas en dos direcciones distintas y la otra sólo en una. Y así y todo, es necesario suponer que el borde no esté ribeteado, porque entonces la cosa llegaría a resultar casi imposible.

»Hemos visto cuán grandes y numerosos obstáculos impiden que la sencilla acción de las espinas arranque los pedazos; sin embargo, se nos invita a creer que no solamente un trozo, sino varios, se han arrancado de esa manera. *¡Y uno de ellos era el borde del vestido!* El otro era *una parte de la falda, pero no el ribete*; es decir, que había sido arrancado completamente por la acción de las espinas, de la mitad y no del borde de la falda. Cosas son estas, digo, en las que es muy perdonable no creer; sin embargo, consideradas en conjunto, constituyen un motivo menos plausible de sospecha que la única circunstancia, tan sorprendente, de que los *asesinos* hayan podido abandonar los objetos en el bosquecillo, teniendo, como tuvieron, la precaución de llevarse el cadáver.

»A pesar de todo, usted no habrá comprendi-

do por completo mi pensamiento, si cree que mi deseo es el de *negar* que el bosquecillo haya sido el teatro del crimen. Es posible que en él ocurriera algo grave; pero parece más verosímil que la desgracia sucediese en casa de la señora Deluc.

»Mas, en definitiva, esto es un detalle de importancia secundaria. Nosotros nos hemos propuesto descubrir a los autores del crimen y no el lugar del suceso. Todos los argumentos que he alegado, a pesar de su minuciosidad, tendían únicamente a demostrar a usted lo necio de las afirmaciones tan rotundas e impetuosas de *El Sol* y, como consecuencia inmediata, llevarle, por el camino más natural, a otro—a examinar si el asesinato ha sido o no obra de una *banda*.

»Yo impugnaría este extremo, aludiendo sencillamente a los extraños detalles que el cirujano dió al declarar en el sumario. Me bastará con decir que sus conclusiones, en cuanto al número de los supuestos malhechores, han sido completamente ridiculizadas por falsas y desprovistas en absoluto de fundamento por todos los anatomistas prestigiosos de París. No aseguro que el hecho, materialmente, no *haya podido* ocurrir como él dice; pero no hallo razones suficientes para su conclusión; ¿no existían muchas más para sustentar otra?

»Meditemos ahora acerca de las *huellas de lucha* y preguntémonos qué es lo que se pre-

EL MISTERIO DE MARIA ROGEI

tende demostrar con ellas. ¿La presencia de una banda? Pero ¿es que no pruban, mucho mejor aún, la ausencia de una banda? ¿Qué clase de lucha —lucha lo bastante violenta, lo bastante prolongada para dejar huellas en todas direcciones— podemos suponer entre una débil joven indefensa y la cuadrilla de granujas a que se alude? Unos brazos rudos, oprimiéndola silenciosamente, hubieran bastado para que la víctima quedase absolutamente inerte, pasiva y a su discreción.

»Usted advertirá que nuestras razones contra el bosquecillo, adoptado como teatro del hecho de autos, no se encaminan principalmente sino como al teatro de un atentado cometido por *más de un individuo solo*. Si suponemos *un hombre solo*, encarnizado en una violación, entonces y solamente siendo así, podríamos admitir una lucha de carácter bastante rudo y obstinado para dejar huellas tan visibles.

»Otra cosa más. Ya he indicado las sospechas que se desprenden del hecho de que los objetos antes reseñados hayan podido incluso permanecer en el bosquecillo donde fueron encontrados. Parece casi imposible que estas pruebas del crimen se abandonaran accidentalmente en el sitio donde las descubrieron.

»Se tuvo bastante presencia de ánimo (así se ha supuesto) para llevarse el cadáver, y, sin embargo, una prueba concluyente, más conclu-

yente que el cadáver mismo (cuyas facciones pudieron alterarse rápidamente con la descomposición), queda descaradamente expuesta en teatro del crimen. Aludo al pañuelo de bolsillo, que tenía el *nombre* de la difunta. Si ello es un accidente no es un accidente debido a *una banda*. Sólo nos lo podemos explicar como obra de un individuo. Veámoslo. Es un individuo el que ha cometido el asesinato. Solo, con el espectro de la difunta, permanece aterrorizado ante el cadáver que yace inmóvil. El furor de su pasión se ha extinguido, y ahora, en su corazón, comienza a nacer el natural horror del crimen realizado. Su espíritu carece de esa confianza que inspira inevitablemente la presencia de varios cómplices. El asesino está *sólo* con la muerta. Tiembla, atemorizado. No obstante, es preciso ocultar el cadáver en algún sitio. Le conduce al río; pero tras él deja las huellas del crimen, y como le es difícil, por no decir imposible, transportarlo todo de una vez, podrá regresar para recoger lo que ha dejado. Mas en su laborioso viaje hacia el río, los temores que le asaltaban aumentan. Rumores de vida rodean su camino. Una docena de veces oye, o cree oír, los pasos de un espía. Las mismas luces de la ciudad le aterran. Por fin, después de largas y frecuentes pausas rebosantes de infinita angustia, llega a la orilla del río y se desembaraza de su siniestro fardo, tal vez valiéndose de una barca. Pero,

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

ahora, ¿qué tesoro del mundo, qué amenaza de castigo tendrían poder suficiente para obligar a este criminal solitario a que regresara por su abrumador y peligroso camino hacia el terrible bosquecillo, poblado de recuerdos lúgubres? No vuelve y deja que las consecuencias sigan su curso. Quisiera regresar ¡y *no podría!* Su único pensamiento es el de huir rápidamente. Abandona, *para siempre*, la espesura amedrentadora y escapa como amenazado por la cólera del cielo.

»Pero ¿y si imagináramos una banda de individuos? Su número les habría inspirado audacia, si es verdad que la audacia pudo faltar nunca en el corazón de un miserable redomado, y de redomados miserables se supone que está compuesta la banda. Como digo, su número les habría preservado del terror irrazonado y de la turbación que, según mi hipótesis, han acometido al individuo solitario. Admitamos, si usted quiere, la posibilidad de una ligereza en uno, dos o tres de estos sujetos; el cuarto hubiera reparado su descuido. Nada habrían podido dejar tras ellos, porque su número les permitió llevárselo *todo*, en una misma vez, sin que tuvieran precisión de *regresar*.

»Fíjese ahora en el detalle de que, en la falda del cadáver descubierto, se *había desgarrado una tira, de abajo a arriba, como de un pie de ancho, desde el borde hasta la cintura pero*

no arrancado, la cual daba tres vueltas alrededor del talle y se ceñía a la espalda por una especie de nudo. Esto se hizo con el evidente propósito de procurarse un asidero para transportar el cadáver, y en este caso, habría soñado nunca una *cuadrilla* de hombres en recurrir a parecido expediente?

»Tratándose de tres o cuatro hombres, las extremidades del cuerpo de la víctima hubieran suministrado medios de conducción, no solo suficientes, sino verdaderamente cómodos. Se trata, en efecto, de la invención de un solo individuo, y esto nos conduce al siguiente hecho: *Entre el sotillo y el Sena se ha descubierto que las empalizadas estaban caídas y que la tierra conservaba huellas como si se hubiera arrastrado por ella un objeto pesado.* Y una *cuadrilla* de hombres ¿se habría molestado en derribar una empalizada para arrastrar un cadáver sobre ella cuando, levantándole, pudo hacerle pasar fácilmente por encima? Una *cuadrilla* de hombres, ¿no evitaría arrastrar un cadáver, a menos que no quisiera dejar rastro evidente de ello?

»Al llegar aquí tenemos que volver a una observación de *El Comercial*, en la que ya me había fijado antes. Dice este periódico: «Un pedazo de una de las faldas de la desgraciada joven había sido arrancado, ceñido alrededor de su cuello y anudado en la nuca, probable-

EL MISTERIO DE MARÍA ROGEI

»mente para ahogar sus gritos, hecho realizado, »sin duda, por los miserables, que ni siquiera »debían tener un pañuelo de bolsillo.»

«Ya he indicado que el verdadero granuja *no* deja de llevar nunca pañuelo de bolsillo; pero no me propongo llamar la atención de usted acerca de este detalle. No es por la carencia de un pañuelo, ni aun para el fin supuesto por *El Comercial*, por lo que se empleó la tira; lo prueba el pañuelo abandonado en el bosquecillo, y lo que demuestra que la intención de *impedir los gritos* no existió es que esta tira se ha empleado preferentemente en lo que habría satisfecho mucho mejor el fin supuesto. Pero el sumario, al hablar de tal tira, dice que se *encontró alrededor del cuello, adaptada de un modo muy flojo y sujeta por un nudo apretado*.

»Estos términos son hasta vagos, pero difieren materialmente de los de *El Comercial*. La tira era de unas diez y ocho pulgadas de ancho y, replegada y enrollada longitudinalmente, debía formar una especie de cuerda bastante fuerte, aunque fuese de muselina. Y mi conclusión es esta: habiendo transportado el asesino solitario el cadáver a cierta distancia (del bosquecillo o de otro lugar cualquiera), valiéndose de la tira *anudada* alrededor de la cintura, vió que el peso, aun mediante este procedimiento, agotaba sus fuerzas. Entonces, decidió arrastrar al fardo, y ahí están las huellas que lo confirman.

Para lograr este propósito se hacía preciso sujetar algo parecido a una cuerda, a una de las extremidades, pero preferentemente alrededor del cuello, porque así la cabeza serviría para impedir que el cuerpo se arrastrase. Y entonces el asesino pensó evidentemente en servirse de la tira ceñida alrededor de la cintura, lo que hubiera hecho, sin duda, si no hubiese sido por el enrollamiento de tal tira alrededor del cuerpo, el apretado nudo que la remataba y la reflexión de que no estaba *arrancada por completo* del vestido. Le era más fácil sacar una nueva tira de la enagua, y así lo hizo, anudándola en torno al cuello y arrastrando de esta forma a su víctima hasta el borde del río. Que esta banda, cuyo mérito consistía en estar inmediatamente al alcance de la mano, pero que no respondía sino imperfectamente a su destino, se ha empleado tal como está, demuestra que la necesidad de servirse de ella sobrevino en circunstancias en que no había medio de recuperar el pañuelo; es decir, según hemos supuesto, después de haber abandonado el bosquecillo, si era en el bosquecillo y entre el trayecto comprendido entre éste y el río.

»Pero—me dirá usted—la declaración de la señora Deluc señala especialmente la presencia de una banda o cuadrilla de malhechores en las cercanías del bosquecillo a la hora o alrededor de la hora en que se cometió el asesinato. Con-

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

cedido. Hasta me atrevería a creer que había una *docena* de bandas como las que ha descrito la señora Deluc, a la misma hora o hacia la misma hora de la tragedia. Pero la cuadrilla que atrajo la marcada animadversión de la señora Deluc—aunque la declaración de ésta sea un poco tardía y harto sospechosa—, *es la única* designada por esta digna y escrupulosa señora, cuadrilla que se comió sus pasteles y se bebió su aguardiente sin tomarse la pena de pagárselos. *Et hinc illæ iræ?*

»Mas ¿cuáles son los términos concretos de la declaración de la señora Deluc? «Una cuadrilla de granujas se presentó, produjo un alboroto de mil demonios, bebió y comió sin pagar, siguió el mismo camino que el joven y la muchacha, regresaron a la posada *al oscurecer* y después volvieron a atravesar el río precipitadamente.»

»Pues bien: esta *precipitación* ha podido parecer mucho *mayor* a los ojos de la señora Deluc, que pensaba, con dolor e inquietud, en su cerveza y en sus pasteles robados—cerveza y pasteles por los cuales pudo abrigar, hasta el último momento, una débil esperanza de compensación.—De otra manera, puesto que se hacía tarde, ¿por qué concedió importancia a tanta *prisa*? Nada debe sorprender el que una banda, aun compuesta de pillos, ponga empeño en *volver apresuradamente*, cuando tiene que

atravesar un río en frágiles barquitos, cuando amenaza la tempestad y se acerca la noche.

»He dicho *se acerca*, porque aún no *era de noche*. Los castos ojos de la señora Deluc, fijáronse en la irritante precipitación de los malhechores *al oscurecer*. Pero, según nos han dicho, la señora Deluc y su hijo mayor oyeron *gritos de mujer en las proximidades del ventorro*, por la noche. ¿Y de qué términos se vale la señora Deluc para designar el momento del día en que oyó esos gritos? Según ella, *un poco después de la caída de la tarde*. Pero *un poco después de la caída de la tarde*, es por lo menos, *la noche*; y la palabra *oscurecer* supone aún el día. Así, no hay duda alguna de que la banda abandonó la barrera del Roule antes de haberse oído los gritos que, por casualidad (?), percibió la señora Deluc. Y, aunque en los numerosos informes del sumario, estas dos expresiones distintas sean citadas invariablemente, como lo hago yo mismo en la conversación que tengo con usted, ningún periódico ni ningún sabueso de la policía ha advertido, hasta el presente, la enorme contradicción que implican.

»Solo tengo que añadir un argumento contra la *famosa banda*; pero argumento cuyo peso es, por lo menos para mí, absolutamente irresistible. En el caso de ofrecer una buena recompensa y el indulto a todo delator de sus cómplices, no se puede pensar ni por un instante, que

EL MISTERIO DE MARIA ROGEI

un individuo cualquiera de una banda de malhechores o de una asociación de hombres de cualquier género, no hubiera ya traicionado a sus cómplices desde hace mucho tiempo. A todo individuo de una banda de tal índole, más bien le atemoriza la idea de una traición posible, que le seduce la tentación de alcanzar una recompensa. Cualquiera de ellos traiciona en seguida *para que no le traicionen*. En resumen, la mejor garantía de un secreto, es la de que no haya sido divulgado. Los horrores de estos tenebrosos asuntos sólo son conocidos de *uno* o dos seres humanos y de Dios.

»Recopilemos ahora los hechos —pobres, es verdad, pero positivos— de nuestro largo análisis. Hemos llegado a la convicción, trátase de un fatal accidente en el ventorro de la señora Deluc, o de un asesinato cometido en el bosquecillo de la barrera del Roule por un amante o, al menos, por un camarada íntimo y secreto de la difunta. Este camarada tiene el rostro tostado; lo cual, más el nudo corredizo de la cintura y el apretado de las cintas del sombrero, delatan a un marino. Su amistad con la difunta, joven un poco ligera, es cierto, pero no abyecta, le denuncia como un hombre superior, por su empleo, a un simple marinero. Además los comunicados urgentes, muy bien escritos, enviados a los periódicos, contribuyen notablemente a robustecer nuestra hipótesis. El hecho de una

fuga anterior, revelada por *El Mercurio*, nos impulsa a fundir en un mismo individuo al marino y oficial de marina, ya conocido por haber hecho incurrir en falta a la desgraciada.

»Y aquí, muy oportunamente, se ofrece otra consideración, que es la relativa a la prolongada ausencia de tal individuo de tez oscura. Insistamos en la tez de este hombre, sombría y tostada; una tez ligeramente tostada es la que ha podido constituir el único punto de recuerdo común a Valence y a la señora Deluc. Pero ¿por qué está ausente este hombre? ¿Le asesinó la banda? Si fué así ¿por qué no se encuentra más que *huellas* de la joven? El mismo teatro se supone para los dos crímenes. Y el cadáver de él ¿dónde está? Probablemente, los asesinos habrían hecho desaparecer a uno y otro de la misma manera. No, no puede afirmarse que el hombre vive, y que lo que le impide darse a conocer es el temor de ser acusado como asesino. Ahora, ya tardíamente, es cuando podemos suponer que semejante consideración pesara fuertemente en él —ya que un testigo afirma haberle visto con María—; pero este temor no hubiera tenido influencia alguna en la época del crimen. El primer movimiento de un hombre inocente habría sido denunciar el atentado y ayudar al descubrimiento de los malhechores. Un interés bien entendido así lo aconsejaría. Le habían visto con la joven; atravesó

EL MISTERIO DE MARIA ROGEI

el río con ella en una barca descubierta. La denuncia de los asesinos habría parecido, hasta a un idiota, como el único medio más seguro de escapar a las sospechas. No podemos suponerle, en la noche fatal del domingo, a la vez inocente y no enterado del crimen cometido. Sin embargo, sólo en circunstancias imposibles podríamos comprender que, estando vivo, hubiese faltado al deber de denunciar a los asesinos.

»¿Y de qué medios disponemos para llegar a la verdad? Ya lo veremos multiplicarse, concretarse a medida que vayamos avanzando. Examinemos la vieja historia de una primera fuga; enterémonos de la vida de este oficial, así como de las circunstancias actuales que le rodean y de los lugares en que se encontraba en la época precisa del crimen; comparemos, cuidadosamente, entre sí, los diversos comunicados remitidos al diario de la tarde que acusaban a una *cuadrilla* de malhechores. Realizado así, cotejemos el estilo y la letra de tales comunicados con el de los remitidos al periódico de la mañana en época anterior, que tan enérgicamente insistían en la culpabilidad de Menais; y, después, volvamos a compararlos con la letra conocida del oficial.

»Intentemos obtener, mediante un interrogatorio más minucioso de la señora Deluc y sus hijos, así como de Valence, el conductor de ómnibus, algún informe más preciso en cuanto

al aspecto físico y costumbres *del hombre de tez oscura*. Mediante varias preguntas, hábilmente formuladas, podrá obtenerse, seguramente, de alguno de aquellos testigos, informes acerca de este punto concreto (o de otros); informes que los mismos testigos poseen, tal vez sin saberlo.

»Sigamos luego el rastro de la *barca* recogida por el batelero en la mañana del lunes 23 de Junio, y que desapareció, *sin timón*, del embarcadero por descuido del oficial de servicio, en época anterior al descubrimiento del cadáver. Con el cuidado y la perseverancia convenientes, seguiremos infaliblemente a la barca, porque no sólo el batelero que se hizo cargo de ella podía reconocerla, sino que *tenta en su poder el timón*. No es posible que nadie, sea quien sea, abandone deliberadamente y sin propósito el timón de un barco de vela. Tampoco se publicó *aviso alguno* acerca del descubrimiento del mismo; silenciosamente fué conducido a las oficinas de navegación, y silenciosamente desapareció.

Pero ¿cómo se explica que el dueño o el arrendatario del barco pudiera, sin *anuncio público*, en fecha tan próxima como el martes por la mañana, enterarse de que el barco fué hallado el lunes, a no ser que le supongamos en algún modo relacionado con la *marina*, relaciones personales y permanentes que implican

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

el conocimiento de los intereses, más nimios y de las menores noticias locales?

»Al hablar del asesino solitario que arrastraba su carga hacia la orilla, he insinuado que debió procurarse *una embarcación*. Ahora comprendemos que María fué arrojada desde un barco. La cosa, lógicamente ocurrió así. El cadáver no debió ser confiado a las aguas bajas de la orilla. Las señales particulares, descubiertas en la espalda y los hombros de la víctima, denuncian las traviesas del fondo de un barco. El que se haya encontrado el cadáver sin un peso, no hace más que corroborar nuestra idea; porque si le hubiesen arrojado desde la orilla se lo habrían atado. Solamente podremos explicarnos su falta suponiendo que el asesino no tomara la precaución de procurársele antes de arrastrar el cuerpo de la víctima; y cuando llegó el momento de confiarle al río, debió, incontestablemente, advertir su distracción; pero ya no tenía a su alcance con qué remediarla, prefiriendo arriesgarlo todo antes que regresar a la maldita ribera.

»Una vez libre de su fúnebre carga, el asesino debió volver precipitadamente hacia la población. Entonces saltó a tierra, en algún muelle desierto; pero ¿podría dejar el barco en un sitio seguro? Estaba más apremiado de la cuenta para pensar en semejante tontería. Aun amarrándole a un muelle, hubiera creído que deja-

ba allí una prueba comprometedora contra sí mismo. Su resolución más natural debió ser la de apartar lejos de sí, lo más lejos posible, todo lo que guardase cualquier relación con su delito. Y no solamente debió huir lejos del muelle, sino que procuró que el barco no permaneciera en él, lanzándolo, de seguro, a la deriva.

»Continuemos nuestra idea. A la mañana siguiente, el miserable experimentó un horror indescriptible al ver que su barco, recogido y retenido, se hallaba en un lugar a donde su deber, acaso, le llama frecuentemente. Por la noche, *sin atreverse a pedir el timón*, le hizo desaparecer. Ahora ¿dónde está ese barco sin timón? Vamos a descubrirlo, y sea ello una de nuestras primeras pesquisas. Con el primer esclarecimiento que podamos obtener, se iniciará la aurora de nuestro triunfo. Este barco nos conducirá, con rapidez de la que nosotros mismos habremos de asombrarnos, hacia el hombre que le empleó en la noche del fatal domingo. La confirmación se aumentará con la confirmación y seguiremos la pista del asesino.»

Por razones que no especificamos, pero que saltan a la vista de nuestros numerosos lectores, nos hemos permitido suprimir aquí, del manuscrito que se nos ha enviado, la parte en que se detalla la investigación hecha a consecuen-

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

cia del indicio, en apariencia tan ligero, descubierta por Dupin.

Únicamente creemos oportuno manifestar que se consiguió el resultado apetecido y que el Prefecto cumplió, aunque no sin repugnancia, los términos de su contrato con el caballero.

El artículo de Edgard Poe concluye así (1):

«Se comprenderá que hablo de simples coincidencias y *nada más*. Lo que he dicho acerca de este asunto debe bastar. No hay en mi corazón fé alguna en lo sobrenatural. Que la Naturaleza y Dios forman dos, ningún hombre, capaz de pensar, puede negarlo. Que este último, habiendo creado la primera, pueda, a su voluntad, gobernarla o modificarla, también es incontestable. Yo digo *a su voluntad*, porque es una cuestión de voluntad y no de poderío, como han supuesto lógicos absurdos. No es que la Divinidad *no pueda* modificar sus leyes, pero la insultamos imaginando una necesidad posible de modificación. Estas leyes han sido creadas, desde el origen, para abarcar *todas* las contingencias que *puedan* contenerse en lo futuro. Porque para Dios todo es *presente*.

»Repito, pues, que hablo simplemente de estas cosas, como de coincidencias. Unas pocas palabras aún. En la presente narración se en-

(1) Nota de los editores del *Magazine* en que primitivamente fué publicado «El misterio de María Roget».

contrará motivo para establecer un paralelo entre el sino de la desgraciada María Cecilia Rogers, al menos en cuanto ha podido conocerse, y el de una llamada María Roget, hasta determinada época de su historia—paralelo cuya minuciosa y sorprendente exactitud se hace para confundir la razón.—En efecto, sorprenderá todo esto. Pero que no se suponga un solo instante que, al continuar la triste historia de María desde el punto en cuestión y prosiguiendo, hasta su *desenlace*, el misterio que la envolvía, he tenido el secreto interés de sugerir una extensión del paralelo o aun de insinuar que las medidas adoptadas en París, para descubrir al asesino de una obrerilla o las fundadas en un método de razonamiento análogo, produjeran un resultado parecido.

»Porque, en cuanto a la última parte de la suposición, debe considerarse que la menor variación en los elementos de los dos problemas podría engendrar los más graves errores de cálculo haciendo divergir absolutamente las dos corrientes de acontecimientos; casi del mismo modo que en aritmética un error que, juzgado aisladamente, puede ser inapreciable, produce a la larga, por la fuerza acumuladora de la multiplicación, un resultado espantosamente distante de la verdad.

»Y, en cuanto a la primera parte, no debemos olvidar que este mismo cálculo de probabilidad

EL MISTERIO DE MARIA ROGET

des que he invocado prohíbe toda idea de extensión del paralelo, con rigor tanto más imperioso, cuanto que este paralelo ha sido ya más extendido y exacto. Aquella es una proposición anormal que, aunque parezca resurgir del dominio del pensamiento general, del pensamiento extraño a las matemáticas, sólo ha sido hasta hoy comprendido por los matemáticos. Nada, por ejemplo, es más difícil que convencer al lector profano de que si un jugador de dados ha vuelto el seis dos veces, una tras otra, este hecho constituye una razón suficiente para apostar en grande que, a la tercera vez o golpe, no se sacará el seis. Generalmente una opinión de esta índole suele ser rechazada, desde luego, por la inteligencia. No se comprende cómo dos golpes ya jugados, hundidos ya en el Pasado, pueden ejercer influencia en el golpe que sólo existe en el Futuro. La probabilidad para obtener el seis parece ser precisamente la que era en cualquier momento; es decir, sometida únicamente a la influencia de los diversos golpes que pueden volcar los dados. Tan perfectamente evidente parece tal reflexión, que todo esfuerzo para contrarrestarla se acoge más a menudo con una burlona sonrisa que con una condescendencia cortés. El error en cuestión, craso error; fuente, en ocasiones, de daños, no puede ser criticado dentro de los límites de que dispongo aquí, y los filósofos no lo necesi-

E D G A R P O E

tan. Basta decir que ese error forma parte de una serie infinita de sorpresas con las que la Razón tropieza a lo largo de su camino, por su funesta propensión a buscar la verdad *en el detalle.*»

EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD

Al examinar las facultades e inclinaciones —móviles primordiales del alma humana—, los frenólogos se han olvidado de mencionar una tendencia que, aunque visiblemente existe como sentimiento primitivo, radical, irreductible, ha sido asimismo omitida por los moralistas que les precedieron. Ninguno, en la infatuación completa de la razón, nos hemos acordado de ella. Hemos consentido que su existencia escapase a nuestros ojos solamente por falta de creencia, de fe, fuera la fe en la revelación o en la cábala. Nunca se nos ha ocurrido pensar en ella, sencillamente a causa de su carácter supererogatorio. No hemos sentido la precisión de comprobar esta inclinación, esta tendencia. No podíamos concebir su necesidad. No podíamos adquirir la noción de este *primum mobile*, y aun cuando a la fuerza hubiese penetrado en nosotros, no habíamos podido comprender jamás qué papel representaba en la economía de las cosas humanas, temporales o eternas. No

puede negarse que la frenología y buena parte de las ciencias metafísicas han sido concebidas *a priori*. El hombre de la metafísica o de la lógica pretende, más bien que el de la inteligencia y la observación, comprender los designios de Dios, dictarle planes. Después de haber profundizado así a su satisfacción en las intenciones de Jehova, y con arreglo a ellas, ha edificado sus innumerables y caprichosos sistemas. En frenología, por ejemplo, hemos comenzado por establecer, por cierto bien naturalmente, que era designio de Dios el que el hombre comiera. Después asignamos al hombre un órgano de *alimentabilidad*, látigo con el cual obliga Dios al hombre a que, de grado o por fuerza, coma. En segundo lugar, ya decidido que por designio de Dios el hombre debía perpetuar su especie, nos apresuramos a descubrir un órgano de *amatividad*. Y así ocurrió con los de la *combatividad*, la *idealidad*, la *causalidad*, la *constructividad* y, en suma, todo órgano que representa una inclinación, un sentimiento moral o una facultad de pura inteligencia. En este arreglo de los principios de la acción humana los *spurzheimistas*, con razón o sin ella, no han hecho más que seguir en principio las huellas de sus predecesores; deduciendo y asentando cada cosa con arreglo al destino preconcebido del hombre y tomando por base las intenciones de su Creador.

EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD

Más prudente y más seguro hubiese sido fundar nuestra clasificación (ya que nos es absolutamente necesario clasificar) sobre los actos que el hombre ejecuta habitualmente y los que consume ocasionalmente, siempre ocasionalmente, mejor que sobre la hipótesis de que la Divinidad misma es la que le obliga a realizarlos. ¿Cómo, si no podemos comprender a Dios en sus obras visibles, le comprenderíamos en sus impenetrables pensamientos que dan vida a aquellas obras? Si no podemos concebirles en sus oraciones objetivas ¿cómo habremos de concebirle en sus modos incondicionales y en sus fases de creación?

La inducción *a posteriori* hubiera llevado a la frenología a admitir como principio primitivo e innato de la acción humana un no sé qué de paradójico que, a falta de término más característico, llamaremos *perversidad*. Esto, en el sentido que aquí le atribuimos, es, en realidad, un móvil sin motivo, un motivo inmotivado. Bajo su influjo obramos sin finalidad inteligible; o si esto apareciera como una contradicción en los términos, podemos modificar la proposición hasta decir que bajo su influjo obramos por la razón de que *no deberíamos hacerlo*. En teoría, no puede haber una razón más irrazonable pero de hecho, no hay otra más poderosa. Para ciertos espíritus, en condiciones determinadas, llega a ser absolutamente irresistible. Mi vida no es

para mí una cosa más cierta que esta proposición: la certidumbre del pecado o del error que implica un acto cualquiera es muy a menudo la única *fuersa* invencible que nos impulsa, y sola nos impulsa a ejecutarlo. Y esta tendencia obsesionante a hacer el mal por amor del mal no admitirá análisis alguno, resolución alguna, en elementos ulteriores. Es un movimiento radical, primitivo, elemental. Se dirá, supongo, que si persistimos en ciertos actos porque sabemos *que no deberíamos* persistir en ello, nuestra conducta no es más que una modificación de aquella que deriva generalmente de la *combatividad* frenológica. Pero una simple ojeada bastará para descubrir la falsedad de semejante idea. La combatividad frenológica tiene por causa de existencia la necesidad de la defensa personal. Es nuestra salvaguardia contra la injusticia. Su principio vela por nuestro bienestar, y así, al mismo tiempo que se desarrolla se exalta en nosotros el deseo del bienestar. De aquí resultaría que el deseo del bienestar debiera excitarse simultáneamente con todo principio que no fuera más que una modificación de la combatividad; pero en el caso de este no sé qué que llamo *perversidad*, no solamente no se despierta el deseo del bienestar, sino que aun aparece un sentimiento singularmente contradictorio. Todo hombre, llamado a su propio corazón, hallará, después de todo, la mejor respuesta al

EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD

sofisma de que se trata. Todo el que consulte lealmente e interroge con celo a su alma no se atreverá a negar la absoluta radicalidad de la tendencia en cuestión, tan característica como incomprensible. No hay hombre, por ejemplo, que en ciertos momentos no haya sentido un vivo deseo de atormentar con circunloquios al que le escucha. El que habla sabe de sobra que desagrada; tiene la mejor intención de agradar; habitualmente es breve, claro y preciso en sus razonamientos; de sus labios brota un lenguaje tan lacónico como luminoso; sólo, pues, con gran trabajo puede violentarlo: teme y conjura el mal humor de aquel a quien se dirige. Sin embargo, le asalta la idea de que podría despertar la cólera recurriendo a ciertos incisivos y parentesis. Este simple pensamiento basta. El impulso se convierte en veleidad, la veleidad crece y se trueca en deseo, el deseo degenera en necesidad irresistible y la necesidad se satisface, con gran pesar y mortificación del que habla y a despecho de todas las consecuencias.

Tenemos una tarea, una misión que cumplir, y hemos de llevarla a cabo rápidamente. Sabemos que el retraso es nuestra ruina. La crisis más importante de nuestra vida reclama con voz imperiosa la acción y enérgica inmediatas. La impaciencia de poner manos a la obra nos abrasa y consume; el saboreo anticipado del éxito inflama nuestra alma. Es preciso que emprendamos

la tarea hoy, y sin embargo, la diferimos para mañana. ¿Y por qué? No hay explicación, como no sea la de que sentimos que esto es *perverso*, sirvámonos de la palabra sin comprender el principio. Llega mañana y al mismo tiempo la ansiedad más impaciente de cumplir con nuestro deber; pero con ella llega también un deseo ardiente, anónimo, de demorar otra vez, deseo positivamente terrible, porque su naturaleza es impenetrable. Cuanto más huye el tiempo más fuerte es el deseo. Nos queda tan sólo una hora para la acción; esta hora es nuestra. Temblamos por la violencia del conflicto que se agita en nosotros de la batalla entre lo positivo y lo indefinido, entre la sustancia y la sombra. Pero si la lucha llega a tal extremo, la sombra se impone y nos debatimos en vano. El reloj suena, y su campana es el toque de agonía de nuestra felicidad, y, al mismo tiempo, para la sombra que nos ha aterrado tan largamente, el cántico despertador, la diana del gallo victorioso de los fantasmas. La sombra huye, desaparece, somos libres. La antigua energía renace. *Ahora* trabajaremos. ¡Ay! Es demasiado *tarde*.

Estamos al borde de un precipicio. Miramos el abismo: sentimos malestar y vértigo. Nuestro primer impulso es el de retroceder ante el peligro. Inexplicablemente no nos movemos de allí. Poco a poco el malestar, el vértigo y el horror se confunden en un sentimiento nebuloso.

so e indefinible. Gradualmente, insensiblemente, esta nube adquiere forma como el vapor de la botella de la que surgía el genio de *Las mil y una noches*. Pero de *nuestra* nube se levanta, al borde del precipicio, cada vez más palpable, una forma mil veces más terrible que cualquier genio, que cualquier demonio de las fábulas; y, sin embargo, no es sino un pensamiento, pero un pensamiento horrible, un pensamiento que hiela hasta la médula misma de nuestros huesos, inoculándoles las feroces delicias de su horror. Es, sencillamente, esta idea: ¿Cuáles serían nuestras sensaciones durante el transcurso de una caída desde tanta altura? Y por la simple razón de que tal caída—tal anonadamiento fulminante—implica la más espantosa, la más odiosa de cuantas imágenes odiosas y terribles de la muerte y del sufrimiento puede haber concebido nuestra mente, por esa simple razón la deseamos con mayor afán. Y porque nuestro raciocinio nos aleja violentamente del borde, *por lo mismo* nos acercamos a él más impetuosamente. No hay en la naturaleza pasión más diabólicamente impaciente que la del hombre que, temblando a la orilla de un precipicio, piensa arrojarle a él. Permitírsele, intentar, *pensarlo* sólo un instante, es perderse inevitablemente; porque la reflexión nos manda abstenernos de tal cosa; y *por ello mismo*, repito, *no nos es posible*. Si no hay allí un brazo

amigo para detenernos, o si somos incapaces de un esfuerzo repentino para retroceder lejos del abismo, nos arrojam, nos aniquilamos.

Examinemos estos actos y otros análogos y encontraremos que nacen únicamente del espíritu de *perversidad*. Los perpetramos sencillamente porque reconocemos que no los debíamos perpetrar. Ni en un caso ni en otro hay principio inteligible, y podríamos, ciertamente, considerar esta perversidad como una instigación directa del archidemonio, si no se hubiera reconocido que algunas veces contribuye a la realización del bien.

Si me he extendido tanto era para contestar en algún modo a vuestra pregunta, para explicaros por qué estoy aquí, para ofreceros algo que parezca una justificación cualquiera de los hierros que me oprimen y de la celda de condenado que ocupo. Si no hubiese sido tan prolijo, o no me habrían entendido del todo, o, como el vulgo, me hubiérais tomado por loco. Ahora comprenderéis fácilmente que soy una de las innumerables víctimas del demonio de la perversidad.

No es posible que haya sido maquinado un acto con más perfecta deliberación. Semanas, meses enteros pasé meditando en los medios del asesinato. Deseché mil planes porque la realización de cada uno implicaba una *probabilidad* de revelación. Al cabo, leyendo un día

EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD

unas memorias francesas encontré la historia de una enfermedad casi mortal que asaltó a madame Pilau por culpa de una bujía accidentalmente envenenada. La idea hirió bruscamente mi imaginación. Yo sabía que mi víctima tenía costumbre de leer en el lecho, así como que la habitación en que dormía era pequeña y mal ventilada. Pero no debo cansaros con pormenores ociosos. No os detallaré los ardides fáciles por medio de los cuales pude sustituir en la palmatoria de su alcoba la bujía existente con otra de mi composición. Por la mañana hallóse al hombre muerto en su lecho, y el veredicto del coroner (1) fué: *Muerto por visitación de Dios* (2).

Yo heredé su fortuna y todo marchó perfectamente durante varios años. Jamás pasó por mi espíritu la idea de una delación. Yo mismo había destruído los restos de la bujía fatal, y no dejé la menor sombra que pudiera servir para venderme o hacerme sospechoso del crimen. No es posible imaginar cuán honda y magnífica satisfacción dilataba mi pecho al pensar en mi completa seguridad. Durante mucho tiempo me habitué a deleitarme en este sentimiento el cual

(1) *Coroner*: Magistrado inglés encargado de realizar, con asistencia de un jurado, la oportuna información o sumario acerca de toda muerte violenta.—(N. del T.)

(2) Fórmula inglesa: muerte repentina. — (N. de Baudelaire.)

me proporcionaba un placer más positivo que todos cuantos beneficios puramente materiales obtuve de mi crimen. Pero, al fin, llegó una época a partir de la cual el sentimiento de placer fué transformándose, por una degradación casi imperceptible, en un pensamiento que no me abandonaba, rindiéndome. Me rendía porque no me abandonaba. Apenas podía librarme de él un solo instante. Ocurre muy a menudo que el oído se fatiga, o mejor, la memoria se obsesiona por una especie de tintín, por el estríbillo de una canción vulgar o por unos retazos insignificantes de ópera; y la tortura no cesará aunque la canción sea excelente o el trozo de la ópera amable. Del mismo modo, cuando yo concluía mis reflexiones sobre mi seguridad, repetíame siempre en voz baja esta frase: *¡Estoy libre!*

Un día, paseando sin rumbo por la calle, quedé sorprendido al ver que murmuraba, casi en alta voz, las sílabas de costumbre. En un acceso de petulancia las repetí dándolas esta nueva forma: *¡Estoy libre; estoy libre, si, siempre que no sea tan necio que yo mismo vaya a delatarme!*

Apenas concluí de pronunciar estas palabras cuando sentí que un frío glacial entraba en mi corazón. Yo había adquirido alguna experiencia acerca de estos arrebatos de perversidad (cuya rara índole he explicado no sin trabajo) y re-

EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD

cordaba muy bien que nunca supe resistir a sus victoriosos ataques. En aquel momento la sugestión fortuita, nacida de mí mismo —la de que yo podría ser lo bastante necio para confesar el asesinato que cometí—, aparecíase como la sombra misma del que yo había asesinado, y me llamaba hacia la muerte.

Al principio hice esfuerzos para ahuyentar aquella pesadilla de mi alma. Anduve vigorosamente, más deprisa, cada vez más deprisa, y concluí por echar a correr. Experimentaba un deseo embriagador de gritar con toda mi fuerza. Cada ola sucesiva de mi pensamiento me abrumaba con un nuevo terror; porque ¡ay! yo comprendía bien, demasiado bien, que, en mi situación, *pensar* era perderme. Aceleré aún más el paso y casi a saltos como un loco atravesé las calles, rebosantes de gente. Al fin, el populacho llegó a alarmarse y corrió siguiéndome. Sentí *entonces* la consumación de mi destino. Si hubiera podido arrancarme la lengua lo habría hecho, pero una voz ruda resonó en mis oídos y una mano más ruda todavía me sujetó por un hombro. Volvíme y abrí la boca para aspirar. Durante un momento conocí todas las agonías de la sofocación; quedéme ciego, sordo, ebrio; y entonces algún demonio invisible —pensé— me golpeó en la espalda con su ancha mano. El secreto, durante tanto tiempo aprisionado, se evadió de mi alma.

Dicen que hablé, que me expresé harto claramente, mas con chocante energía y ardiente precipitación, como si temiera ser interrogado antes de haber pronunciado las frases breves pero de enorme importancia que me entregaban al verdugo y al infierno.

Una vez revelado todo lo preciso para la plena convicción de la justicia, caí consternado, desvanecido. Pero, ¿a qué decir más? ¡Hoy arrastro estas cadenas y estoy *aquí!* ¡Mañana estaré libre! *Mas ¿dónde?*

EL GATO NEGRO

No espero ni quiero que se dé crédito a la historia más extraordinaria, y no obstante, más familiar, que voy a referir. Verdaderamente yo estaría loco si así lo creyera, tratándose de un caso en que mis mismos sentidos rechazan su propio testimonio. Sin embargo, no estoy loco, y, positivamente, no sueño. Pero puedo morir mañana, y hoy quisiera aliviar mi espíritu. Mi deseo inmediato es mostrar al mundo, clara, sucintamente y sin comentarios, una serie de sencillos acontecimientos domésticos, que por sus consecuencias me han aterrado, me han torturado, me han anonadado. A pesar de todo, no trataré de esclarecerlos. A mí casi no me han producido más que horror; a muchas personas les parecerán menos terribles que extravagantes. Acaso más tarde haya una inteligencia que reduzca mi fantasma al estado de lugar común; alguna inteligencia más serena, más lógica, y mucho menos excitable que la mía, que sólo encontrará en las circunstancias que relato con terror una sucesión corriente de causas y de efectos naturalísimos.

Desde mi infancia sorprendió la docilidad y humanidad de mi carácter. Mi ternura de corazón era incluso tan notable que había hecho de mí el juguete de mis camaradas. Sentía una verdadera pasión por los animales, y mis padres me permitieron poseer una gran variedad de favoritos. Yo pasaba con ellos casi todo el tiempo y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o los acariciaba. Esta particularidad de mi carácter aumentó con los años, y, cuando llegué a hombre, hice de ella una de mis principales fuentes de gozo. Los que han profesado afecto a un perro fiel y sagaz, no necesitan que se les explique la naturaleza o la intensidad de los goces que ello puede producir. Hay en el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo algo que llega directamente al corazón del que ha tenido frecuentemente ocasión de comprobar la amistad mezquina y la fidelidad frágil del *hombre natural*.

Me casé joven, y tuve la fortuna de descubrir en mi mujer una disposición simpática a la mía. Observando mi gusto por estos favoritos domésticos, no perdió ocasión alguna de proporcionármelos de la especie más agradable. Tuvíamos pájaros, un pez dorado, un hermoso perro, conejos, un mono chiquitín y un gato.

Este último era un animal muy robusto y bello, completamente negro y de maravillosa sa-

E L G A T O N E G R O

gacidad. Hablando de su inteligencia, mi mujer, que en el fondo era algo supersticiosa, hacía frecuentes alusiones a la antigua creencia popular, que tomaba a todos los gatos negros por brujas disfrazadas. Ello no quiere decir que hablase siempre en serio sobre este punto, y si lo consigno es sencillamente porque ahora se me viene a la memoria. «Plutón»—así se llamaba el gato—era mi preferido, mi camarada. Sólo yo le daba de comer y él me seguía por la casa adonde quiera que fuese. Incluso me costaba trabajo llegar a impedirle que me siguiese por las calles.

Nuestra amistad subsistió así algunos años, durante los cuales el conjunto de mi carácter y de mi temperamento, por obra del demonio de la intemperancia—me sonroja el confesarlo—, sufrió una alteración radicalmente funesta. De día en día fui volviéndome más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos.

Me permití emplear con mi mujer un lenguaje brutal, y, a la larga, llegué a infligirla incluso violencias personales. Mis pobres favoritos, naturalmente, debieron notar el cambio de mi carácter. No solamente no hacía caso de ellos, sino que los maltrataba. En cuanto a *Plutón* no obstante, aún me merecía la consideración suficiente para no pegarle; en cambio, no sentía escrúpulo alguno en maltratar a los co-

nejos, al mono y hasta al perro, cuando por azar o por cariño se cruzaba en mi camino. Pero mi mal iba secuestrándome, porque ¿qué mal puede compararse con el alcohol? Y andando el tiempo, Plutón mismo, que envejecía y, naturalmente, se iba haciendo un poco huraño, comenzó a conocer los efectos de mi perverso carácter.

Una noche, al regresar a casa muy borracho, de vuelta de uno de mis habituales escondrijos del barrio, creí que el gato eludía mi presencia. Lo cogí, pero él, espantado de mi violencia, me hizo en la mano con sus dientes una ligera herida. Repentinamente se apoderó de mí un furor demoníaco. Dejé de conocerme; mi alma original pareció abandonar de pronto mi cuerpo, y una ruindad superdiabólica, saturada de ginebra, se infiltró en cada fibra de mi ser. Saqué del bolsillo del chaleco un cortaplumas, lo abrí, agarré el pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo... Enrojeczo, me abraso, me estremezco al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando, al amanecer, recuperé la razón; cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, experimenté un sentimiento mitad horror, mitad remordimiento, por el crimen de que me había hecho culpable; pero era, todo lo más, un débil y equívoco sentimiento, y el alma no sufrió sus acometidas. Torné a sumirme

en los excesos, y bien pronto ahogué en el vino todo recuerdo de mi acción.

Entretanto el gato curó lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es verdad, un aspecto horroroso; pero después, con el tiempo no pareció darse cuenta de ello. Iba y venía por la casa según su costumbre; mas como debí suponerlo, en cuanto veía que me acercaba a él huía atemorizado. Aún me quedaba lo bastante de mi antiguo corazón para que me afligiese aquella ostensible antipatía en una criatura que tanto me había querido en otra época. Pero este sentimiento no tardó en ceder su puesto a la irritación. Y entonces brotó, como para mi caída final e irrevocable, el espíritu de *perversidad*, espíritu del que la filosofía no se cuida ni poco ni mucho. Sin embargo, tan seguro como que existe mi alma, creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de las indivisibles primeras facultades o sentimientos que dan la dirección al carácter del hombre... ¿Quién no se ha sorprendido cien veces cometiendo una acción necia o vil, por la única razón de que le constaba que *no* debía cometerla? ¿No tenemos una perpetua inclinación, pese a la excelencia de nuestro juicio, a violar lo que es la *Ley*, simplemente porque comprendemos que es la *Ley*. Este espíritu de perversidad, digo, vino a producir mi ruina completa. El deseo ardiente, insondable

del alma de *atorméntarse a sí misma*, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor del mal, me impulsaba a proseguir y últimamente a consumir el suplicio que había infligido al inofensivo animal. Una mañana, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo alrededor de su cuello y lo ahorqué de una rama de un árbol; lo ahorqué, anegados en lágrimas mis ojos, con el remordimiento más amargo en el corazón; lo ahorqué *porque* yo sabía que él me había querido y *porque* reconocía que no medió motivo alguno para encolerizarme; lo ahorqué *porque* yo sabía que haciéndolo cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía mi alma inmortal, hasta el punto de colocarla, si tal cosa era posible, incluso lejos de la misericordia infinita del muy misericordioso y muy terrible Dios.

En la noche siguiente al día en que fué cometida tan cruel acción, despertóme del sueño el grito de ¡fuego! Las cortinas de mi lecho ardían. Toda la casa era una hoguera. No sin gran dificultad escapamos del incendio mi mujer, un criado y yo. La destrucción fué completa. Quedé arruinado y desde entonces me entregué a la desesperación.

No intento establecer una relación de causa a efecto entre la atrocidad y el desastre: estoy por encima de esta debilidad. Pero doy cuenta de una cadena de hechos, y no quiero omitir ni un solo eslabón. El día que siguió al incendio

visité las ruinas. Las paredes se habían derrumbado, excepto una, y esta sola excepción fué un tabique interior poco grueso, situado casi en la mitad de la casa y contra el cual daba la cabecera de mi lecho. La fábrica había allí en gran parte resistido a la acción del fuego, hecho que atribuí a que recientemente había sido renovada. Alrededor de aquella pared congregábase la multitud, y muchas personas parecían examinar una parte de ella con minuciosa y viva atención. Las palabras «¡análogas!», «¡extraño!», «¡singular!» y otras expresiones semejantes excitaron mi curiosidad. Me aproximé y vi, semejante a un bajo relieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un *gato* gigantesco. La imagen estaba copiada con exactitud verdaderamente maravillosa. Alrededor del cuello del animal veíase una cuerda.

Apenas vi esta aparición, porque yo no podía menos de considerar esto como una aparición, mi asombro y mi temor fueron extraordinarios. Pero, al fin, la reflexión vino en mi ayuda. El gato —yo lo recordaba— había sido ahorcado en un jardín adyacente a la casa. A los gritos de alarma el jardín fué inmediatamente invadido por la muchedumbre y el animal debió haber sido descolgado del árbol por alguien y arrojado a mi cuarto por una ventana abierta. Indudablemente, esto se hizo con el fin de despertarme. La caída de las demás paredes había comprimi-

do a la víctima de mi crueldad en la sustancia del yeso recientemente extendido; la cal del muro, combinada con las llamas y el amoníaco del cadáver, produjo la imagen tal cual yo la veía.

Aunque así satisface prontamente a mi razón, ya que no por completo a mi conciencia, en cuanto al sorprendente suceso que acabo de referir, no dejó de grabar en mi imaginación una huella profunda. Durante varios meses no pude desembarazarme del fantasma del gato, y en todo este periodo de tiempo nació en mi alma un semisentimiento que se parecía, aunque no lo era, al remordimiento. Llegué hasta a lamentar la pérdida de la bestezuela y a buscar en torno mío, en los tugurios miserables que a la sazón frecuentaba habitualmente, otro favorito de la misma especie y de facciones parecidas que le supliera.

Una noche, hallándome sentado medio aturdido, en un figón más que infame, atrajo repentinamente mi atención un objeto negro que yacía en lo alto de uno de los inmensos toneles de ginebra o rom que componían el principal moblaje de la sala. Desde hacía algunos momentos miraba hacia lo alto del tonel y lo que me sorprendía era no haber advertido el objeto colocado encima. Acerquéme a él, tocándole con la mano. Era un gato negro; un gato enorme; por lo menos tan gordo como *Plutón*, al

E L G A T O N E G R O

que se parecía absolutamente, excepto en un detalle: *Plutón* no tenía ni un pelo blanco en todo el cuerpo; éste lucía un rasguño ancho y blanco, pero de forma indecisa, que le cubría casi toda la región del pecho.

Apenas le hube tocado se levantó de súbito ronroneando sonoramente, restregóse contra mi mano y pareció satisfecho de mi atención. Era, pues, el verdadero animal que yo buscaba. Me apresuré a proponer su adquisición al dueño, pero éste no se interesó por el animal: no le conocía ni le había visto nunca hasta entonces.

Continué mis caricias, y cuando me disponía a volver a mi casa, el animal se mostró dispuesto a acompañarme. Permitíselo, e inclinándome de vez en cuando, fui acariciándole mientras caminaba.

Cuando llegó a mi casa se encontró como en la suya y llegó a ser en seguida el mejor amigo de mi mujer.

Por mi parte, no tardó en engendrarse en mí una antipatía contra él. Era precisamente lo contrario de lo que yo había esperado; pero—no sé ni cómo ni por qué sucedió esto—su evidente ternura me enojaba y casi me fatigaba. Poco a poco estos sentimientos de disgusto y fastidio ascendieron hasta a la amargura del odio. Yo esquivaba su presencia; una especie de sensación de vergüenza y el recuerdo de mi primer acto de crueldad me impidieron maltratarle. Du-

rante algunas semanas me abstuve de pegar al gato o de tratarle violentamente; pero de un modo gradual, insensible, llegué a sentir por él indecible horror y a eludir silenciosamente su odiosa presencia como si huyera de la peste.

Lo que aumentó, sin duda, mi odio contra el animal fué el descubrimiento que hice por la mañana, después de haberlo traído a casa, de que, como *Plutón*, él también había sido privado de uno de sus ojos. Semejante circunstancia, empero, contribuyó a hacerle más grato a mi mujer, que, como ya he dicho, poseía en alto grado la ternura de sentimiento que antaño fué mi rasgo característico y el manantial frecuente de mis placeres más sencillos y puros.

Sin embargo, el cariño del gato para conmigo parecía acrecentarse en razón directa de mi aversión contra él. Seguía mis pasos con una tenacidad que sería difícil hacer comprender al lector. Siempre que yo me sentaba, él acurrucábase bajo mi silla o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome con sus caricias horrorosas. Si me levantaba para andar, él se metía entre mis piernas y casi me derribaba a tierra, o bien, clavando sus largas y agudas garras en mis ropas, trepaba de esta manera hasta mi pecho. En aquellos momentos, aunque yo deseara matarle de un golpe, me lo impedía, en parte, el recuerdo de mi primer crimen y principalmente

E L G A T O N E G R O

—debo apresurarme a confesarlo— el verdadero terror del animal.

Este terror no era positivamente el terror de un mal físico, y, sin embargo, me sería muy difícil definirlo de otra manera. Casi me avergüenza confesarlo, sí; aun en esta celda de malhecho, casi me avergüenza el confesar que el terror y el horror que me inspiraban el animal habían aumentado a causa de una de las quimeras más perfectas que es posible concebir. Mi mujer había llamado mi atención no pocas veces sobre el carácter de la mancha blanca de que he hablado y que constituía la única diferencia visible entre el animal extraño y el que yo maté. El lector recordará, sin duda, que esta marca, aunque grande, era primitivamente de forma indefinida; pero lentamente, por grados —por grados imperceptibles, y que mi razón se esforzó largo tiempo en considerar como imaginarios—, había acabado por adquirir una rigurosa nitidez de contorno. A la sazón, era la imagen de un objeto que me hace temblar al nombrarlo: era lo que, sobre todo me hacía mirarle como monstruo de horror y repugnancia, y lo que me habría impulsado a librarme de él *si me hubiera atrevido* era ahora, digo, la imagen de una abominable, de una siniestra cosa: ¡la imagen de la horca! ¡Oh, lúgubre y terrible máquina, máquina de horror y de crimen, de agonía y de muerte!

Y entonces yo era, en verdad, un miserable, más allá de la miseria posible de la humanidad. ¡Una bestia bruta—cuyo hermano aniquilé con desprecio—, *una bestia bruta* engendraba en mí—en mí, hombre formado a la imagen del Dios Altísimo—, un tan grande e intolerable infortunio! ¡Ay! Yo ya no conocía la beatitud del reposo ni de día ni de noche! Durante el día el animal no me dejaba solo ni un instante, y por la noche, a cada momento, cuando salía de mis sueños llenos de angustia indefinible, era para sentir el tibio aliento de la *cosa* sobre mi rostro y su inmenso peso, encarnación de una pesadilla que yo no podía ahuyentar, eternamente posada en mi corazón.

Bajo la presión de tales tormentos lo poco de bueno que quedaba en mí sucumbió. Pensamientos infames vinieron a ser mis íntimos; los más sombríos y más infames de todos los pensamientos. La tristeza de mi humor habitual acrecentó hasta aborrecer a todas las cosas y a la humanidad entera; sin embargo, mi mujer, que no se quejaba nunca, ¡ay, era mi paño de lágrimas ordinario, la víctima más paciente de las repentinas, frecuentes e indomables erupciones de una furia a la que ciegamente me abandoné desde entonces.

Un día me acompañó, para un quehacer doméstico, al sótano de un viejo edificio donde nuestra pobreza nos obligaba a vivir. El gato

me seguía por los agudos peldaños de la escalera, y habiéndome hecho tropezar de cabeza, me exasperó hasta la locura. Requiriendo un hacha y olvidando en mi ira el temor pueril que hasta entonces había detenido mi mano, dirigí al animal un golpe que hubiera sido mortal si le hubiera alcanzado, como quería; pero el golpe fué detenido por la mano de mi mujer. Esta intervención me produjo una rabia más que diabólica: desembaracé mi brazo del obstáculo y le hundi el hacha en el cráneo. Mi mujer cayó muerta instantáneamente, sin exhalar un gemido.

Realizado tan horrible asesinato, me puse inmediata y resueltamente a tratar de esconder el cuerpo. Comprendí que no podía hacerlo desaparecer de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el peligro de que me observasen los vecinos. Varios proyectos asaltaron mi mente. Por un momento pensé en dividir el cadáver en pedazos pequeños y arrojarlos al fuego. Después resolví cavar una fosa en el piso de la cueva. Luego pensé arrojarlo al pozo del patio; luego embalarlo en un cajón, como una mercancía, en la forma de costumbre, y encargar a un mandadero que se lo llevase de casa. Por último, me detuve ante un expediente que consideré el mejor de todos. Determiné emparedarlo en el sótano, como dicese que los monjes de la Edad Media hacían con sus víctimas. La cueva pa-

recía hecha a propósito para semejante desig-
nio. Los muros estaban contruidos descuida-
damente y hacía poco habían sido cubiertos, en
toda su extensión, de una gruesa capa de yeso
que la humedad no dejó endurecer. Además, en
uno de los muros había un saliente, producido
por una chimenea postiza o especie de hogar,
que quedó tapado y arreglado de la misma ma-
nera que el resto del sótano. No dudé que me
sería fácil quitar los ladrillos de aquel sitio, in-
troducir allí el cadáver y emparedarlo del mis-
mo modo, de suerte que ninguna mirada pudie-
ra descubrir nada sospechoso.

Y no me engañó mi cálculo. Con auxilio de
una palanca quité sin la menor dificultad los la-
drillos, y habiendo aplicado cuidadosamente el
cuerpo contra el muro interior, lo sostuve en
esta postura hasta que pudiera restablecer, sin
gran trabajo, toda la fábrica en su estado pri-
mitivo. Habiéndome procurado una argama-
sa de cal y arena con todas las precauciones
imaginables, preparé una capa que no podía
distinguirse de la antigua y cubrí con ella escru-
pulosamente el nuevo tabique. Cuando acabé vi
que todo quedaba a maravilla. El muro no pre-
sentaba la más ligera señal de arreglo. Recogí
todos los escombros con el mayor cuidado y ba-
rrí el suelo. Miré triunfalmente en torno mío y
me dije: «Aquí, por lo menos, mi trabajo no ha
sido infructuoso.»

Mi primer pensamiento fué buscar al animal que había sido causa de desgracia tan grande, porque, al fin, había resuelto darle muerte. Si hubiera podido encontrarle en aquel momento, su destino era inevitable; pero parecía que el artificioso animal se había alarmado ante la violencia de mi reciente cólera y tenía cuidado de no presentarse, desafiando mi mal humor. Es imposible describir o imaginar la profunda, la apacible sensación de alivio que la ausencia de la detestable criatura trajo a mi corazón. No se presentó en toda la noche, y así fué la primera que gocé desde su entrada en la casa, y dormí tranquila y profundamente; sí, *dormí* con el peso de aquel asesinato sobre el alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día, y, sin embargo, mi verdugo no vino. Una vez más respiré como un hombre libre. ¡El monstruo, en su terror, había abandonado para siempre aquellos lugares! ¡Ya no volvería a verle! Mi dicha era suprema. La criminalidad de mi tenebrosa acción me inquietaba muy poco. Incoóse una especie de sumario, el cual apuró poco las averiguaciones. También se dispuso un reconocimiento; pero, naturalmente, no podía descubrirse nada. Yo daba por asegurada mi felicidad futura.

Al cuarto día de cometido el asesinato, un tropel de agentes de policía se presentó inopinadamente en la casa y procedió de nuevo a

una rigurosa investigación del local. Confiado, no obstante, en la impenetrabilidad del escondrijo, no experimenté turbación alguna. Los agentes me hicieron acompañarles en sus pesquisas. Exploraron hasta el último rincón. Al fin, por tercera o cuarta vez, bajaron a la cueva. No me alteré lo más mínimo. Mi corazón palpitaba pacíficamente como el de un hombre que duerme en la inocencia. Recorrí de extremo a extremo el sótano, crucé los brazos sobre el pecho y me paseé indiferente de un lado a otro. La policía, plenamente satisfecha, se disponía a salir de allí. El júbilo de mi corazón era demasiado intenso para reprimirlo. Me abrasaba el deseo de decir una palabra, una palabra nada más, a modo de triunfo, y hacer dos veces evidente su convicción respecto de mi inocencia.

—Señores —dije al fin, cuando aquella gente subía la escalera—, me complace haber desvanecido sus sospechas. A todos ustedes les deseo buena salud y un poco más de cortesía. Y, dicho sea de paso, señores, aquí tienen una casa bien construída de veras (en mi rabioso deseo de decir alguna cosa con aire deliberado, apenas sabía lo que hablaba); puedo asegurar que esta es una casa *admirablemente* construída. Estos muros... ¿Se marchan ustedes, señores? Estos muros están fabricados con gran solidez.

Y entonces, por una baladronada frenética, golpeé fuertemente con un bastón que tenía en la mano precisamente sobre la pared del tabique detrás del cual yacía el cadáver de la esposa de mi corazón.

¡Ah, que por lo menos me proteja Dios y me libre de las garras del Archidemonio! Apenas el eco de mis golpes se hundió en el silencio, cuando una voz me respondió desde el fondo de la tumba: una queja, primero, velada y entrecortada como el sollozo de un niño; luego en seguida, hinchada en un grito prolongado, sonoro y continuo, completamente anormal y antihumano, un alarido, un aullido mitad horror, mitad triunfo, como puede brotar solamente del infierno; horrible armonía que surgiera a la vez de las gargantas de los condenados en sus torturas y de los demonios holgándose en la condenación.

Expresaros mis pensamientos sería una locura. Me sentí desfallecer y caí tambaleando contra el muro opuesto. Durante un momento, los agentes detuviéronse en los escalones, atónitos de terror; un instante después una docena de brazos robustos trajinaban en la pared, que cayó a tierra de un golpe. El cadáver, ya muy desfigurado y cubierto de sangre coagulada, apareció rígido ante los ojos de los circunspectos.

Sobre su cabeza, con las rojas fauces dila-

E D G A R P O E

tadas y el ojo único llameante, posábase el odioso animal cuya astucia me indujo al asesinato y cuya voz reveladora me entregaba al verdugo. ¡Yo había emparedado al monstruo en la tumba!...



GUILLERMO WILSON

¿Qué dirá? ¿Qué dirá esa
conciencia horrible, ese espec-
tro que va por mi camino?

CHAMBERLAYNE (*Pharronida*).

Permitaseme, por el momento, que me llame Guillermo Wilson. La página virgen que tengo ante mí no debe mancharse con mi nombre verdadero, nombre que continuamente no ha sido más que motivo de vergüenza y de horror, abominación para mi familia. ¿Es que los vientos indignados no han esparcido hasta las regiones más lejanas del globo su infamia incomparable? ¡Oh, de todos los proscriptos, el proscrito más abandonado! ¿No has muerto para siempre en este mundo, renunciando a sus pompas, a sus flores, a sus aspiraciones doradas? ¿Y no se ha suspendido eternamente entre tus esperanzas y el cielo una nube espesa, lúgubre, sin límites?

Yo no quería, aunque lo pudiese, encerrar hoy en estas páginas el recuerdo de mis últimos años de inefable miseria y de irremisible crimen. Este período reciente de mi existencia ha llegado repentinamente a una altura de ignominia cuyo origen quiero sencillamente determinar. Por

ahora no persigo otro fin. Los hombres, en general, van haciéndose viles por grados. Pero en mí toda virtud se me desprendió en un minuto, de golpe, como un manto.

De una perversidad relativamente ordinaria he pasado, de una zancada de gigante, a enormidades más que heliogabalescas. Permitidme referir de corrido qué azar, qué único accidente ha acarreado esta maldición. La muerte se acerca y la sombra que la precede ha arrojado una influencia sedante en mi corazón. Suspiro, atravesando el sombrío valle, tras la simpatía—iba a decir la piedad—de mis semejantes. Quisiera persuadirles de que he sido, en cierto modo, el esclavo de circunstancias que desafían toda investigación humana. Desearía que descubriesen en mí, según los detalles que voy a darles, algún pequeño oasis de fatalidad en un Sahara de error. Quisiera que me otorgasen—lo que no pueden negarse a otorgar—que, aunque este mundo haya conocido grandes tentaciones, nunca el hombre ha sido hasta aquí tentado de este modo, y ciertamente, nunca ha sucumbido de este modo. ¿Es por esto, pues, por lo que no ha conocido nunca sufrimientos iguales? ¿En verdad no he vivido soñando? ¿Es que no muero víctima del horror y del misterio de las más extrañas de todas las visiones sublunares?

Soy descendiente de una raza que se ha distinguido en todo tiempo por un temperamento

imaginativo y fácilmente excitable y mi primera infancia demostró que heredé plenamente el carácter de familia. Cuando tuve más años, este carácter se dibujó más enérgicamente y llegó a ser, por mil razones, motivo de seria inquietud para mis amigos y de perjuicio indudable para mí mismo. Me hice voluntarioso propenso a los caprichos más selváticos; fui presa de las más indomables pasiones. Mis padres, de espíritu apocado, y a quienes atormentaban defectos constitucionales de la misma naturaleza, no podían hacer gran cosa para contener las innobles tendencias que me distinguían. Hicieron por su parte, algunas tentativas débiles, mal dirigidas, que fracasaron en absoluto y que se trocaron para mí en un triunfo completo. A partir de aquel instante, mi voz fué ley doméstica, y a la edad en que pocos niños han dejado los andadores quedé abandonado a mi albedrío y convertirme en dueño de todas mis acciones, excepto de nombre.

Mis primeras impresiones de la vida de escolar van unidas a una inmensa y extravagante casa del tiempo de Isabel, en un sombrío pueblo de Inglaterra, rodeado de numerosos árboles gigantescos y nudosos, y en donde todas las casas eran excesivamente vetustas. En verdad, era aquel un sitio semejante a un sueño y como a propósito para encantar el espíritu. En este mismo instante siento en mi imaginación el

temblor refrescante de sus avenidas profundamente sombrosas; aspiro la emanación de sus mil espesuras y me estremezco aun, con indefinible voluptuosidad, ante la profunda y sorda voz de la campana, que desgarrar, a cada hora con su estruendo brusco y moroso la quietud de la atmósfera oscurecida, en la cual se anegaba y adormecía el campanario gótico todo dentado.

Tal vez encuentro tanto placer como me es dado experimentar ahora, deteniéndome en estos minuciosos recuerdos de la escuela y de sus desvaríos. Hundido en la desventura—desventura, ¡ay!, harto real—, permídeseme que busque un consuelo, bien liviano y breve, en estos pueriles y divagadores detalles. Además, aunque absolutamente vulgares y risibles en sí mismos, adquieren en mi imaginación una importancia circunstancial, a causa de su íntima conexión con los lugares y la época en que ahora distingo las primeras advertencias ambiguas del destino, que desde entonces me ha envuelto tan profundamente en su sombra. Dejádme, pues, recordar.

Como he dicho, el edificio era vetusto e irregular. Los terrenos, extensos, circundábalos un alto y sólido muro de ladrillos, rematado por una capa de yeso y trozos de cristal.

Esta muralla, digna de una prisión, constituía el límite de nuestro dominio; nuestras miradas

no lo traspasaban más que tres veces por semana: una todos los sábados, por la tarde, cuando, acompañados de dos inspectores, se nos permitía dar cortos paseos en comunidad por la campiña vecina, y dos veces el domingo, cuando íbamos con la regularidad de las tropas en la parada a asistir a los oficios religiosos de la tarde y de la mañana en la única iglesia del pueblo. El director de nuestro colegio era pastor de ella. ¡Con cuán profundo sentimiento de admiración y de perplejidad me acostumbé a contemplarle desde nuestro banco relegado en la tribuna, cuando subía al púlpito con paso solemne y lento! Aquel personaje venerable, con su rostro tan modesto y tan benigno, con su vestido tan lustroso y tan clericalmente ondulante, con su deluca tan minuciosamente empolvada, tan tiesa y tan amplia, ¿podía ser el mismo hombre que minutos antes, con el rostro adusto y el traje manchado de tabaco, hacía ejecutar, férula en mano, las leyes draconianas de la escuela? ¡Oh, gigantesca paradoja, cuya monstruosidad excluye toda solución!

En un ángulo del macizo muro rechinaba una puerta más maciza aún, cerrada sólidamente, guarnecida de cerrojos y coronada con un matorral de hierros dentados. ¡Cuán profundas sensaciones de temor inspiraba! Nunca se abría más que para las tres salidas y entradas periódicas de que he hablado, y entonces, en cada

gemido de sus poderosos goznes, encontrábamos una plenitud de misterio: todo un mundo de observaciones solemnes o de meditaciones más solemnes aún.

El vasto recinto era de forma irregular y dividido en muchas partes, tres o cuatro de las cuales, las mayores, constituían el patio de recreos. El piso, llano, hallábase cubierto de arena menuda y áspera. Recuerdo bien que allí no había ni árboles, ni bancos, ni cosa que se le pareciese. Naturalmente estaba situado detrás del edificio. Frente a la fachada extendíase un pterre pequeño plantado de boj y otros arbustos; pero en aquel oasis sagrado penetrábamos muy raras ocasiones: al entrar por primera vez en el colegio o al salir de él la última, o acaso cuando habiéndonos llamado un amigo o un pariente, emprendíamos alegremente el camino de la casa paterna, en las vacaciones de Navidad o de San Juan.

Pero la casa, ¿qué curiosa obra arcaica y, para mí, qué verdadero palacio encantado! No se acababa realmente de recorrerla, con sus escondrijos y sus incomprensibles subdivisiones. Era difícil, en cualquier momento dado, decir con certeza si se encontraba uno en el primero o en el segundo piso. De una habitación a otra se estaba siempre seguro de encontrar tres o cuatro escalones que subir o que bajar. Después las subdivisiones laterales eran innumerables,

inconcebibles, volviendo y tornando a volver tan bien sobre sí mismas, que nuestras ideas más exactas, en cuanto al conjunto del edificio, no eran muy distintas de aquellas al través de las cuales escrutamos lo infinito. Durante los cinco años de mi residencia no fui capaz nunca de determinar con precisión en qué lugar lejano estaba situado el pequeño dormitorio que me había sido señalado en compañía de otros diez y ocho o veinte escolares.

La sala de estudio era la más espaciosa de toda la casa y aun del mundo entero; por lo menos yo no podía dejar de considerarla así. Era muy larga, muy estrecha y lúgubramente baja, con ventanas en ojiva y artesonado de roble. En un ángulo distante, de donde emanaba el terror, había un recinto cuadrado de ocho o diez pies, representando el *sanctum* de nuestro director, el reverendo doctor Bransby, durante las horas de estudio. Era una sólida construcción, con una maciza puerta, antes que abrirla en ausencia del *Domine*, todos hubiéramos preferido morir. En otros dos ángulos había sendas camaretas análogas, objetos de una veneración mucho menor, es cierto, pero, sin embargo, de un terror bastante considerable: una, la cátedra del maestro de humanidades; la otra, del profesor de inglés y matemáticas. Diseminados por la sala, innumerables bancos y pupitres, espantosamente cargados de libros man-

chados por los dedos, cruzábanse en irregularidad sin fin: negros, viejos, carcomidos por el tiempo y tan bien cicatrizados de letras iniciales, de nombres enteros, de figuras grotescas y otras muchas obras maestras del cortaplumas, que habían perdido completamente lo poco de forma original que se les concedió en días remotos. En un extremo de la sala había un enorme cántaro lleno de agua y en el otro un reloj de tamaño prodigioso.

Confinado entre los macizos muros de aquella venerable escuela, pasé sin fastidio y sin enojo los años del tercer lustro de mi vida. La fecunda imaginación de la infancia no exige un mundo exterior de incidentes para entretenerse o divertirse, y la monotonía, en apariencia lúgubre, de la escuela, abundaba en excitaciones más intensas que todas las que mi juventud más madura ha pedido a la voluptuosidad o mis años víriles al deleite. A pesar de todo, debo creer que mi primer desarrollo intelectual fué, en gran parte, poco ordinario y aun desarreglado. En general, los sucesos de la vida infantil no dejan sobre la humanidad, llegada a la edad madura, una impresión bien definida. Todo es sombra gris, débil e irregular recuerdo, investigación confusa de livianos placeres y de aflicciones fantasmagóricas. Conmigo no sucedió así. Preciso es que haya sentido en mi infancia, con la energía del hombre ya formado,

todo esto que encuentro hoy grabado en mi memoria con trazos tan vivos, tan profundos y tan duraderos como los exergos de las medallas cartaginesas.

Y, no obstante, lo cierto es que, desde el punto de vista ordinario, había allí pocas cosas dignas de recordarse. El despertar, la orden de acostarse, las lecciones que aprender, las recitaciones, las semivacaciones periódicas y los paseos, el patio de recreo con sus disputas, sus pasatiempos, sus intrigas—todo esto por una magia psíquica disipada—, contenía en sí un desbordamiento de sensaciones, un mundo rico en incidentes, un universo de emociones variadas y de excitaciones de las más apasionadas y embriagadoras. *¡Oh! ¡Qué buena época la del siglo de hierro!*

En realidad, mi naturaleza ardiente, entusiasta, impetuosa, no tardó en hacer de mí un carácter predominante entre mis camaradas, y poco a poco, con la mayor naturalidad, me dió un ascendiente sobre todos los que no eran mayores que yo, sobre todos excepto uno. Era un alumno que, sin tener ningún parentesco conmigo, llevaba el mismo nombre de pila y el mismo apellido, circunstancia poco notable en sí, porque el mío, no obstante la nobleza de mi origen era uno de esos apellidos vulgares que parecen haber sido, desde tiempo inmemorial, por derecho de prescripción, la propiedad co-

mún del vulgo. En este relato me he dado el nombre de Guillermo Wilson, nombre ficticio que no se diferencia mucho del verdadero. Sólo mi homónimo, entre los que, según el lenguaje del colegio, componían nuestra *clase*, se atrevía a rivalizar conmigo en los estudios de la escuela, en los juegos y en las disputas del recreo; a negar un crédito sin límites a mis asertos y una completa sumisión a mi voluntad; en suma, a contrariar mi dictadura en todos los casos posibles. Si alguna vez hubo en la tierra un despotismo supremo y sin reserva, es el de un niño de talento sobre las almas menos enérgicas de sus camaradas.

La rebeldía de Wilson era para mí fuente de la mayor perplejidad, tanto más cuanto que, a despecho de la petulancia con que me juzgué obligado a tratarle públicamente, a él y a sus pretensiones, sentía en el fondo que le temía y no me era posible abstenerme de considerar la igualdad que tan fácilmente mantenía respecto de mí, como prueba de verdadera superioridad, ya que me costaba no pocos esfuerzos el no ser dominado. Sin embargo, esta superioridad, o mejor dicho esta igualdad, no la reconocía nadie más que yo solo, mis camaradas, por una ceguera inexplicable, no parecían ni siquiera adivinarla. Y verdaderamente, su rivalidad, su resistencia, y, sobre todo, su impertinente y adusta intervención en todos mis designios, no

traspasaban el límite de una intención privada. Parecía, asimismo, desprovisto de la ambición que me inducía a dominar y de la energía apasionada que me suministraba los medios para ello. Habíasele podido creer, en nuestra rivalidad, impulsado únicamente por un deseo fantástico de contrarrestarme, de sorprenderme, de mortificarme; bien que no faltaran casos en que yo no podía por menos de advertir, con una noción confusa de aturdimiento, de humillación y de cólera, que mezclaba a sus ultrajes, a sus impertinencias y a sus contradicciones, ciertos aires de afecto de los más intempestivos, y, seguramente, de los más desagradables del mundo. Yo no podía darme cuenta de tan extraña conducta sino suponiéndola fruto de una perfecta suficiencia que se permitía el tono vulgar del patronato y de la protección.

Quizás fuera este último rasgo, en la conducta de Wilson, el que, unido a nuestra homonimia y al hecho puramente accidental de nuestro ingreso simultáneo en la escuela, difundió entre nuestros condiscípulos de las clases superiores la idea de que éramos hermanos. Habitualmente los mayores no se informan con mucha exactitud de los negocios de los más jóvenes. Ya he dicho, o he debido decir, que Wilson no guardaba, ni aún en el grado más lejano, parentesco alguno con mi familia. Pero, seguramente, si hubiéramos sido hermanos, habríamos sido ge-

melos; porque, después de haber abandonado la casa del doctor Bramy, supe por casualidad que mi homónimo había nacido el 19 de Enero de 1813, lo cual es una coincidencia bastante curiosa, ya que ese día es precisamente el de mis cumpleaños.

Puede parecer raro que a despecho de la continua ansiedad que me producía la rivalidad de Wilson y su insoportable espíritu de contradicción, yo no me viera en el trance de odiarle mortalmente. No pasaba día sin que tuviéramos una disputa, en la cual, concediéndome él la palma de la victoria, cuidaba, en cierto modo, de hacerme comprender que era él quien la había merecido; sin embargo, un sentimiento de orgullo por mi parte, y por la suya una verdadera dignidad, nos mantenía siempre en los términos de estricta conveniencia, a la vez que existían puntos bastantes copiosos de conformidad en nuestros caracteres para despertar en mí un sentimiento que sólo, acaso, nuestra respectiva situación impedía que granase en amistad.

Realmente me es difícil definir o aun detallar mis verdaderos sentimientos acerca de él; formaban una amalgama abigarrada y heterogénea, una animosidad petulante que no llegaba al aborrecimiento, estimación, algo más de respeto, mucho temor y una inmensa e inquieta curiosidad. Ocioso es añadir para el moralista

que Wilson y yo éramos los camaradas más inseparables.

La anomalía y ambigüedad de nuestras relaciones vaciaron todos mis ataques contra él — y francos o disimulados, eran numerosos —, en el molde de la ironía y del ataque (la bufonería no abre excelentes heridas) antes que en una hostilidad más seria y terminante. Pero mis esfuerzos sobre este punto no obtenían por lo regular un triunfo perfecto aun cuando mis planes estaban lo más ingeniosamente maquinados; porque el carácter de mi homónimo tenía mucho de esa austeridad llena de reserva y de calma, que aun gozando con la mordeçura de sus propias burlas, no muestra jamás el talón de Aquiles y se libra absolutamente del ridículo. Yo no podía hallar en él más que un solo punto vulnerable, el cual consistía en un detalle físico que, proviniendo tal vez de una dolencia constitucional, hubiera sido tolerado por cualquier antagonista menos encarnizado en sus fines que yo; mi adversario, por debilidades del aparato bucal, no podía nunca elevar la voz y la *emitía como un cuchicheo*. Yo no dejaba de sacar de esta imperfección todas las pobres ventajas que me eran posibles.

Las represalias de Wilson eran de diversa índole, y, en especial, empleaba un género de malicia que me alteraba sobre toda ponderación. Cómo tuvo al principio la sagacidad de

descubrir que una cosa tan ínfima podía vejarme, es una cuestión que no he podido nunca aclarar; pero en cuanto descubrió la tortura, la aplicó obstinadamente. A mí me produjo siempre aversión mi malaventurado apellido tan inelegante y mi nombre tan trivial, si no en absoluto plebeyo. Estas sílabas eran un veneno para mis oídos; y cuando, el mismo día de mi ingreso, se presentó un segundo Guillermo Wilson en el colegio, le detesté por llamarse así, y me desagradó doblemente el nombre porque un extraño lo llevaba —un extraño que sería causa de que lo oyese pronunciar dos veces con mayor frecuencia—, que estaría constantemente delante de mí y cuyos asuntos, en el trajín ordinario de las cosas del colegio, serían muy a menudo e inevitablemente, por razón de tan detestable coincidencia, confundidos con los míos.

El sentimiento de irritación engendrado por este accidente vino a ser más vivo en toda circunstancia que tendía a poner de manifiesto la semejanza moral o física entre mi rival y yo. Yo no había descubierto aún esta notabilísima paridad en nuestras respectivas edades; pero veía que éramos de la misma estatura, y observaba que incluso había una singular semejanza en nuestra fisonomía general y en nuestros rasgos. Igualmente me exasperaba la opinión que corría sobre nuestro parentesco y que ge-

neralmente compartían las clases superiores. En una palabra, nada podía desasosegarme más seriamente (aunque ocultase con el mayor cuidado todo indicio de tal desasosiego) que una alusión cualquiera a nuestra semejanza, relativa al espíritu, a la persona, o al nacimiento; pero verdaderamente yo no tenía razón alguna para creer que esta semejanza (a excepción del hecho del parentesco y de todo lo que el mismo Wilson sabía ver) hubiera sido motivo de comentario o aun advertido por nuestros compañeros de clase. Que él lo observara en todas sus fases, y con tanto cuidado como yo mismo, era indudable; pero el que hubiese podido descubrir en semejantes circunstancias una mina tan rica de contrariedades, sólo puedo atribuirlo, como ya he dicho, a su penetración poco común.

Wilson imitaba perfectamente mis gestos y palabras y representaba de modo admirable su papel. Mi vestido era cosa fácil de copiar; mis modales y mi porte, en general, se los apropió cómodamente. A despecho de su defecto constitucional mi misma voz no se le había escapado. Naturalmente, rehuía emitirla en tonos elevados, pero la clave era idéntica. *Y su voz, siempre que hablaba quedamente, era eco justo de la mía.*

No hay para qué decir hasta qué punto me atormentaba retrato tan curioso (porque no pue-

do propiamente llamarlo caricatura). Sólo me quedaba un consuelo: el de que la imitación, a juicio mío, no la notaba nadie más que yo y que tenía que limitarme a tolerar con paciencia las sonrisas misteriosas y extrañamente sarcásticas de mi homónimo. Satisfecho de haber producido en mi corazón el efecto apetecido, parecía regocijarse en secreto de la herida que me había inferido y mostrábase singularmente desdeñoso de los públicos aplausos que el éxito de su ingenio le habría conquistado fácilmente. ¿Cómo nuestros camaradas no adivinaban su plan ni veían su realización, ni compartían su burlón alboroto? Esto fué, durante muchos meses de inquietud, un enigma indescifrable para mí. Acaso la graduada lentitud de su imitación la hiciese menos ostensible; o más bien debía yo mi seguridad a la apariencia de *maestría* tan perfectamente adoptada por el copista, que desdeñaba *la letra* —todo lo que los espíritus obtusos pueden hallar en una pintura— y no daba más que el perfecto espíritu del original para mi mayor admiración y mi mayor enojo personal.

Ya he hablado varias veces del aire mortificante de protección con que me trataba y de su frecuente y oficiosa intervención en mis deseos, intervención que a menudo adquiría el carácter enfadoso de un consejo, el cual no era formulado abiertamente, sino sugerido, insinuado. Yo lo acogía con una repugnancia que iba robuste-

ciéndose a medida que aumentaban mis años. No obstante, en aquella época, ya lejana, quiero rendirle la estricta justicia de reconocer que no recuerdo un solo caso en que las sugestiones de mi rival participaran del carácter de error o de locura, tan natural en su edad, desprovista, por lo común, de madurez y de experiencia; que su sentido moral, si no su talento y su prudencia mundana, era mucho más sutil que el mío, y que yo sería un hombre mejor y, por consiguiente, más dichoso, si no hubiera desechado tan a menudo los consejos inherentes a aquellos cuchicheos significativos que entonces me inspiraban un aborrecimiento tan cordial y un desdén tan amargo.

Por ello, andando el tiempo, llegué a mostrarme decididamente rebelde a su odiosa vigilancia y cada día detestaba con más resolución lo que me parecía intolerable arrogancia. Ya he dicho que en los primeros años de nuestra camaradería los sentimientos que me inspiraba se hubieran fácilmente trocado en amistad; pero durante los últimos meses de mi estancia en el colegio—aunque la importunidad de sus maneras habituales cedió sin duda, no poco—mis sentimientos, en proporción casi semejante, derivaron hacia el odio. El lo observó, creó en determinada circunstancia, y desde entonces eludió el verme o fingió esquivarme.

Hacia aquella misma época, si no recuerdo

mal tuve con él un altercado violento en que perdiendo su habitual reserva, habló y accionó con una blandura casi extraña a su naturaleza, y descubrí o imaginé descubrir en su acento, en su continente, en su fisonomía, algo que al principio me hizo estremecer y que acabó por interesarme profundamente, trayendo a mi espíritu oscuras visiones de mi primera infancia; extraños recuerdos, confundidos, apelmazados, de un tiempo en que mi memoria no había nacido aún.. No sabría definir mejor la sensación que me oprimía, sino diciendo que me era difícil desembarazarme de la idea de que yo había conocido ya al ser que se hallaba frente a mí, en una época muy antigua, en un pasado incluso remotísimo. Sin embargo, tal ilusión desvaneciéndose con la misma rapidez con que me había asaltado; y si aludo a ella es para consignar el día del último diálogo que sostuve con mi singular homónimo.

La vetusta e inmensa casa comprendía en sus innumerables subdivisiones varios espaciosos aposentos que comunicaban entre sí y servían de dormitorios a la mayor parte de los alumnos. Había, no obstante (como no podía menos de suceder en un edificio tan torpemente trazado), infinidad de vueltas y révueltas, restos y prolongaciones de la construcción, que la ingeniosidad economista del doctor Bramby había transformado también en dormitorios; pero

G U I L L E R M O W I L S O N

como eran cuartos muy reducidos, no podían servir más que para un solo individuo. Uno de estos camarotes lo ocupaba Wilson.

Cierta noche, a fines de mi quinto año de colegio, e inmediatamente después del altercado a que antes me he referido, aprovechándome de que todo el mundo estaba entregado al sueño, me levanté de mi lecho, y con una lámpara en la mano, me deslicé a lo largo de un laberinto de estrechos corredores desde mi alcoba a la de mi rival. Yo había urdido detenidamente contra él una de las ruines acometidas, una de las maldades que hasta entonces me hicieron fracasar tan completamente. Abrigaba el pensamiento de ejecutar desde luego mi plan, y resolví hacerle sentir toda la fuerza de la malignidad que colmaba mi pecho. Al llegar a su gabinete, entré en él sin hacer ruido, dejando mi lámpara a la puerta con una pantalla. Avancé un paso, y escuché el rumor de su respiración apacible. Seguro de que estaba dormido, volví a la puerta, tomé mi lámpara y me acerqué de nuevo a la cama. Las cortinas estaban cerradas; las abrí suavemente, lentamente, para ejecutar mi proyecto; pero una luz viva cayó de lleno sobre el durmiente y, al mismo tiempo, mi mirada se detuvo en su fisonomía. Un estupor, una sacudida glacial invadieron instantáneamente todo mi ser. Mi corazón palpitó, mis piernas vacilaron, toda mi alma fué acometida

de un horror intolerable e inexplicable. Respiré convulsivamente, y acerqué más la lámpara a su rostro. ¿Eran aquellas, eran, de verdad, aquellas las facciones de Guillermo Wilson? Sí, indudablemente, eran las suyas; pero yo temblaba, como presa de un acceso de fiebre, imaginando que no lo fuesen. ¿Qué había en ellas, pues, para que pudieran confundirme así? Mientras le contemplaba, mi cerebro agitábase bajo la pesadumbre de mil pensamientos incoherentes. No se me aparecía *así*, no, ciertamente; no se me aparecía como *tal* en las horas activas en que estaba despierto. ¡El mismo hombre! ¡Las mismas facciones! ¡Ingresados el mismo día en el colegio! ¡Y, además, aquella irritante e inexplicable imitación de mi porte, de mi voz, de mis vestidos y de mis modales! ¿Cabía, realmente, dentro de los límites de la posibilidad humana, que *lo que yo vela entonces* fuera un simple resultado de aquella costumbre de imitación sarcástica?

Aterrado, trémulo, apagué la lámpara, salí silenciosamente de la habitación y abandoné de una vez para siempre aquel colegio, al que nunca más había de volver.

Transcurridos algunos meses, que pasé en casa de unos parientes, en la más venturosa holgazanería, me llevaron al colegio de Etom. Aquel corto intervalo bastó para atenuar en mí el recuerdo de los sucesos de la escuela Bram-

by, o por lo menos, para determinar un notable cambio en la índole de los sentimientos que tales recuerdos me inspiraban. La realidad, el lado trágico del drama, ya no existía. Por aquel entonces no me faltaban pretextos para dudar del testimonio de mis sentidos, y raramente recordaba la aventura sin admirar hasta dónde puede ir la credulidad humana y sin sonreirme de la prodigiosa fuerza de imaginación que heredé de mi familia. Y eso que la vida que observaba en Etom no era muy a propósito para reducir esta especie de escepticismo. El torbellino de locura en que me hundí inmediatamente y sin reflexionar, lo aventó todo, excepto la espuma de mis horas pasadas, absorbió de un golpe toda impresión sólida y seria y no dejó absolutamente en mi recuerdo más que los aturdimientos de mi existencia precedente.

No tengo, sin embargo, la intención de detallar aquí el curso de mis miserables desórdenes, desórdenes que desafiaban toda ley y eludían toda vigilancia. Tres años de locura, derrochados sin provecho, no pudieron darme más que arraigadas costumbres de vicio, y favorecieron de una manera casi anormal mi desarrollo físico. Un día, al cabo de una semana entera de disipación embrutecedora, invité a un grupo de estudiantes de los más disolutos a una orgía secreta en mi habitación. Nos reunimos a una hora avanzada de la noche, porque nuestra crá-

pula debía prolongarse religiosamente hasta la mañana. El vino corría libremente y otras seducciones acaso más peligrosas tampoco escaseaban, de tal modo, que cuando el alba empalidecía el cielo por Oriente, nuestro delirio y nuestras extravagancias hallábanse en su apogeo. Furiosamente inflamado por los naipes y por la borrachera, empeñábame en pronunciar un brindis indecente, cuando, de pronto, distrajeron mi atención una puerta que se entreabrió rápidamente y la voz precipitada de un criado. Díjome que una persona, que parecía tener mucha prisa, deseaba hablarme en el vestíbulo.

Singularmente excitado por el vino, la inesperada interrupción me produjo más placer que sorpresa. Salí tambaleándome, y, a grandes pasos, llegué al vestíbulo de la casa. En aquella sala, baja y estrecha, no había lámpara alguna y no recibía otra luz que la del amanecer, demasiado débil, que se deslizaba por el abovedado ventanal. Al poner el pie en el umbral ví a un joven, casi de mi estatura, vestido con un batín de cachemir blanco, de última moda, como el que yo llevaba en aquel momento. La débil claridad me permitió ver todo esto; pero sus facciones no pude distinguirlas. Apenas hube entrado el joven se precipitó hacia mí, y cogiéndome por el brazo con un gesto imperativo de impaciencia, me cuchicheó al oído estas palabras:

—¡Guillermo Wilson!

En un segundo se me disipó la borrachera.

Había en el porte del forastero, en el temblor nervioso de su dedo que tenía erguido, entre mis ojos y la luz, algo que me llenó de total asombro; mas no era aquello lo que tan violentamente me había impresionado. Era la importancia, la solemnidad de la admonición contenida en aquel fraseo singular, quedo, silbante; y, por encima de todo, el carácter, el tono, la *clave* de aquellas sílabas sencillas, familiares, y, sin embargo, misteriosamente *cuchicheadas*, que con mil recuerdos acumulados de los remotos fueron a abatirse sobre mi alma, como una descarga de pila voltaica. Antes de que yo pudiera reponerme, desapareció.

Aunque aquel incidente produjo, desde luego, honda huella en mi trastornada imaginación, sin embargo, no tardó en ir desvaneciéndose. Durante unas cuantas semanas, es cierto, tan pronto me abandoné a la investigación más profunda como me sumergí en una nube de meditación mórbida. Yo no pretendía sustraerme a la identidad del misterioso individuo que se mezclaba tan obstinadamente en mis asuntos y me abrumaba con sus oficiosos consejos. ¿Quién era, qué era aquel Wilson? ¿De dónde venía? ¿Qué se proponía? A ninguno de estos puntos pude dar contestación que me satisficiera; sólo conseguí averiguar, en cuanto a él, que algún

accidente repentino de su familia le había obligado a abandonar el colegio del doctor Bramby en la tarde del día en que yo me escapé de allí. Pero, al cabo de algún tiempo, cesé de pensar en aquello y reconcentré mi atención completamente en un viaje proyectado a Oxford. Allí no tardé mucho —la vanidad pródiga de mis parientes me permitía sostener un tren costoso y entregarme a mis anchas al lujo, ya tan caro a mi corazón—, no tardé en rivalizar en prodigalidades con los más apersonados herederos de los más ricos condados de la Gran Bretaña.

Alentado en el vicio por semejantes medios, mi naturaleza estalló con doble brío y en la insensata embriaguez de mis desenfrenos pisoteé las vulgares trabas de la decencia. Pero sería absurdo detenerme en detallar mis extravagancias. Baste decir que sobrepujé a Herodes en disipaciones, y que, dando nombre a multitud de locuras nuevas, añadí un copioso apéndice al largo catálogo de los vicios que a la sazón reinaban en la universidad más disoluta de Europa.

Parecerá difícil de creer que yo olvidara a tal punto mi rango de caballero, que gustase de familiarizarme con los artificios más viles del jugador de oficio, y que, trocado en adepto de tan despreciable ciencia, la practicase habitualmente como medio de acrecentar mis rentas enormes ya, a costa de mis camaradas de ca-

rácter más débil. Y, sin embargo, así era. Y la enormidad misma de este atentado contra todos los sentimientos de dignidad y de honor era evidentemente la primera, si no la única razón de mi impunidad. ¿Quién de mis camaradas más depravados no habría desmentido el más claro testimonio de sus sentidos antes que sospechar una conducta semejante en él alegre, en el franco, en el generoso Guillermo Wilson—el más noble y leal compañero de Oxford—, aquel cuyas locuras, decían sus parásitos, no eran sino fruto de una juventud y una imaginación sin freno—cuyos errores no dejaban de ser más que inimitables caprichos—, y cuyos peores vicios revelaban una despreocupada y magnífica extravagancia?

Dos años viví de tan turbulento modo cuando llegó a la universidad un joven de flamante nobleza, un tal Glendinning, rico, decía, la voz pública, como Herodes Atico y a quien su riqueza no le había costado el menor esfuerzo. No tardé en descubrir que era de inteligencia escasa y, naturalmente, le escogí como excelente víctima de mis habilidades. Muy a menudo le instaba a jugar, y con la habitual astucia del jugador me dediqué a dejarle ganar sumas considerables para que se enredase más eficazmente en mis redes. Por fin, ya bien madurado mi plan, reuníme con él, decidido a despachar el asunto, en casa de uno de nuestros camara-

das, M. Preston, igualmente amigo de los dos, pero que, debo hacerle esta justicia, no sospechaba en absoluto mis propósitos. Para dar a la cosa la debida apariencia tuve el cuidado de convidar a ocho o diez personas, y puse un solícito interés en que la aparición de la baraja pareciera completamente incidental y respondiese a la añagaza que yo había urdido. Para abreviar en un lance tan vil no descuidé ninguna de esas bajezas ruines, tan corrientemente practicadas en ocasiones análogas y que maravilla que haya siempre gentes lo bastante idiotas para ser víctima de ellas.

Habíamos prolongado nuestra velada hasta bastante entrada la noche, cuando «operé» al fin de tal modo que conseguí que Glendinning fuera mi único adversario. El juego era mi favorito, el *ecarté*.

Los demás individuos de la reunión, atraídos por las grandiosas proporciones de nuestro juego, habían renunciado a sus naipes y se agrupaban a nuestro alrededor. El advenedizo, a quien yo mañosamente induje en la primera parte de la velada a beber en grande, barajaba, repartía y jugaba de una manera extraordinariamente nerviosa, en la que, pensé, no dejaba de influir su embriaguez, aunque no acababa de explicarse. Al poco tiempo, llegó a deberme una fuerte suma; y cuando acababa de beber una gran copa de Oporto, hizo precisamente lo

que yo con toda frialdad había previsto: propuso doblar el juego, que ya era harto crecido. Fingí, con bastante fortuna, resistirme, y solamente después de que mi negativa reiterada le impulsó a pronunciar varias palabras acres que dieron a mi consentimiento la apariencia de un pique, concluí por acceder. El resultado fué el que debía ser; la presa se había enredado del todo en mis redes; en menos de una hora cuadruplicó su deuda. Desde horas antes su fisonomía había perdido el color sonrosado que le prestaba el vino; pero entonces vi con asombro que se había trocada en una palidez verdaderamente terrible. Digo con asombro, porque yo tenía acerca de Glendinning minuciosos informes; habíanmele presentado como inmensamente rico, y las cantidades que estaba perdiendo, aunque de verdadera consideración, no podían, por lo menos yo lo imaginaba así, desazonarle seriamente, y mucho menos afectarle de un modo tan violento. Lo primero que se me ocurrió, como lo más natural, fué que estaba aturdido por el vino que acababa de beber; y a fin de salvar mi decoro ante mis camaradas, más bien que por un motivo desinteresado, iba a insistir perentoriamente en interrumpir el juego, cuando algunas palabras pronunciadas a mi lado entre los allí presentes y una exclamación de Glendinning, que revelaba la mayor desesperación, diéronme a entender que yo había

provocado su ruina completa en condiciones que le hacían digno de la lástima de todos y le hubieran protegido aun contra los arteros oficios de un demonio.

Difícil me sería decir qué conducta hubiese adoptado en tales circunstancias. La deplorable situación de mi víctima puso en todos los semblantes un gesto de mortificación y tristeza; reinó un silencio profundo de algunos minutos durante los cuales sentí, a pesar mío, arder mis mejillas bajo el peso de las miradas ardientes de desprecio y de reprobación que me dirigían los menos envilecidos del grupo. Hasta confesaré que mi corazón se libertó momentáneamente de un intolerable peso de angustia, gracias a la brusca y repentina intervención que sobrevino. Las pesadas hojas de la puerta de la sala se abrieron de par en par, de un golpe, con impetuosidad tan violenta y tan vigorosa que todas las bujías se apagaron como por encanto. Pero la luz moribunda me permitió ver que alguien acababa de entrar, un hombre casi de mi estatura y completamente envuelto en una capa. Sin embargo, la oscuridad era tan densa que sólo podíamos *sentir* que se hallaba en medio de nosotros. Antes de que ninguno nos hubiéramos repuesto del excesivo asombro en que nos sumió tal violencia oímos la palabra del intruso:

—Señores—dijo con *voz muy queda*, pero

distinta, voz inolvidable que penetró hasta la médula de mis huesos—, señores, no pretendo disculpar mi conducta, porque al proceder así no hago más que cumplir un deber. Ustedes no conocen seguramente el verdadero carácter de la persona que ha ganado esta noche una enorme suma al *ecarté* a lord Glendinning. Por tanto, voy a proponerles un medio expedito y decisivo para que se informen debidamente. Les ruego que examinen a su antojo el forro del puño de su manga izquierda y los paquetitos que se encontrarán en los bolsillos, bastante holgados, de su batín bordado.

Mientras hablaba, el silencio era tan profundo que se habría oído la caída de un alfiler en la alfombra. Cuando concluyó, desapareció de pronto, tan bruscamente como entrara. ¿Puedo describir, describiré mis sensaciones? ¿Habrá que decir que experimenté todos los horrores del condenado? Poco tiempo me quedaba, ciertamente, para reflexionar. Un enjambre de brazos me asió rudamente, y a toda prisa se trajo luz. Acto seguido procedióse a un reconocimiento. En el forro de mi manga se encontraron todas las figuras esenciales del *ecarté* y, en los bolsillos de mi batín, determinado número de barajas exactamente iguales a las que utilizábamos en nuestras reuniones, con la diferencia de que las mías eran de las que se llaman propiamente *redondeadas*, porque los triunfos

están ligeramente convexos en los ángulos pequeños, y los otros naipes imperceptiblemente convexos en los grandes. Gracias a esta disposición, el jugador engañado corta, como de costumbre, a lo largo de la baraja, y da invariablemente un triunfo a su adversario, mientras que éste, el fullero, cortando por lo ancho, no dará nunca a su víctima nada que pueda favorecerla.

Una tempestad de indignación me hubiera afectado menos que el silencio desdeñoso y la calma sarcástica con que fué acogido este descubrimiento.

—Señor Wilson—dijo lord Glendinning inclinándose para recoger una capa magnífica lujosamente forrada que a sus pies había—, señor Wilson, eso es suyo. (El tiempo estaba frío, y, al abandonar mi habitación, me cubrí con aquella prenda, que luego hube de quitarme al entrar en la sala de juego.) Supongo—añadió mirando con amarga sonrisa los pliegues de la capa—que será superfluo buscar aquí nuevas pruebas de su habilidad. Verdaderamente, tenemos de sobra. Espero que comprenderá usted la necesidad de alejarse de Oxford, o, por lo menos, de salir al instante de mi casa.

Envilecido, humillado así hasta cubrirme de cieno, es probable que hubiera castigado aquel lenguaje insultante con una inmediata violencia personal, si toda mi atención no se hubiese concentrado en aquel instante en un suceso de la

más sorprendente naturaleza. La capa que yo había llevado tenía un forro magnífico, de una rareza y un precio extravagantes—huelga decirlo. El corte era un corte de fantasía, de mi invención; porque en estas materias frívolas mi exigencia insaciable llevaba los furores del «dandysmo» hasta el absurdo. De modo que cuando Mr. Preston me dió la que acababa de recoger del suelo, cerca de la puerta de la sala, vi con asombro rayano en el terror que yo llevaba la mía al brazo, lo que debí hacer, sin duda, maquinalmente, y que la que me ofrecía era una exacta falsificación de ella en todos sus menores detalles. El sér singular que tan desastrosamente hubo de desenmascaramme iba, bien lo recordaba, embozado en una capa, y ninguno de los allí presentes, excepto yo, había traído prenda de aquel corte. Conservé alguna presencia de ánimo, tomé la que me ofrecía Preston, la coloqué, sin que nadie lo advirtiese, sobre la mía, salí de la habitación con mirada altiva y amenazadora y aquella misma mañana, antes de asomar el sol, huí precipitadamente de Oxford, hacia el Continente, abrumado de horror y de vergüenza.

Huí en vano. Mi destino maldito me persiguió triunfante, demostrándome que su misterioso poderío no había hecho hasta entonces más que comenzar. En cuanto puse el pie en París tuve otra prueba del aborrecido in-

terés que Wilson se tomaba en mis asuntos. Los años transcurrían y yo no conocí punto de reposo. ¡Miserable! En Roma, ¡con cuán inoportuna obsequiosidad, con qué ternura de espectro se interpuso entre mí y mi ambición! ¡Y en Viena, y en Berlín y en Moscú! ¿Dónde no encontraba algún motivo amargo para maldecirle desde el fondo de mi corazón? Secuestrado por el pánico, concluí por emprender la fuga ante su impenetrable tiranía como ante una peste, y hasta el último rincón del mundo, huí, *huí en vano*. Y siempre, interrogando siempre secretamente a mi alma, repetía mil veces mis preguntas: «¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su designio?» Mas no hallaba respuesta. Y entonces analizaba, con minucioso cuidado, las formas, el método y los rasgos de su insolente vigilancia. Pero en esto mismo no encontraba gran cosa que pudiera servir de base a una conjetura. Era verdaderamente notable que en los numerosos casos en que se había interpuesto recientemente en mi camino no lo hubiese hecho nunca sino para entorpecer planes o destruir operaciones que, de realizarse, no hubieran conducido más que a un triste fracaso. ¡Pobre justificación, en verdad, aquella, para una autoridad tan imperiosamente usurpada! ¡Pobre indemnidad para aquellos derechos naturales de libre arbitrio tan obcecada, tan insolentemente negados!

Asimismo me veía obligado a advertir que mi verdugo, desde un largo período de tiempo, aun ejercitándose escrupulosamente y con maravillosa destreza en la manía de vestirse de modo idéntico al mío, se las compuso, siempre que imponía su intervención en mi voluntad, de modo que yo no pudiese verle el rostro. Quien quiera que fuese aquel condenado Wilson no cabe duda de que semejante misterio era el colmo de la afectación y de la estupidez. ¿Podía suponer ni por un instante que en mi consejero de Etom—en el destructor de mi honra en Oxford; en el que había contrarrestado mi ambición en Roma, mi venganza en París, mi apasionado amor en Nápoles, en Egipto, lo que llamaba sin razón mi concupiscencia—, que en aquel sér, mi enconado enemigo, mi ángel malo, no reconociese yo al Guillermo Wilson de mis años de colegio, al homónimo, al camarada, al rival, el rival execrado y temido de la escuela Bramby? ¡Imposible! Pero dejadme que llegue a la temible escena final del drama.

Hasta entonces yo me había sometido cobardemente a su imperioso dominio. El sentimiento de profundo respeto con que me acostumbré a considerar el carácter elevado, la sabiduría majestuosa, la omnipresencia y la omnipotencia aparentes de Wilson, unido a no se qué sensación de terror que me inspiraban otros rasgos particulares de su naturaleza y determinados

privilegios, habían engendrado en mí la idea de mi absoluta debilidad y de mi impotencia, aconsejándome una sumisión sin límites, aunque llena de amargura y de repugnancia, a su arbitraria dictadura. Pero, a partir de aquellos últimos tiempos, me abandoné por completo al vino y su influencia exasperante sobre mi temperamento hereditario me hizo odiar más y más toda fiscalización. Comencé a murmurar, a vacilar, a resistir. ¿Fué simplemente mi imaginación la que me indujo a creer que la terquedad de mi verdugo disminuía en razón de mi propia firmeza? Es posible. Mas, de todos modos, comencé a sentir la inspiración de una esperanza ardiente y acabé por alimentar en el secreto de mis pensamientos la sombría y desesperada resolución de librarme de tal esclavitud. Fué en Roma, durante el carnaval de 18... Yo estaba en un baile de máscaras en el Palacio del Duque de Broglio, de Nápoles. Había abusado del vino más que de costumbre y la atmósfera sofocante de los salones llenos de gente me irritaba en términos insoportables. La dificultad de abrimme paso al través de tanta confusión y batahola contribuyó no poco a exasperarme; porque yo buscaba con ansiedad (no diré para qué innobles fines) a la joven, a la jovial, a la bella esposa del viejo y extravagante Di Broglio. Con una confianza sobrado imprudente me había confiado el secreto del traje

que debía llevar, y como yo acababa de divisarlo a lo lejos, me urgía reunirme con ella. En aquel momento sentí una mano que se posó suavemente sobre mi hombro, y luego el inolvidable, el profundo, el maldito *cuchicheo* en mis oídos.

Presa de rabia frenética volvíme bruscamente hacia el que así me conturbaba, y lo cogí violentamente por el cuello. Llevaba, como me lo suponía, un traje absolutamente igual al mío; capa española de terciopelo azul, y alrededor del talle un cinturón carmesí, del que pendía una tizona. Un antifaz de raso negro le cubría por completo el rostro.

—¡Miserable! —grité con voz enronquecida por la cólera, y cada sílaba que se me escapaba era nuevo alimento para la hoguera de mi rabia—. ¡Miserable! ¡Impostor! ¡Infame! ¡Maldito! ¡Ya no me perseguirás más, ya no me acosarás tan implacablemente! Sígueme, o te atravieso aquí mismo con mi espada.

Y me abrí camino por la sala del baile hacia una pequeña antesala contigua, arrastrándole irresistiblemente conmigo.

Al entrar le arrojé, furioso, lejos de mí. Él, tambaleando, chocó contra el muro; cerré la puerta blasfemando y le mandé que requiriese la espada. Titubeó un segundo; después, suspirando levemente, desenvainó en silencio su tizona y se puso en guardia.

El combate no fué por cierto, largo. Exasperado por las más ardientes excitaciones de todo género, sentía en mi brazo la energía y el poderío de toda una muchedumbre. En algunos segundos le acosé, por el ímpetu de mi puño, contra el zócalo, y allí teniéndolo a mi discreción, hundi infinitas veces en su pecho, con ferocidad de bruto, la punta de mi espada.

En aquel momento alguien tocó a la cerradura de la puerta. Me apresuré a prevenir una invasión inoportuna, y volví inmediatamente hacia mi adversario moribundo. Pero, ¿qué idioma humano podrá poner de relieve el asombro, el horror que se apoderó de mí ante el espectáculo que entonces vieron mis ojos? El instante que invertí en volverme de espaldas bastó para producir, en apariencia, un cambio material en las disposiciones locales del otro extremo de la sala. Un gran espejo—en mi turbación pareciómelo al pronto así—surgía allí mismo donde antes no había visto que lo hubiera, y como yo, dominado por el terror, avanzaba hacia él, mi propia imagen, pero con un semblante pálido y salpicado de sangre, se adelantó a mi encuentro con paso débil e inseguro.

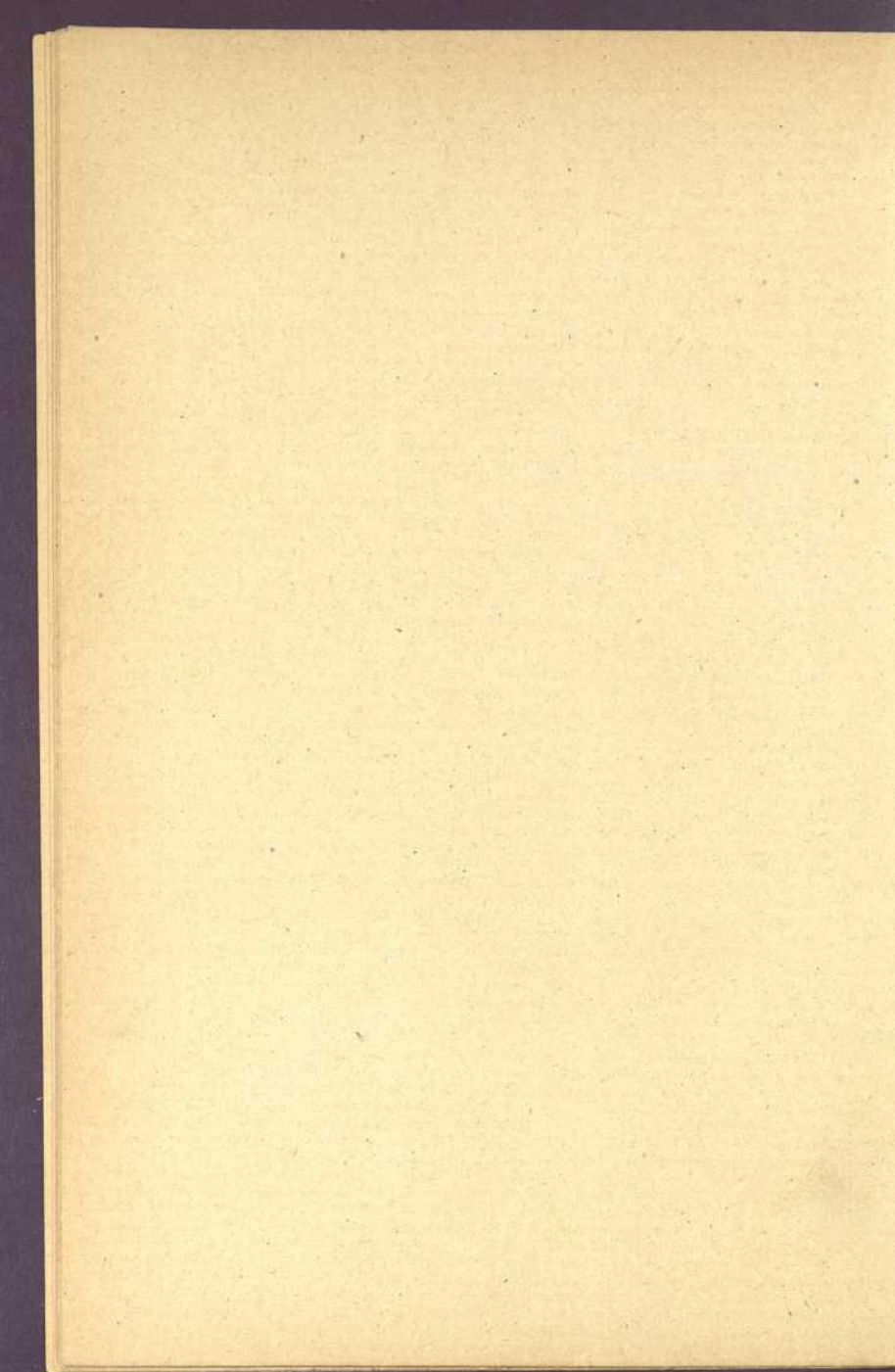
Digo que así se me presentó la aparición, pero no lo era. Era mi adversario, era Wilson, que se erguía delante de mí en su agonía. Su antifaz y su capa yacían en el mismo sitio del pavimento, donde él los dejara. No había ni un hilo en su

G U I L L E R M O W I L S O N

traje ni una línea en toda su figura tan característica y singular que no fuese *mío*, que no fuese *mía*; ¡era lo absoluto en la identidad!

Era Wilson, pero un Wilson que no cuchi-cheaba ya, hasta el punto de que hubiera podido creer que era yo mismo el que hablaba cuando me dijo:

—Tú has vencido y yo sucumbo. Pero de ahora en adelante, tú estás muerto también. ¡Muerto para el mundo, para el cielo, para la esperanza! ¡En mí existías, y ve en mi muerte, ve en esta imagen, que es la tuya, que radicalmente te has asesinado a ti mismo!



EL HOMBRE DE LAS MUCHEDUMBRES

Esa gran desventura de no
poder estar solo.....

LA BRUYÈRE.

Se ha dicho juiciosamente, a propósito de cierto libro alemán: *Es Lässt Sich Nicht Lesen*, «No se deja leer.» Hay secretos que no quieren revelarse. Y hombres que mueren por la noche en su lecho, retorciendo las manos de los espectros que les confiesan y les miran implacablemente; hombres que mueren con la desesperación en el alma y henchido de convulsiones el pecho, a causa del horror de los misterios *que no quieren revelarse*. Algunas veces, ¡ay!, la conciencia humana soporta una pesadumbre de tal magnitud, que sólo puede librarse de ella en el descanso de la tumba. Así, la esencia del delito queda inexplicada.

No hace mucho tiempo, al atardecer de un día de otoño, hallábame sentado delante del abovedado ventanal del café D....., en Lon-

dres. Había estado enfermo algunos meses; pero entonces convalecía, y mientras recuperaba las fuerzas, encontrábame en una de esas felices disposiciones que son precisamente antítesis del hastío, disposiciones en que se agudiza maravillosamente la apetencia moral, cuando el velo que cubría la visión espiritual cae, y el espíritu, electrizado, sobrepuja tan prodigiosamente su potencia cotidiana que la razón ardiente y candida de Leibnitz domina a la vaga e indecisa retórica de Gorgias. Sólo el respirar era un goce, y yo encontraba un positivo placer en no pocas fuentes muy razonables de pesar.

Todas las cosas me inspiraban un interés apacible, pero lleno de curiosidad. Con un cigarro en la boca y un periódico sobre las rodillas me entretuve la mayor parte de la tarde, tan pronto en curiosear atentamente los anuncios como en observar la concurrencia abigarrada del salón o en mirar a la calle, al través de los cristales empañados por la humareda de los cigarros.

La calle era una de las principales arterias de la ciudad, y todo el día había estado llena de gente. Pero a la caída de la tarde la multitud fué aumentando de minuto en minuto, y cuando todos los reverberos estuvieron encendidos dos corrientes de población se cruzaban, espesas y continuas, por delante de la puerta. Yo no me había encontrado nunca en situación parecida a la en que me hallaba en aquel momento es-

EL HOMBRE DE LAS MUCHEDUMBRES

pecial de la tarde, y aquel tumultuoso océano de cabezas humanas me inundaba de una deliciosa emoción totalmente nueva. A la larga, concluí por no prestar atención alguna a lo que pasaba dentro del hotel, y me absorbí en la contemplación de las escenas de fuera.

Mis observaciones tomaron al principio un giro abstracto y generalizador. Yo miraba a los transeúntes por masas, y mi pensamiento no los consideraba más que en sus relaciones colectivas. Pronto, sin embargo, descendí al detalle y examiné con interés minucioso la innumerable variedad de figuras, de trajes, de trazas, de portes, de rostros y de expresión fisonómica.

El mayor número de los que pasaban tenían un aire de suficiencia propio de gente de negocios, y sólo parecían ocupados en abrirse paso al través de la multitud. Fruncían las cejas y miraban de un lado a otro con vivacidad; cuando tropezaban con ellos otros transeúntes no daban la menor señal de impaciencia, pero se abotonaban sus ropas y apretaban el paso. Otros, de una clase social mucho más numerosa, eran de movimientos inquietos; tenían congestionado el rostro, hablaban consigo mismo y gesticulaban como si se creyeran solos, por lo mismo que les rodeaba tanta gente. Cuando se les detenía en su rumbo, estas gentes dejaban de pronto de murmurar; pero redoblaban sus gestos, y esperaban, con sonrisa distraída y exa-

gerada, a que pasasen las personas que se les habían interpuesto. Si les empujaban, saludaban abundantemente a los presurosos y parecían abrumados de confusión. En aquellas dos amplias clases de hombres, fuera de lo que acabo de anotar, no había nada de característico. Sus trajes pertenecían al orden exactamente definido por el término *decente*. No cabía duda de que eran caballeros, negociantes, mercaderes, proveedores, agiotistas —los eupátridas, el aluvión corriente de la sociedad—; hombres ociosos y hombres activamente ocupados en asuntos personales, que los gestionaban bajo su propia responsabilidad. No me atraieron gran cosa la atención.

La casta de los comisionistas de comercio saltaba a mis ojos, y en ella distinguí dos divisiones salientes. Había los pequeños comisionistas de las casas algareras y sin solidez: jóvenes embutidos en sus levitas, con las botas lustradas, los cabellos brillantes de cosmético y el gesto insolente. Prescindiendo de un no sé qué de currutaco en los modales, que podrían definirse como del género «percalina» o «madapolán», a falta de mejor palabra, el género de tales individuos me pareció un exacto *facsimil* de lo que fué la perfección del buen tono doce o diez y ocho meses antes. Lucían las gracias rebuscadas de la *gentry* (nobleza), y ello implica, creo, la mejor definición de tal clase.

EL HOMBRE DE LAS MUCHEDUMBRES

En cuanto a la de los primeros comisionistas de casas fuertes, o *steady old fellows*, era imposible confundirla. Reconocíaseles en sus levitas y pantalones negros u oscuros, de hechura confortable, en sus corbatas y chalecos blancos, en sus botas holgadas de apariencia sólida, con medias gordas o polainas. Todos tenían la cabeza ligeramente calva, y la oreja derecha, acostumbrada de antiguo a sostener la pluma, había acabado por separarse no poco del cráneo. Observé que se quitaban o ponían siempre el sombrero con ambas manos y que llevaban relojes con cadenitas de oro, de un modelo sólido y antiguo. Su afectación era la respetabilidad, si es que, a pesar de todo, puede haber alguna afectación que sea honorable.

Vi buen número de esos individuos de brillante apariencia, que reconozco fácilmente por pertenecer a la calaña de los rateros del *hampa superior*, de que están infectadas todas las grandes poblaciones. Estudié curiosamente esta especie de «aristocracia», y me fué difícil comprender cómo podían ser tomados por caballeros entre los caballeros mismos. La exageración de sus puños postizos y un aire de franqueza excesiva debía traicionarlos a la primera ojeada.

Los jugadores de profesión—y descubrí gran número de ellos—eran todavía más fácilmente identificables. Lucían todas las clases de vestidos, desde el del perfecto rufián jugador de cu-

biletes, con su chaleco de terciopelo, su corbata de fantasía, su cadena de similor y sus botones de filigrana, hasta el traje clerical, tan escrupulosamente sencillo, que no había nada más a propósito para alejar las sospechas. Todos, sin embargo, distinguíanse por su tez curtida y bronceada, por no sé qué oscurecimiento de la pupila y lo sumido y pálido de los labios. Había, además, otros dos pormenores que me los hacían adivinar siempre: un tono bajo y reservado en la conversación y una propensión, poco corriente, del dedo pulgar a extenderse hasta formar ángulo recto con los restantes. Muy a menudo, entre aquellos granujas, he observado a ciertos hombres que se diferenciaban algo de ellos por sus costumbres; sin embargo, eran pájaros del mismo plumaje. Se les puede definir: caballeros que viven de su ingenio. Para devorar al público se dividen en dos batallones: el género «dandy» y el militar. En la primera clase los caracteres principales son cabellos largos y sonrisas; en la segunda, holgados levitones y fruncimientos de cejas.

Descendiendo a la escala de lo que se llama *gentility* encontré temas de meditación más sombríos y profundos. Vi buhoneros judíos, con ojos de halcón resplandecientes en fisonomías cuyo resto era abyecta humildad; procaces mendigos de profesión, empujando a pobres verdaderos, a quienes la desesperación había lanzado

EL HOMBRE DE LAS MUCHEDUMBRES

entre las sombras nocturnas para implorar la caridad; inválidos, débiles y consumidos, semejantes a espectros, a quienes la muerte había ya elegido y que renqueaban y vacilaban entre el gentío, mirando a los transeuntes con ojos henchidos de súplicas como buscando algún consuelo fortuito, alguna esperanza perdida; modestas jóvenes que regresaban de una labor prolongada hacia un mísero tugurio y retrocedían más desconsoladas que indignadas ante los ojos sagaces de ciertos individuos cuyo directo contacto no podían ni siquiera evitar, prostitutas de toda clase y edad; la belleza incontestable en las primicias de su feminidad, que evocaba el recuerdo de aquella estatua de Luciano, cuya superficie era de mármol de Paros, mientras por dentro estaba llena de inmundicia; la leprosa desharrapada, repugnante y absolutamente vencida, la vieja bruja, rugosa, pintada, estucada, abrumada de bisutería y haciendo un supremo esfuerzo hacia la juventud; la impúber, de formas no resueltas aún, pero ya familiarizada por una larga camaradería con las coqueterías espantables de su comercio y abrazada en la devoradora comezón de colocarse al nivel de sus compañeras más expertas de vicio; borrachos innumerables e indescritibles: éstos andrajosos, vacilantes, desarticulados, de rostro marchito y pupilas sin expresión; aquéllos, sin rasgaduras en el traje, pero sucios, con fanfa-

rronería ligeramente vacilante, de gruesos labios sensuales y faces rubicundas y sinceras; otros, vestidos con telas que antaño fueron costosas y que aun entonces estaban cepilladas escrupulosamente; hombres que caminaban con paso más firme y elástico que el natural, pero cuyo semblante estaba horriblemente pálido, con los ojos atrozmente despavoridos y sanguinolentos y que, avanzando a zancadas entre la muchedumbre, atrapaban con dedos trémulos todos cuantos objetos se encontraban a su alcance; y después, pasteleros, mandaderos, carboneros, deshollinadores, organilleros, húngaros con sus monos, vendedores de canciones, los que las vendían y los que las cantaban; artesanos andrajosos y trabajadores de toda laya, rendidos hasta el agotamiento; todos llenos de una actividad ruidosa y desordenada que abrumaba el oído con sus discordancias y producía en la vista una dolorosa sensación.

A medida que avanzaba la noche, el interés de la escena aumentaba para mí; porque no solo se alteraba el carácter general de la multitud (sus rasgos más nobles iban borrándose con la retirada gradual de la parte más discreta del gentío y los más groseros cobraban mayor relieve a medida que la hora, avanzando, sacaba de su tugurio a cada clase de infamia), sino porque los resplandores del alumbrado público, débiles cuando luchaban con la luz moribunda,

EL HOMBRE DE LAS MUCHEDUMBRES

dominaban a la sazón y proyectaban sobre todas las cosas una claridad centelleante y agitada. Todo era oscuro, pero brillante, como el ébano con el que se ha comparado el estilo de Teruliano.

Los extraños efectos del alumbrado obligáronme a examinar los rostros de los yentes y vinientes, y, aunque la rapidez con que aquel mundo de luz hufa delante de la ventana me impedía arrojar una breve ojeada sobre cada fisonomía, parecíame, no obstante, que, gracias a la singular disposición moral, podía muy a menudo leer en aquel breve intervalo la historia de muchos años.

Apoyada la frente en la vidriera entreteníame así en examinar la multitud, cuando de repente apareció una fisonomía (la de un pobre decrepito de sesenta y cinco a setenta años), una fisonomía que desde luego atrajo y absorbió toda mi atención por la absoluta idiosincrasia de su expresión. Hasta entonces yo nunca había visto nada que se pareciera a ella, ni aun en grado remoto. Recuerdo perfectamente que mi primer pensamiento, al verla, fué que si la hubiese contemplado Retzch, la habría preferido sin vacilar entre todas las que eligió para encarnar el espíritu de las tinieblas. Como yo procurase, en el momento de ver aquel rostro, formular un análisis cualquiera del sentimiento general que me había comunicado, sentí alzarse

confusamente en mi cerebro las ideas de vasta inteligencia, de circunspección, de mezquindad, de avaricia, de cachaza, de malignidad, de sed sanguinaria, de triunfo, de alegría, de excesivo terror, de intensa y suprema desesperación.

Sentíme extrañamente turbado, dominado, fascinado. ¿Qué singular historia—me dije—hay escrita en ese pecho? Y entonces me asaltó el ardiente deseo de no perder de vista a aquel hombre, de averiguar más pormenores acerca de él. Me puse precipitadamente el paletot, cogí el sombrero y el bastón, me lancé a la calle, y me abrí paso entre la multitud en la dirección que le había visto tomar, porque ya había desaparecido. No sin dificultad acabé por divisarle, acerquéme a él y le seguí muy de cerca, si bien con ciertas precauciones, para no llamar su atención.

Entonces pude estudiar a mi gusto su persona. Era de pequeña estatura, muy delgado y muy débil en apariencia; sus vestidos estaban manchados y rotos, pero viéndole pasar de vez en cuando bajo la claridad de los faroles vi que su camisa, aunque sucia, era de buena calidad; y, si mis ojos no me engañaban, por entre un desgarrón de la capa, evidentemente adquirida de lance, en que se embozaba, vi resplandecer un diamante y un puñal. Estos descubrimientos exaltaron mi curiosidad, y acordé seguir al

EL HOMBRE DE LAS MUCHEDUMBRES

desconocido por donde quiera que se le antojase marchar.

La noche había cerrado, y la niebla espesa y húmeda que caía sobre la ciudad no tardó en resolverse en una lluvia pesada y constante. El cambio de tiempo produjo un efecto raro en la multitud, que se agitó en un nuevo movimiento y se ocultó bajo un mundo de paraguas. La ondulación, los codeos, el estrépito hiciéronse diez veces más intensos. Por mi parte, la lluvia no me inquietaba gran cosa; yo conservaba en mi sangre la antigua fiebre persecutoria, para la que la humedad aquella era un placer peligroso. Púseme el pañuelo en la boca y adelante.

Durante una media hora el viejo se abrió camino con dificultad a lo largo de la gran arteria, y yo casi le pisaba los talones, por temor de perderle de vista. Como nunca volvía la cabeza para mirar a su espalda, no se fijó en mí. A poco aventuróse por una calle transversal que, aunque llena de gente, no estaba tan obstruida como la otra que acababa de abandonar.

Entonces aquel hombre cambió ostensiblemente de modo de caminar. Avanzó con más lentitud, con menos decisión que antes y con más titubeo. Pasó muchas veces de una acera a otra sin motivo aparente, y el gentío era tan numeroso que a cada nuevo movimiento yo tenía que seguirle muy de cerca. La calle era estrecha y larga y el paseo que dió por ella duró

casi una hora. Entre tanto la muchedumbre fué reduciéndose, poco a poco, a la cantidad de gente que suele verse en Broadway, cerca del parque, al medio día; tan grande es la diferencia entre un gentío de Londres y el de la ciudad norteamericana más populosa.

Un segundo rodeo nos condujo a una plaza brillantemente iluminada y desbordante de vida. El individuo recuperó su primera modalidad. Hundió la barbilla en el pecho, y sus ojos giraron extrañamente bajo sus fruncidas cejas, en todos sentidos, hacia las personas que le rodeaban. Avivó el paso, regularmente, sin interrupción. Pero, cuando hubo dado la vuelta a la plaza, observé con sorpresa que volvía atrás. Y mi asombro creció al verle empezar otra vez y otra el mismo paseo. En uno de ellos, al girar bruscamente, estuvo a punto de descubrirme.

En este ejercicio invirtió otra hora, terminada la cual los transeúntes no nos molestaron tanto como al principio. La lluvia arreciaba, el aire iba refrescando, y la gente se volvía a casa. Haciendo un gesto de impaciencia, el hombre errante pasó a una calle oscura, comparativamente desierta, y a lo largo de ella —casi un cuarto de milla— corrió con una agilidad que nunca hubiera sospechado en un ser tan caduco; una agilidad tal que me costó verdadero trabajo el seguirle.

A los pocos minutos desembocamos en un

EL HOMBRE DE LAS MUCHEDUMBRES

inmenso y tumultuoso bazar. El desconocido dominaba por lo visto la topografía y recobró otra vez su marcha primitiva, abriéndose paso aquí y allá, sin objeto, entre el hormigueo de compradores y vendedores.

Cerca de hora y media pasamos en aquel recinto, y necesité mucha prudencia para no perderle de vista sin atraer su atención. Por fortuna, yo llevaba chanclos de goma que permitían ir y venir sin hacer ruido. El viejo no se dio cuenta de que le espiaban. Entraba sucesivamente en todas las tiendas, sin comprar nada, sin decir palabra, y detenía en todos los objetos una mirada fija, sin expresión, vaga. A mí me sorprendía prodigiosamente su conducta y tomé la firme resolución de no separarme de él sin haber satisfecho de algún modo la curiosidad que me inspiraba.

Un reloj de sonoro timbre dió las once y todo el mundo abandonó el bazar precipitadamente.

Un comerciante al cerrar su tienda le dió un codazo, y en el mismo instante vi que el viejo se estremecía de pies a cabeza. Precipitóse hacia la calle, miró un instante con ansiedad en torno suyo, y luego huyó con velocidad increíble al través de callejuelas tortuosas y solitarias, hasta que desembocamos de nuevo en la espaciosa calle de la que habíamos partido, la del hotel D... Sin embargo, ya no ofrecía el mismo aspecto. Seguía tan iluminada como antes, pero

la lluvia caía furiosamente y los transeúntes escaseaban. El desconocido palideció. Dió algunos pasos con aire lúgubre en aquella avenida antes tan animada; después, exhalando un suspiro profundo, tomó rumbo hacia el río, y, aventurándose por un laberinto de vías tortuosas, se detuvo al fin frente a uno de los principales teatros. Era el momento en que le cerraban, y el público se desparramaba por las puertas. Vi al viejo abrir la boca, como para respirar y lanzarse entre la multitud; pero me pareció que la angustia profunda de su fisonomía se apaciguaba algo. Su cabeza volvió a caer sobre el pecho, y se mostró tal como yo le había visto la primera vez. Advertí que se dirigía entonces en la misma dirección que la mayoría del público; pero, en suma, me era imposible comprender lo más mínimo de su singular obstinación.

Mientras iba andando, el público se diseminaba, y tornaron a dominarle su malestar y vacilaciones primitivas. Durante algún tiempo siguió de muy cerca a un grupo, de diez o doce algareros; poco a poco, y uno a uno, el grupo fué disminuyendo hasta reducirse a tres individuos, que se quedaron juntos en una callejuela estrecha, oscura, poco concurrida. El desconocido hizo una pausa, y durante un momento pareció sumirse en sus reflexiones; después, con evidente agitación, enfiló rápidamente un camino, que nos condujo al extremo de la ciu-

EL HOMBRE DE LAS MUCHEDUMBRES

dad, a parajes harto diferentes de los que hasta entonces habíamos recorrido. Era el barrio más infecto de Londres, en donde todo conserva la honrosa huella de la más deplorable pobreza y del vicio incurable. A la luz accidental de un mortecino reverbero, distingúfanse casas de madera, altas, viejas, carcomidas, amenazando ruina, y en tan diversas y caprichosas direcciones que apenas podía adivinarse en medio de ellas indicio de un pasaje. Los adoquines estaban puestos a la aventura, desencajados de sus alveolos por la hierba victoriosa. Una horrible suciedad se estancaba en los arroyos obstruidos. La atmósfera rebosaba desolación. Sin embargo, a medida que avanzábamos, los rumores de vida humana se hicieron cada vez más perceptibles; aparecieron aquí y allá copiosas bandadas de hombres, los más infames entre el populacho de Londres. Y el viejo sintió de nuevo palpar su espíritu, como la lámpara que está a punto de extinguirse.

Nuevamente echó a andar con paso elástico. De pronto volvimos la esquina; una claridad resplandeciente surgió a nuestra vista, y nos encontramos delante de uno de esos enormes templos suburbanos de la intemperancia, uno de los palacios del demonio de la ginebra.

Era casi al amanecer, pero un tropel de miserables borrachos se agolpaba aún dentro, y al pie de la fastuosa puerta. Reprimiendo un

grito de alegría, el viejo se abrió paso, recobró su gesto primitivo y se puso a pasear de arriba a abajo por entre la reunión, sin objetivo aparente. No obstante, al poco rato de efectuar aquel ejercicio, un vivo movimiento junto a las puertas indicó que el dueño del local iba a cerrarlas por lo tardío de la hora. Lo que observé en la fisonomía del raro ser a quien venía espiando tan obstinadamente fué algo más intenso que la misma desesperación. Sin embargo, no vaciló en su marcha; pero con loca energía volvió de repente sobre sus pasos, encaminándose hacia el corazón del poderoso Londres.

Corrió deprisa y largo tiempo, y continué siguiéndole con espantoso asombro, resuelto a no cejar en aquella indagación que tanto me interesaba y absorbía.

Salió el sol, mientras proseguíamos nuestra carrera, y cuando llegamos otra vez al punto de cita comercial de la populosa población, a la calle del hotel D...; éste presentaba un aspecto de actividad y de movimiento humano casi idéntico al que vi en la noche anterior. Todavía allí, en medio de la confusión cada vez creciente, continué durante largo tiempo la persecución del desconocido. Pero, como de costumbre, iba y venía, y en todo el día no salió del torbellino de aquella calle. Advirtiéndome que se aproximaban las sombras de la segunda noche, sentíme destrozado, a punto de fallecer, y plantándome

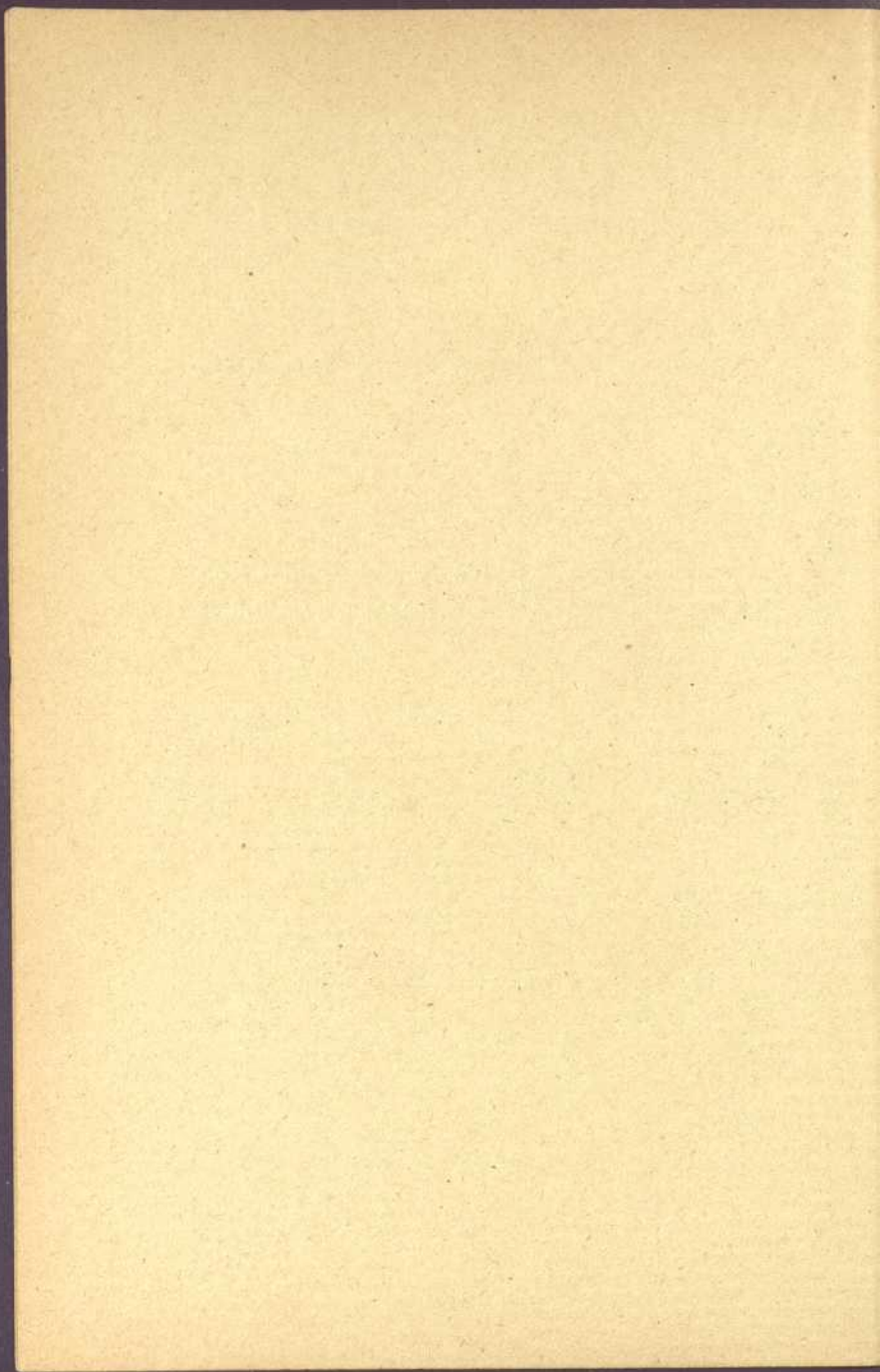
EL HOMBRE DE LAS MUCHEDUMBRES

frente al hombre errante le miré intrépidamente cara a cara. No me hizo caso alguno y reanudó su solemne paseo, mientras que yo, renunciando a seguirle, quedé absorto contemplándole.

—Ese viejo—acabé por decirme—, es el tipo y el genio del crimen profundo. No quiere estar solo. Es el hombre de las muchedumbres. Vano sería seguirle, porque nada aprendería de él ni de sus actos. El peor corazón del mundo es un libro más repugnante que el *Hortulus animæ* (1), y acaso sea una de las mayores misericordias de Dios que *es loesst sich nicht lesen*, que no se deje leer.

(1) *Hortulus animæ, cum oratiunculis aliquibus superad-*
ditis, de Grunninger.—(N. de Poe.)





EL CORAZÓN REVELADOR

¡De verdad! Soy muy nervioso, espantosamente nervioso, lo he sido siempre, pero ¿por qué aseguráis que estoy loco? La enfermedad ha agudizado mis sentidos; no los ha destruido, no los ha embotado. De todos ellos, el más sutil era el del oído. Yo he oído todas las cosas del cielo y de la tierra. Y he oído bastantes del infierno. Entonces, ¿cómo he de estar loco? ¡Atención! Y fijaos con qué salud, con qué tranquilidad puedo referiros toda la historia.

Es imposible explicar cómo entró primitivamente la idea en mi cerebro; pero, una vez concebida, me acosó día y noche. Motivo, no lo había. La pasión no tenía nada que ver en ello. Yo quería al pobre viejo. Nunca me había hecho daño alguno. Nunca me había insultado. Yo no codiciaba su oro... Creo que era su ojo... ¡Sí, esto era! Uno de sus ojos se parecía al del buitre: un ojo azul pálido, con una nube debajo. Siempre que aquel ojo se posaba sobre mí se me helaba la sangre, y así, lentamente, por grados, se me metió en el cerebro la idea de

matar al viejo, librándome de este modo y para siempre de aquel ojo.

Y aquí viene la dificultad. Me creéis loco. Los locos no saben nada de nada. Pero ¡si me hubiérais visto! ¡Si hubiérais visto con cuánta cordura procedí! ¡Con qué precaución, con qué previsión, con qué disimulo me puse a la obra! Nunca estuve tan amable con el viejo como durante toda la semana que precedió al asesinato. Y todas las noches, a las doce, descorría el pestillo de su puerta y abría, ¡oh!, muy suavemente. Y entonces, cuando la había entreabierto lo suficiente para que cupiese mi cabeza, introducía una linterna sorda, bien cerrada, bien cerrada, para que no se escapase un solo rayo de luz, y después metía la cabeza. ¡Oh! ¡Os hubiérais reído viendo con cuánta habilidad metía mi cabeza! Yo la movía lentamente, muy lentamente, temeroso de turbar el sueño del viejo. Lo menos necesitaba una hora para introducir la cabeza por la abertura y alargar el cuello hasta ver al viejo acostado en su cama. ¡Ah! Un loco ¿habría sido tan prudente? Y entonces, cuando mi cabeza estaba dentro de la habitación, abría con cuidado la linterna. ¡Oh! ¡Con qué precaución, con qué precaución!, porque la charnela rechinaba. Yo la abría lo preciso nada más para que un hilo imperceptible de luz cayese sobre los ojos del buitre. Y esto lo hice durante siete noches interminables, a las doce

EL CORAZÓN REVELADOR

precisamente; pero siempre encontraba cerrado el ojo y, claro, no pude realizar mi propósito; porque mi eterna pesadilla no era el pobre viejo, sino su condenado ojo. Y todas las mañanas, en cuanto amanecía, entraba muy decidido en su cuarto y le hablaba valerosamente, llamándole por su nombre con toda cordialidad e informándome de cómo había pasado la noche. Reconoceréis que tenía que ser un viejo muy ladino para sospechar que todas las noches, a las doce en punto, yo le acechaba durante su sueño.

La octava noche redoblé las precauciones para abrir la puerta. La aguja de un reloj se mueve más de prisa que entonces se movía mi mano.

Nunca, hasta aquella noche, pude darme tanta cuenta de la magnitud de mis facultades, de mi sagacidad. Apenas podía reprimir mis sensaciones de triunfo. ¡Pensar que yo estaba allí, abriendo la puerta poquito a poco, y que él ni siquiera sospechaba mis acciones o mis pensamientos secretos! Ante esta idea solté una risilla, y acaso me oyó, porque súbitamente se revolvió en la cama como si despertase. Ahora, creeréis quizás que me retiré; pues no. La habitación estaba negra como la pez, tan espesas eran las tinieblas —porque las ventanas estaban cuidadosamente cerradas por miedo a los ladrones—, y sabiendo que él no podía ver la aber-

tura de la puerta, continué abriéndola más, cada vez más.

Ya había introducido la cabeza, y me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre el cierre de la hoja de lata, y el viejo se irguió en la cama, gritando: —¿Quién anda ahí?

Quedé completamente inmóvil, y no dije nada. Durante una hora entera no moví ni un músculo, y en todo este tiempo no oí que volviera a acostarse. Permanecía incorporado y al acecho; lo mismito que yo había hecho durante noches enteras oyendo a las arañas en la pared.

Mas de pronto percibí un débil gemido y díme cuenta de que era el gemido de un terror mortal. No era un gemido de dolor o de tristeza, ¡oh, no!, era un murmullo sordo y ahogado de un alma sobrecogida de espanto. Yo lo conocía bien. Muchas noches, al filo de la media noche, mientras el mundo entero dormía, había brotado de mi propio seno, horadando con su terrible eco los terrores que me consumían. Digo que lo conocía bien. Yo sabía lo que le pasaba al pobre hombre y tenía piedad de él, aunque la risa llenase mi corazón. Yo sabía que continuaba despierto desde que, al oír el primer rumor, removióse en la cama. Sus temores habían ido en aumento. Quiso convencerse de que eran infundados y no pudo. Habíase dicho a sí mismo: —«No es nada. El viento, que suena en la chimenea». Un ratón, que atraviesa el entarima-

EL CORAZÓN REVELADOR

do», o Un grillo, que cantaba.»— Sí; procuró animarse con estas hipótesis; pero fué en vano. Fué *en vano*, porque la Muerte, que se acercaba, había pasado por delante de él su inmensa sombra negra, envolviendo así a su víctima. Y era el fúnebre influjo de aquella sombra no vista lo que le hacía sentir—aunque no distinguiera ni oyese nada—, lo que le hacía sentir la presencia de mi cabeza en su cuarto.

Después de aguardar mucho tiempo, y con la mayor paciencia, sin oírle acostarse otra vez, me aventuré a entreabrir un poco la linterna, pero tampoco, que no era nada. Le abrí, tan furtivamente, tan furtivamente, que no os lo podríais imaginar, hasta que al fin, un rayo de luz pálido, como un hilo, de araña, salió por la ranura y se posó en el ojo de buitre.

Estaba abierto, abierto del todo, y en cuanto lo miré me enfurecí. Le vi con absoluta nitidez, todo entero, de un azul mate y cubierto de un velo horroroso que me heló hasta la médula de los huesos; pero no podía ver ni la cara ni el cuerpo del viejo, porque yo había proyectado el hilo de luz como por instinto, precisamente sobre el sitio aborrecido.

Bueno; ¿no os he dicho que lo que tomáis por locura no es más que una hiperestesia de los sentidos? Entonces, os lo aseguro, oí un rumor sordo, apagado, frecuente, semejante al que haría un reloj envuelto en algodón. Lo reconocí

a escape. Era el latido del corazón del viejo, lo cual creció mi furia, como el redoble del tambor exaspera la intrepidez del soldado.

No obstante, me contuve otra vez y permanecí inmóvil, casi sin respirar. Yo mantenía quieta la linterna, y cuidé de que el rayo de luz no se desviase del ojo. Al mismo tiempo, el traqueteo infernal del corazón era cada vez más fuerte, cada vez más precipitado y, sobre todo, más sonoro. El terror del viejo debía ser formidable. Este bataneo —ya lo he dicho— era a cada minuto más fuerte. ¿Me oís bien? Ya os he indicado que soy nervioso, y lo soy, en efecto. En aquel instante, un ruido extraño, en pleno corazón de la noche, en el espantable silencio de aquella vieja casa, me producía un temor irresistible. Durante otros cuantos minutos me contuve y permanecí tranquilo; pero la palpitación era cada vez más sonora, ¡cada vez más sonora! Yo creía que el corazón iba a reventar. Y una nueva angustia se apoderó de mí: ¡aquel ruido podía oírle algún vecino! La hora del viejo había sonado. Lancé un hondo alarido, abrí bruscamente la linterna y de un salto entré en la habitación. El viejo dió un grito; uno solo. En un momento le arrojé a tierra, amontonando sobre él todo el peso abrumador de la cama. Entonces sonreí complacido al ver tan adelantada mi obra. Pero, durante algunos minutos, el corazón palpitó con un sonido ahogado. A pe-

EL CORAZÓN REVELADOR

sar de todo, dejó de atormentarme, porque no se podía oír a través del muro. Al fin, cesó. El viejo había muerto. Levanté la cama y lo examiné. Sí; estaba rígido, rígido, muerto. Puse mi mano sobre el corazón y la mantuve allí durante unos cuantos minutos. Ninguna pulsación. Estaba rígido, muerto. En adelante, su ojo ya no me atormentaría más.

Si insistís en creerme loco, vuestra creencia se desvanecerá cuando os describa las discretas precauciones que adopté para ocultar el cadáver. La noche avanzaba, y trabajé activamente, pero en silencio. Corté la cabeza, después los brazos, después las piernas.

Luego arranqué tres tablas del entarimado, y lo coloqué todo debajo. Hecho esto, volví a colocar las maderas tan hábilmente, tan diestramente, que ningún ojo humano, ¡ni siquiera *el suyo!*, habría podido descubrir allí nada alarmante. No había nada que lavar: ni una mancha, ni una gota de sangre. No se me escapó detalle. Una cubeta lo recogió todo... ¡Ah, ah!

Cuando concluí estas operaciones eran las cuatro, y seguía todo tan oscuro como a media noche. En el momento en que el reloj daba la hora, llamaron a la puerta de la calle. Bajé a abrir confiadamente, porque ¿qué tenía yo que temer entonces? Entraron tres hombres que se me presentaron como agentes de policía. Un vecino había oído un grito durante la noche, y,

recelando algún crimen, avisó a la Comisaría. Aquellos señores —los agentes— venían a practicar un reconocimiento.

Yo sonreí, porque ¿qué tenía que temer? Dí la bienvenida a los agentes. El grito —les dije— lo había lanzado yo, mientras soñaba. El viejo —añadí—está de viaje.

Conduje a mis visitantes por toda la casa. Les invité a que buscasen, a que buscasen *bien*. Por último, los llevé a *su* habitación. Les enseñé sus tesoros en perfecta seguridad, en perfecto orden. En el entusiasmo de mi confianza, traje sillas a la habitación y supliqué a los agentes que tomaran asiento, mientras yo, con la loca audacia del triunfo completo, coloqué mi silla sobre el sitio mismo que ocultaba el cuerpo de la víctima.

Los agentes estaban satisfechos. Mi actitud les había convencido. Yo me encontraba excepcionalmente bien. Sentáronse, y hablaron de cosas familiares, en las que intervine alegremente. Pero, al poco tiempo, sentí que me ponía pálido, y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y me parecía que los oídos me zumbaban; pero los agentes continuaban sentados y seguían charlando. El zumbido fué haciéndose más perceptible; persistió, y tornó a ser más distinto; yo me puse a hablar por los codos para librarme de aquella sensación; pero, obstinada, llegó a concretarse de tal modo, que acabé por

EL CORAZON REVELADOR

descubrir que aquel ruido no nacía en mis oídos.

Seguramente, debí entonces ponerme muy pálido; pero yo seguía charlando sin tino y levantando la voz. El ruido continuaba, no obstante, en aumento; ¿qué podía hacer yo? Era *un ruido sordo, apagado, frecuente, muy parecido al que haría un reloj envuelto en algodón*. Yo respiraba con dificultad. Los agentes no oían nada aún. Hablé más deprisa, con mayor vehemencia, pero el ruido crecía sin cesar. Me levanté y discutí sobre naderías, con voz muy fuerte y gesticulación violenta, pero el ruido aumentaba, seguía aumentando. ¿Por qué no *querían* irse? Me puse a recorrer la estancia, dando grandes y sonoras pisadas, como exasperado por las observaciones de mis contradictores, pero el ruido crecía isócronamente. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía yo hacer? Tragando saliva pateé, juré, arrastré mi silla y la hice resonar sobre el entarimado; pero el ruido seguía prevaleciendo y crecía indefinidamente. ¡Era cada vez más fuerte, más fuerte, cada vez más fuerte! ¡Y aquellos hombres continuaban hablando, y bromeando y sonriendo! ¿Era posible que no oyeran, Dios todopoderoso? ¡No, no! ¡Oían! ¡Sospechaban! ¡Sabían, se mofaban de mi espanto! Lo creí y lo creo aún. Pero ¡no importaba! ¿Había algo más intolerable que aquella burla? Yo no podía soportar por más tiempo aquellas hipócritas sonrisas. Era preciso gritar

o morir, porque el ruido, ¿lo oís?, ¡era más fuerte, más fuerte, cada vez más fuerte, *cada vez más fuerte!*

—¡Miserables!—exclamé.—¡No disimuléis ya más! Lo confieso. ¡Arrancad esas tablas! ¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Era el latido de su horroroso corazón!

BERENICE

Dicebant mihi sodales, si sepulchrum amicæ visitarem, curas meas aliquantulum fore levatas.

EBN ZAIAT

Diversa es la desgracia; multiforme la miseria sobre la tierra. Dominando el vasto horizonte como el arco iris, sus colores son menos variados, no menos diferentes y, sin embargo, no menos íntimamente fundidos. ¡Dominando el vasto horizonte como el arco iris! ¿Cómo de un ejemplo de belleza he podido sacar un tipo de fealdad; de un signo de alianza un simil del dolor? Pero, si en ética el mal es la consecuencia del bien, del mismo modo en la realidad la tristeza nace de la alegría, tanto porque el recuerdo de la felicidad pasada engendre la angustia de hoy, tanto porque las angustias que *son* proceden de los éxtasis que *pueden haber sido*.

Voy a referir una historia cuya esencia está henchida de horror. Gustosamente la suprimiría si no fuese una crónica de sensaciones antes que de hechos.

Mi nombre de pila es Egaeo; callaré el apelli-

do. En el país no hay castillo más abrumado de gloria y de años que mi melancólico y viejo solar hereditario. Desde hace mucho tiempo se llamaba a nuestra familia raza de visionarios; y lo cierto es que en varios pormenores sorprendentes, en el carácter de nuestra casa señorial, en los frescos del gran salón, en las tapicerías de los dormitorios, en los cincelados de los pilares de la sala de armas, y especialmente en la galería de cuadros antiguos, en la fisonomía de la biblioteca, y, finalmente, en la particularísima naturaleza de su contenido, hay más que de sobra para justificar semejante creencia.

El recuerdo de mis primeros años va íntimamente unido a esta sala y a sus volúmenes, de los que nada más diré. Allí murió mi madre. Allí nací yo. Pero sería ocioso decir que yo no he vivido antes, que el alma no tiene una existencia anterior. ¿Lo negáis? No disputemos por ello. Yo estoy convencido y no trato de convencer. Existe, además, un recuerdo de recuerdo de formas aéreas, de ojos intelectuales y habladores, de sonos melódicos pero melancólicos; un «recuerdo de recuerdo» que no quiere disiparse; especie de memoria parecida a una sombra, vaga, variable, indefinida, vacilante; sombra esencial de la que me será imposible librarme en tanto brille la luz de mi razón.

Nací en aquel aposento. Emergiendo así en medio de la prolongada noche que parecía ser,

B E R E N I C E

pero que no lo era, la no existencia, para caer de un golpe en un país mágico —en un palacio de fantasía—, en los raros dominios del pensamiento y de la erudición monástica, no es singular que yo haya mirado en torno mío con pupila aterrada y ardiente, que yo haya disipado mi infancia en los libros y prodigado mi juventud en ensimismamientos; pero lo extraordinario —habiendo transcurrido los años y hallándome vivo aún el medio día de mi virilidad en el castillo de mis antepasados—, lo extraño es el estancamiento en que quedaron las fuentes de mi vida, el completo trastorno que se operó en el carácter de mis pensamientos más corrientes. Las realidades del mundo me afectaban como visiones, y únicamente como visiones, mientras que las ideas locas del país de los sueños llegaban a ser, en cambio, no el pasto de mi existencia de todos los días, sino positivamente mi única y total existencia misma.

.....

Berenice y yo éramos primos y juntos crecimos en el castillo patenal. Pero crecimos de modo diferente: yo, enfermizo, y sepultado en mi melancolía, ella, ágil, graciosa y desbordante de energía. Para ella, el vagabundeo por la colina; para mí, los estudios del claustro; yo, viviendo en mi propio corazón, y consagrándome en cuerpo y alma a la meditación, más intensa y penosa; ella, errando despreocupada al

través de la vida, sin pensar en las sombras de su camino o en la fuga silenciosa de las horas de negro plumaje. ¡Berenice! —yo invoco su nombre— ¡Berenice!, y, a este sonido, mil recuerdos tumultuosos surgen de las ruinas grises de mi memoria. ¡Ah! Su imagen vive frente a mí, como en los primeros días de su alborozo y de su alegría. ¡Oh, magnífica y, sin embargo, fantástica belleza! ¡Oh, sílfides entre los boscajes de Arubein! ¡Oh, náyade entre las fontanas! Después, después todo es misterio y terror, una historia que no quiere ser referida. Un mal, un mal fatal abatióse sobre su constitución como el simún, y hasta, mientras yo la contemplaba, el espíritu de metamorfosis pasaba sobre ella y la elevaba, invadiendo su espíritu, sus costumbres, su carácter, y del modo más sutil y terrible, perturbando incluso su identidad. ¡Ay! El destructor venía y se alejaba, pero la víctima, la verdadera Berenice, ¿qué fué de ella? Yo no la conocía, o por lo menos, no la reconocía ya como Berenice.

Entre la numerosa serie de dolencias determinadas por aquel funesto y primordial ataque, que produjo tan horrible revolución en el ser físico y moral de mi prima, hay que mencionar, como la más aflictiva y obcecada, una especie de epilepsia que terminaba muy a menudo en catalepsia, catalepsia perfectamente parecida a la muerte y de la que despertaba, en ciertos

casos, de una manera completamente brusca y repentina. Al mismo tiempo mi propio mal—porque me han dicho que yo no podía llamarlo de otro modo—mi propio mal crecía rápidamente, y como el uso inmoderado del opio agravase sus síntomas, acabó por adquirir el carácter de una monomanía de forma nueva y extraordinaria. De hora en hora, de minuto en minuto, cobraba energía, y a la larga usurpó sobre mí la dominación más singular e incomprensible. Consistía, si debo valerme de este término, en una irritabilidad mórbida de las facultades del espíritu que el lenguaje filosófico expresa con la frase «facultad de atención». Es más que probable que no se me comprenda, pero temo, en verdad, que no me sea absolutamente imposible dar a la generalidad de mis lectores una idea exacta de la nerviosa *intensidad de interés* con que, en mi caso, la facultad meditativa, para evitar el lenguaje técnico, se aplicaba y sumergía en la contemplación de los objetos más vulgares del mundo.

Meditar infatigablemente durante horas y horas, con la atención suspensa en cualquier cita pueril al margen o en el texto de un libro; permanecer absorto, la mayor parte de un día de verano, en una sombra extraña que se tendía oblicuamente sobre la tapicería o el pavimento; olvidarme toda una noche vigilando la llama recta de una lámpara o las brasas del hogar;

pasarme días enteros ensimismado por el perfume de una flor; repetir, de modo monótono, cualquier palabra vulgar hasta que el sonido, a fuerza de repetirse, dejaba de ofrecer al entendimiento una idea cualquiera; perder toda noción de movimiento o de existencia física en un reposo absoluto obstinadamente prolongado; tales eran algunas de las más comunes y menos perniciosas aberraciones de mis facultades mentales, aberraciones que, desde luego, no son únicas pero que desafían ciertamente toda explicación y análisis.

Insisto en que quiero que se me comprenda bien. La anormal, intensa y mórbida atención, así excitada por objetos frívolos en sí mismos, es de una índole que no debe confundirse con la propensión al ensueño, común a toda humanidad, y al que se entregan sobre todo las personas de imaginación ardiente. No sólo no era, como podrá suponerse en principio, un término excesivo y una hipérbole de tal propensión, sino que difería original y esencialmente de ella. En uno de estos casos el soñador, el hombre imaginativo, interesado por un objeto generalmente no frívolo, le pierde poco a poco de vista al través de la serie de deducciones y de sugerencias que suscita, si bien al final de uno de tales ensimismamientos, *a menudo plenos de voluptuosidad*, encuentra el *incitamentum* o causa primera de sus reflexiones, total-

mente desvanecido y olvidado. En mi caso el punto de partida era *invariablemente frívolo*, aunque revestía, al través de mi visión enfermiza, una importancia refractaria y de refracción. Formulaba pocas deducciones, si es que llegaba a hacerlas, y, entonces, volvían tenazmente al objeto principio como a un centro. Las meditaciones no eran *nunca* agradables; y, terminado el desvarío, la causa primera, lejos de disiparse, había alcanzado el interés sobrenaturalmente exagerado que era el rasgo dominante de mi mal. En una palabra: la facultad del espíritu más particularmente excitado en mí era, como ya lo he dicho, la facultad de la atención mientras que en el soñador corriente es la de la meditación.

En aquella época, mis libros, si no contribuían positivamente a irritar el mal, participaban con amplitud, como debe suponerse, por su índole imaginativa e irracional, de las cualidades características del mal mismo. Recuerdo muy bien entre otros, el tratado del noble italiano Coelnis Secundus Curio, *De amplitudine beati regni Dei*; la importante obra de San Agustín, *La Ciudad de Dios*, y el *De carne Christi*, de Tertuliano, de quien el ininteligible pensamiento *Mortuus est Dei Filius, credibile est quia ineptum est; et sepultus resurrexit, certum est quia impossibile est*, me absorbió exclusivamente a todas horas, durante varias se-

manas de laboriosa e inútil investigación.

Se creará, de seguro, que perturbada en su equilibrio por cosas insignificantes, mi razón tenía cierta semejanza con la roca marina de que habla Ptolomeo Hefestión, la cual resistía inmutable a todos los ataques de los hombres y al furor más terrible de las aguas y de los vientos y temblaba solamente al contacto de la flor, llamada asfodelo. A un pensador distraído le parecerá sencillísimo y fuera de duda que la terrible alteración producida en la condición moral de Berenice por su deplorable enfermedad debía suministrarme no pocos temas para ejercer la intensa y anormal meditación cuya naturaleza he explicado, no sin dificultad. Pues no ocurría nada, absolutamente, de esto. En los intervalos lucidos de mi enfermedad, su desgracia me entristecía, es cierto; la ruina total de su hermosa y dulce vida me acongojaba profundamente, y muy a menudo medité lleno de amargura acerca de los caminos misteriosos y sorprendentes por donde pudo producirse tan rara y brusca revolución. Pero estas reflexiones no participaban de la idiosincrasia de mi mal, y eran tales que se habrían ocurrido en circunstancias análogas a la masa ordinaria de los hombres. En cuanto a mi dolencia, fiel a su carácter propio, nutríase con los cambios menos importantes, pero más sorprendentes, que se manifestaban en el sistema *físico* de Berenice,

B E R E N I C E

en la singular y aterradora torcedura de su identidad personal.

En los tiempos más brillantes de su incomparable belleza, seguramente no la quise nunca. En la extraña anomalía de mi existencia, los sentimientos no me han nacido *jamás* del corazón, y mis pasiones han provenido siempre del cerebro.

Al través de las blancuras del crepúsculo—al medio día, entre las sombras entrecruzadas del bosque—y por la noche, en el silencio de mi biblioteca, ella desfiló ante mis ojos y la vi, no como la Berenice viva y palpitante, sino como la Berenice de un sueño; no como un sér de la tierra, carnal, sino como su* abstracción; no como una cosa digna de la admiración, sino del análisis; no como un objeto de amor, sino como el tema de una meditación no menos abstrusa que irregular.

Y ahora, ahora yo me estremecía al verla, yo palidecía cuando se acercaba; sin embargo, aun lamentándome amargamente de su deplorable condición de caducidad, recordé que ella me amó durante mucho tiempo, y, en un instante de ofuscación, la hablé de matrimonio.

Al fin, la fecha fijada para nuestras bodas se acercaba, cuando en una tarde de invierno—uno de esos días intempestivamente calinos, tranquilos y brumosos, que son las nodrizas de la hermosa Alcyón—me senté, creyéndome solo, en

el gabinete de mi biblioteca. Pero, al alzar los ojos, vi a Berenice en pie, frente a mí.

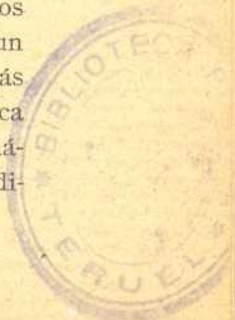
¿Fué mi imaginación sobreexcitada, o la influencia brumosa de la atmósfera, o el crepúsculo incierto de la habitación, o el vestido oscuro que la envolvía lo que prestó a Berenice aquel contorno tan tembloroso e indefinido? No podría decirlo. Tal vez había crecido desde su enfermedad. Ella no dijo palabra; yo, por nada del mundo habría pronunciado una sílaba. Un escalofrío recorrió mi cuerpo; una sensación de insoportable angustia me oprimía; una curiosidad devoradora hería mi alma; y agitándome en el sillón, permanecí algún tiempo sin alentar, sin moverme, con los ojos fijos en su persona. ¡Ay! Su delgadez era excesiva. Ni el menor vestigio del primitivo sér había sobrevivido refugiándose en un solo contorno. Por fin, mis miradas cayeron ardientemente sobre su rostro.

La frente era alta, muy pálida y singularmente plácida, y los cabellos, antaño negros como de azabache, la cubrían en parte y ensombrecían las sienes, hundidas bajo innumerables rizos; ahora, de un rubio cálido cuyo carácter fantástico contrastaba cruelmente con la melancolía dominante de sus facciones. Los ojos carecían de vida y de brillo, como si careciesen de pupilas, e involuntariamente desvié la vista de su fijeza vidriosa para contemplar sus labios adelgazados y contraídos. Abriéronse éstos; y

en una sonrisa singularmente significativa, *los dientes* de Berenice mostráronse con lentitud a mi vista. ¡Pluguiera a Dios que no los hubiese mirado nunca o que, habiéndolos mirado, hubiera muerto!

.....
Turbóme una puerta, al cerrarse, y, elevando los ojos, vi que mi prima había abandonado el aposento. Pero de la estancia trastornada de mi cerebro, el *espectro* blanco y terrible de sus dientes no había salido ni quería marcharse.

Ni una picadura en su superficie, ni un matiz de su esmalte, ni una punta de sus aristas dejó de imprimir en mi memoria aquella sonrisa pasajera. Yo los vi *entonces mismo* más distintamente que *momentos antes*. ¡Los dientes—los dientes!—Estaban allí—y luego allá—y en todas partes, visibles, palpables, delante de mí; largos, estrechos y excesivamente blancos, con los labios contrayéndose en torno suyo, horrosamente distendidos como momentos antes. Entonces sobrevino la furia plena de mi monomanía y en vano luché contra su irresistible y raro influjo. En el número infinito de los objetos del mundo exterior yo no tenía pensamientos más que para los dientes. Por ellos asaltóme un deseo frenético. Los demás objetos, los demás intereses fueron absorbidos por aquella única contemplación. Los dientes—sólo ellos—hallábanse presentes ante de mi espíritu, y su indi-



vidualidad exclusiva llegó a convertirse en la esencia de mi vida intelectual. Los contemplé bajo todas las claridades. Los volví en todos sentidos. Estudié su carácter. Observé sus señales particulares. Medité acerca de su conformación. Reflexioné sobre la alteración de su naturaleza. Temblé atribuyéndoles en mi imaginación una facultad de sensación y de sentimiento, y aun, sin el auxilio de los labios, una potencia de expresión moral. Muy certeramente se ha dicho de la señorita Sallé que *todos sus pasos eran sentimientos*, y de Berenice yo creía más seriamente que *todos los dientes eran ideas* —¡Ideas!—. Este es el pensamiento que me ha perdido ¡Ideas! —¡Ah! Por eso, pues, yo los codiciaba tan locamente, presintiendo que sólo su posesión podría devolverme la calma y restablecer mi juicio.

Y la noche cayó sobre mí—y las tinieblas llegaron, se instalaron, se fueron después, y apareció un nuevo día—y las brumas de una segunda noche se adensaron en torno mío—y yo permanecía inmóvil en aquel aposento solitario, sentado siempre, hundido siempre en mi meditación—y el fantasma de los dientes seguía manteniendo su influjo terrible, hasta el punto de que, con la nitidez más viva y odiosa, flotaba aquí y allá al través de la luz y de las sombras movedizas del aposento. Por fin, en medio de mis ensueños, estalló un hondo grito de horror

B E R E N I C E

y de espanto, al que siguió, tras una pausa, un ruido de voces desoladas, entrecortadas por sor-dos gemidos de dolor o de duelo. Me levanté, y abriendo una de las puertas de la biblioteca, ¡encontré en la antecámara a una doméstica, toda deshecha en llanto, la cual me dijo que Berenice había dejado de existir! Por la mañana le acometió un ataque de epilepsia, y ahora, al caer la noche, la fosa aguardaba a su futura moradora, y todos los preparativos del entierro estaban terminados.

.....
Rebosante de angustia el corazón y oprimido por el temor, me dirigí con repugnancia hacia la alcoba de la difunta. La habitación era espaciosa y muy sombría y a cada paso yo tropezaba con los preparativos de la sepultura. Los cortinajes del lecho, me dijo un doméstico, cerrábanse sobre el ataúd, dentro del cual—añadió en voz baja—yacía lo que quedaba de Berenice.

¿Y quién me pidió si yo no quería ver el cadáver?—No vi moverse los labios de nadie, y, sin embargo, la pregunta había sido formulada y el eco de las últimas sílabas flotaba todavía en el aposento. Era imposible rehusar, y, con un sentimiento de opresión, me acerqué al lecho. Levanté suavemente los sombríos paños de los cortinajes; pero, al dejarlos caer, descendieron sobre mis hombros, y, separándome del mundo viviente, me encerraron en la más estrecha co-

municación con la difunta. Toda la atmósfera de la cámara transcendía a muerte; pero el aire particular del ataúd me hacía daño y supuse que el cadáver exhalaba ya un hedor deletéreo. Hubiera dado lo más valioso por escapar, por huir de la perniciosa influencia de la mortalidad, por respirar otra vez el aire puro de los cielos eternos. Pero yo carecía ya de la facultad de moverme. Mis piernas flaqueaban y habrían echado raíces en el suelo; yo miraba fijamente el cadáver rígido, extendido cuan largo era en el abierto ataúd.

¡Dios del cielo! ¿Es posible? ¿Mi cerebro se extravía, o el dedo de la difunta se ha agitado bajo la tela blanca que la cubre? Estremecido por inexplicable temor, alcé lentamente la vista para examinar la fisonomía del cadáver. Habían ceñido un paño alrededor de las mandíbulas; pero, no sé cómo, se desató. Los labios lívidos se contraían en una especie de sonrisa, y, entre su marco melancólico, los dientes de Berenice, blancos, fulgurantes, terribles, seguían *mirándome* con poderosa realidad viviente. Desprendíme convulsivamente del lecho, y, sin pronunciar palabra, salí como un maniaco de aquella estancia, de misterio, de horror y de muerte.

.....

Volví a encontrarme en la biblioteca. Estaba sentado; estaba solo. Parecióme que salía de un sueño confuso y agitado. Advertí que prome-

diaba la noche. Yo había tomado bien mis precauciones para que Berenice fuese enterrada después de la puesta del sol; pero no conservo noción exacta y concreta de lo que acaeció durante aquel lúgubre intervalo. Sin embargo, mi memoria estaba plena de horror—horror tanto más horrible cuanto más vago era—y de un terror que su ambigüedad hacía más terrible. Era como una página aterradora del registro de mi existencia escrita íntegramente con recuerdos oscuros, odiosos e ininteligibles. Me esforcé en descifrarlos, pero fué inútil. De vez en cuando, no obstante, análogo al alma de un sonido que vuela, un grito glacial y penetrante—una voz de mujer—semejaba tintinear en mis oídos. Yo había realizado algo; pero ¿qué era? Me hice a mí mismo la pregunta en alta voz, y los ecos de la estancia susurraban a modo de contestación: *¿Qué era?*

En la mesa, a mi lado, ardía una lámpara y junto a ella una cajita de ébano. No era una caja de hechura notable, y yo la había visto infinitas veces, porque pertenecía al médico de la familia... Pero ¿cómo estaba *allí*, sobre mi mesa, y por qué temblaba yo al mirarla? Cosas eran estas en las que no valía la pena fijarse; mas mis ojos se posaron al fin sobre las páginas abiertas de un libro y en una frase subrayada. Eran las palabras singulares, pero simplicísimas, del poeta Ebn Zaiat: *Dicebant mihi soda-*

les, si sepulchrum amicæ visitarem, curas meas aliquantulum fore levatas. —¿A qué atribuir, pues, el que, leyéndolas, mis cabellos se erizaran y la sangre se me helara en las venas?

Llamaron dando un golpecito a la puerta de la biblioteca, y pálido como un habitante de la tumba, un doméstico avanzó de puntillas. El terror extraviaba sus pupilas. Me habló con voz muy queda, trémula, ahogada. ¿Qué me dijo? Oí algunas frases sueltas. Refirióme, creo, que un grito espantoso había turbado el silencio de la noche, que todos los servidores se habían reunido, que exploraron en la dirección del sonido: y su voz baja acabó por destacarse hasta estremecerse cuando me habló de una violación de sepultura, de un cadáver desfigurado, despojado de su mortaja, pero alentando aún, palpitando aún, *¡vivo aún!*

Miró mis ropas; estaban coaguladas de barro y de sangre. Sin proferir palabra me cogió suavemente la mano; en ella se veía huellas de uñas humanas. Condujo luego mi atención hacia un objeto situado contra la pared y estuve unos cuantos minutos contemplándolo: era un azadón.

Lancé un grito, abalanzándome hacia la mesa, y me apoderé de la cajita de ébano. Pero no tuve fuerzas para abrirla, y, en mi retemblor, escapóseme de las manos, cayó pesadamente y se hizo pedazos, de entre los cuales

B E R E N I C E

huyeron, rodando con estruendo metálico, algunos instrumentos de cirugía dental y, con ellos, treinta y dos cositas blancas, parecidas al marfil, que quedaron diseminadas aquí y allá sobre el pavimento.

FIN

Colección de Autores Célebres Extranjeros

Volúmenes publicados:

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS:

Poe, su vida y sus obras, *por Carlos Baudelaire*. El doble asesinato de la calle de Morgue. La carta robada. El escarabajo de oro. El infundio del globo.

Traducción de EMILIO CARRERE.

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS:

Aventura sin precedentes de Hans Pfaall. Manuscrito encontrado en una botella. Un descenso al Maelstrom. La verdad acerca del caso del señor Valdemar. Revelación magnética. Los recuerdos de Augusto Bedloe. Morella. Ligeia.

Traducción de JOSÉ FRANCÉS.

NUEVAS HISTORIAS EXTRAORDINARIAS

El hundimiento de la casa Usher. El pozo y el péndulo. Hop-Frog. La barrica de amontillado. La máscara de la muerte. El Rey Peste. El diablo en el campanario. Elegancias. Cuatro animales en uno. Pequeña discusión con una momia. Potencia de la palabra. Coloquio entre Monos y Una.

Traducción de R. Gómez de la Serna.

NUEVAS HISTORIAS EXTRAORDINARIAS

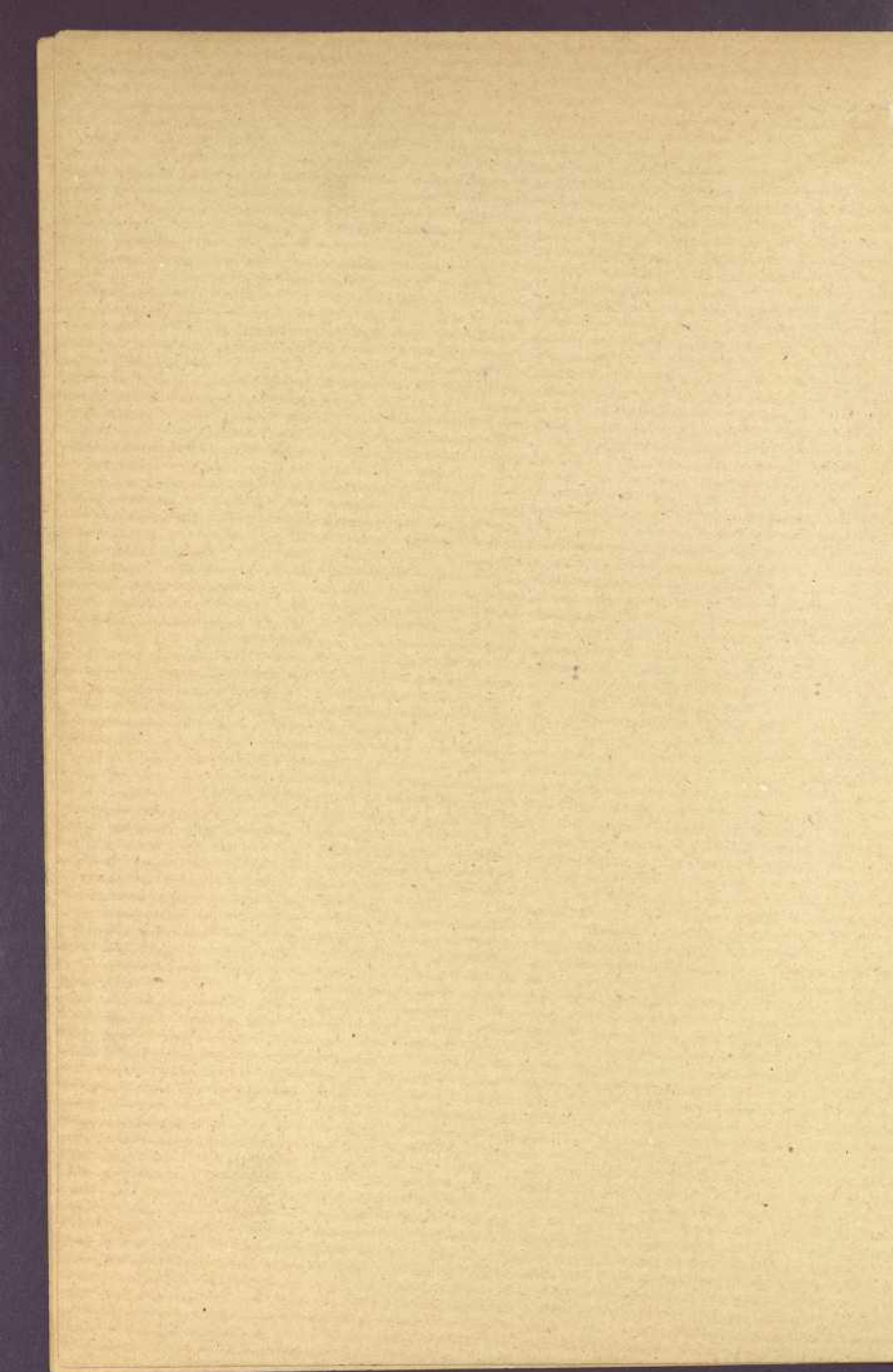
Conversación de Eiros con Charmion. Sombra. Silencio. La Isla del Hada. El retrato ovalado. El jugador de ajedrez de Maelzel. Eleonora. Un acontecimiento en Jerusalén. El ángel de lo grotesco. El sistema del Doctor *Alquitrán* y del Profesor *Pluma*. El dominio de Arnheim. La finca de Landor.

Traducción de A. GONZÁLEZ BLANCO.

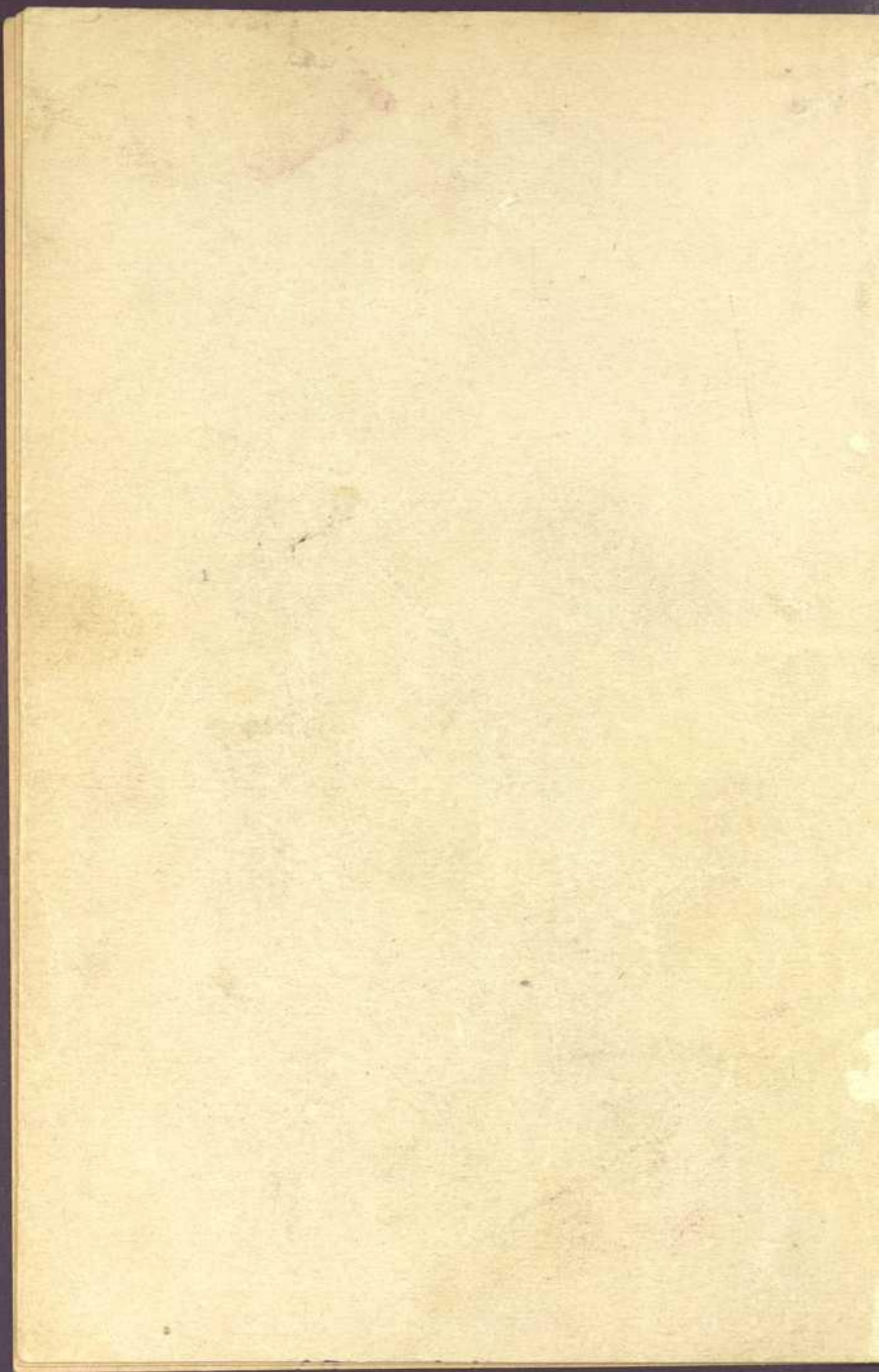
A estos tomos seguirán otros con

LAS AVENTURAS DE GORDON PINK,
EUREKA, CUENTOS NUEVOS, NARRACIONES,
POEMAS, ETC.



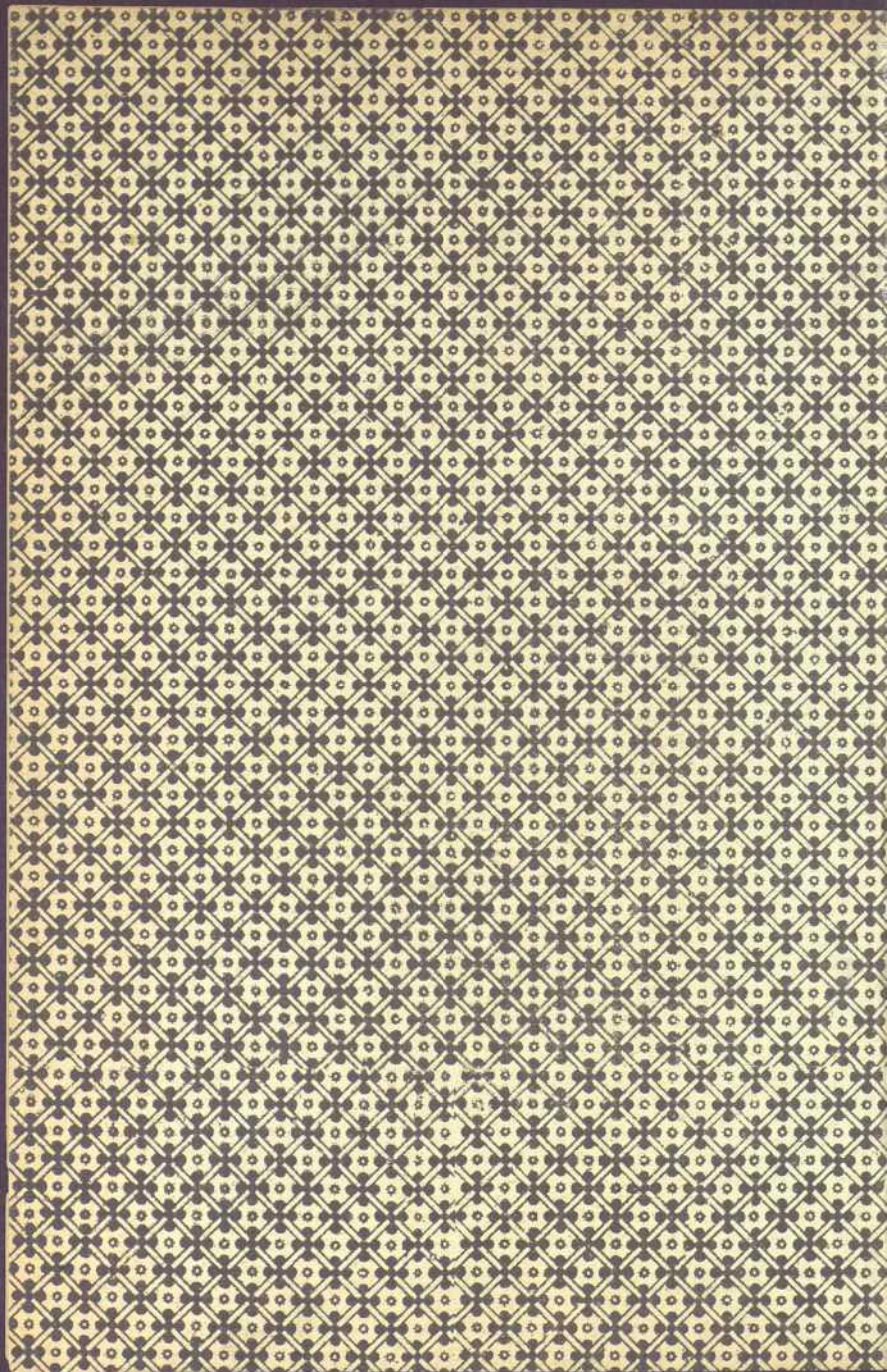




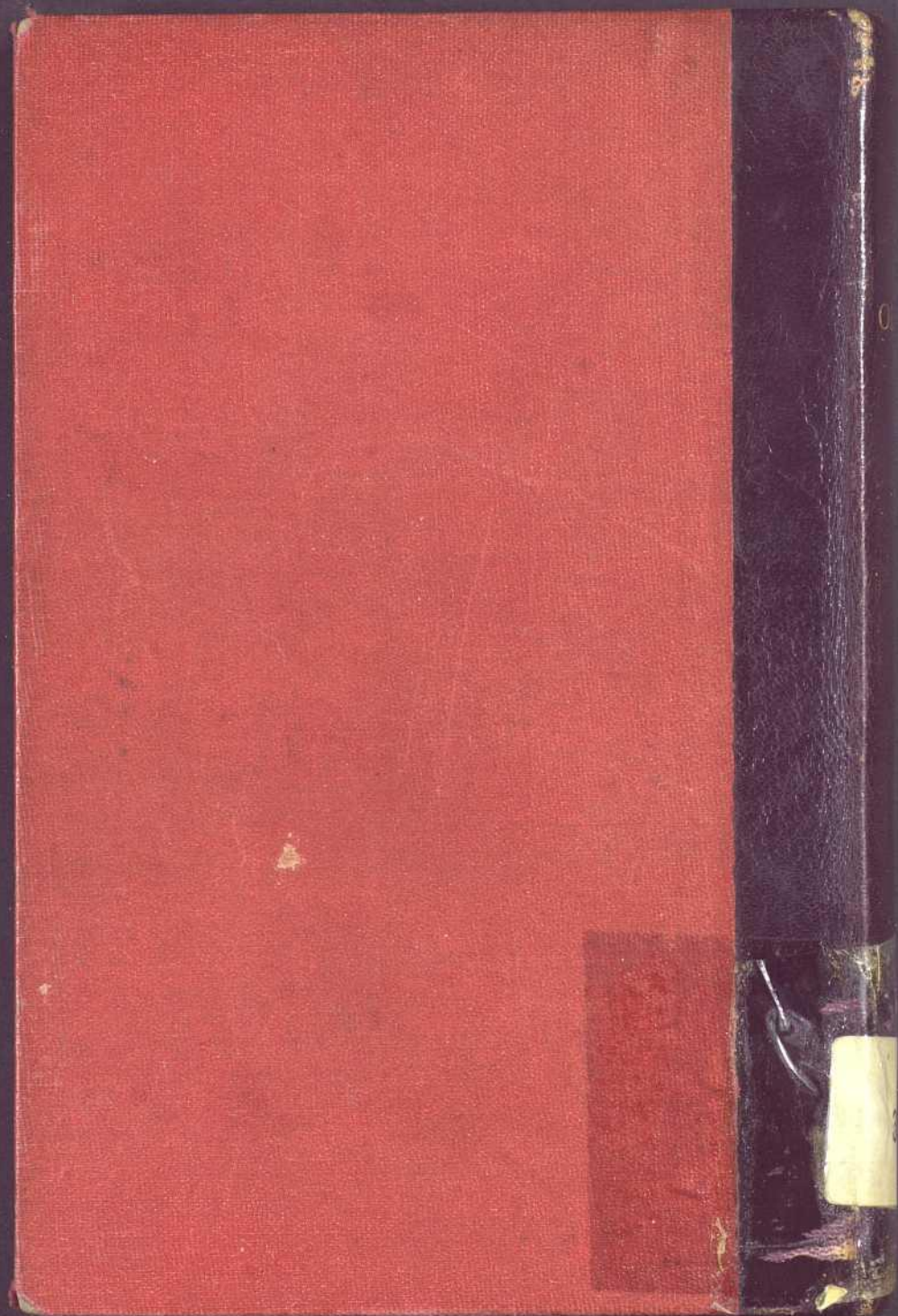












POE
—
OBRAS

F A
3991